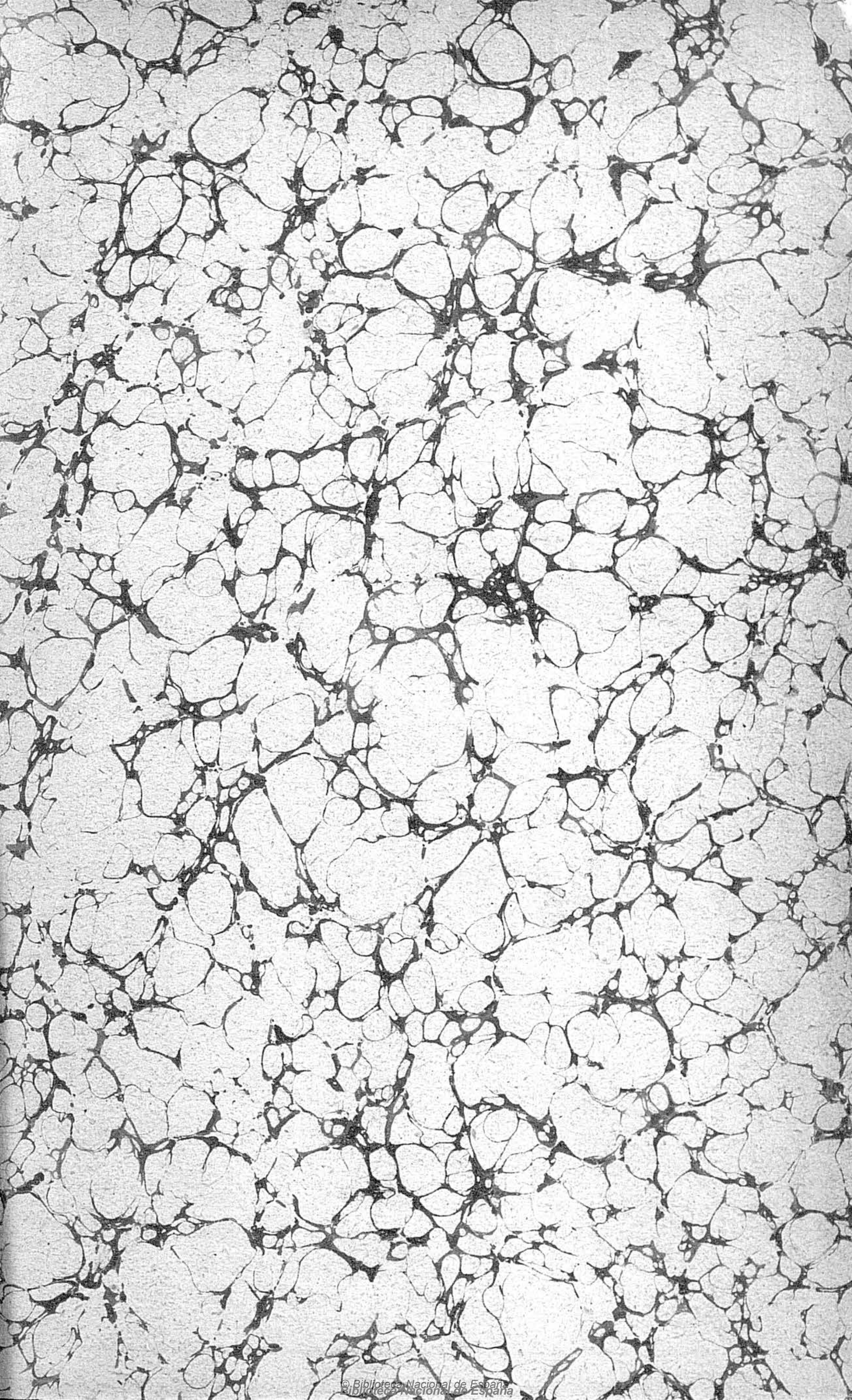


RUSKIN
SÉSAMO
Y
AZUCENAS

23450

1
23,450



ALCAIDE
ENCUADERNADOR
VALVERDE, 1, DUPDO.
MADRID

H *J. J. J.*
BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

SÉSAMO Y AZUCENAS

TRES LECCIONES POR

JOHN RUSKIN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

por

JULIÁN BESTEIRO

Catedrático del Instituto de Toledo.



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1907

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
DE
PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL
NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

Tomos publicados:

- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora, con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (Examen de sujetos.) Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigoroux y Juquelier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca, con figuras. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

EN PREPARACIÓN

- Bonnier.**—LA AUDICIÓN.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS.
- Claparede.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN.
- Marie.**—LA DEMENCIA.

SÉSAMO Y AZUCENAS

2762

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

SÉSAMO Y AZUCENAS

TRES LECCIONES POR

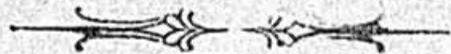
JOHN RUSKIN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

por

JULIÁN BESTEIRO

Catedrático del Instituto de Toledo.



MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1907

ES PROPIEDAD

MADRID: 1907.—Ginés Carrion, impresor, Verónica, 13 y 15.

PREFACIO

1.—He llegado ya á los cincuenta y un años, espero que mi alma cambie poco en lo sucesivo en materias importantes de pensamiento (fuera de las debilidades propias de la edad), y deseo publicar una colección ordenada de aquellas partes de mis obras que actualmente me parecen bien y que juzgo propias para ser de uso permanente. Al hacer esto pienso omitir mucho, pero no pretendo enmendar lo que creo digno de reimpresión. Un joven escribe necesariamente de modo distinto que un viejo, y sería peor que perder el tiempo tratar de refundir el lenguaje juvenil: no se piense que estoy avergonzado de lo que cancelo; pero gran parte de mi obra primera fué escrita rápidamente con propósitos temporales, y es hoy innecesaria, aunque verdadera, hasta la evidencia. Lo que escribí sobre religión lo hice, por el contrario, con cuidado, y lo creo eficaz, comparado con la mayo-

ría de los escritos religiosos, especialmente por su franqueza é intrepidez; pero era totalmente erróneo, porque me había educado en las doctrinas de una secta estrecha, y había leído la historia tan indirectamente como lo hacen por necesidad los sectarios.

Mezcladas con estas exposiciones innecesarias ó erróneas, encuentro, realmente, algunas que pueden tener aún valor; pero éste, desfigurado en mis primeros libros por un lenguaje afectado, en parte por el deseo de pasar por un *escritor* puro, y en parte, como en el segundo volumen de *Pintores Modernos*, por la tendencia á retornar lo más posible á lo que consideraba como el mejor estilo de la literatura inglesa, especialmente al del escritor en prosa entonces *favorito* mío, Richard Hooker.

2.—Por estas razones—aunque, con respecto á otras artes, política ó moralidad, distintas de la religión, no solamente mantengo, sino que hasta deseo reafirmar vigorosamente la esencia de lo que he dicho en mis libros primeros—reimprimiré en esta colección apenas algo de los volúmenes primero y segundo de *Pintores Modernos*; y omitiré mucho de las *Siete Antorchas* y de *Piedras de Venecia*; pero todos mis libros escritos dentro de los últimos quince años serán publicados nuevamente sin cambio alguno, como nuevas ediciones propiamente dichas, quizá con alguna nota adicional aquí ó allá, y teniendo su texto dividido, para la referencia con-

veniente, en párrafos, al final de cada volumen. Colocaré también juntos los breves fragmentos que se apoyan los unos en los otros, y completaré la impresión con las lecciones ó estudios que me parezcan dignos de conservarse, procurando mantener los volúmenes, por término medio, compuestos de cien hojas cada uno aproximadamente.

3.—El primer libro que creo requiere una nueva edición es *Sésamo y Azucenas*, del cual separo ahora todo el prefacio sobre los Alpes, para aplicarle á otro lugar; y al cual añado una lección dada en Irlanda sobre un asunto estrechamente relacionado con el del libro mismo. Me encontrô satisfecho de que éste sea el primero de la serie completa, por muchas causas; aunque al reflexionar de nuevo sobre estas dos lecciones, me siento penosamente sorprendido por el exceso de trabajo útil derrochado en ellas. Me costaron mucho esfuerzo mental y mucho gasto de emoción; pero era locura pretender que mi auditorio se elevase inmediatamente á algún grado de simpatía con el temperamento al cual había llegado yo á través de años de reflexión sobre asuntos tan penosos; empero, si abandonaba mi propósito en aquel momento, tenía pocas esperanzas de poderle alcanzar más tarde, puesto que las frases escritas para entregarlas oralmente pierden su efecto cuando se las lee en la quietud. Además lograría solamente quitar lo bueno que hay en ellas si tratase de traducirlas al len-

guaje de los libros; ni, en realidad, podría haberlo hecho en el tiempo de su entrega, dado que mis pensamientos se presentaban entonces habitual é impacientemente en formas sólo propias de la expresión enfática; y así me sorprendo, al revisarlos, encontrando que aunque hay mucho (permitidme la impertinencia) que me parece precisa y enérgicamente dicho, hay apenas algo puesto en una forma que sea generalmente conveniente, ó aun fácilmente inteligible: y me imagino muy bien á un lector dejando el libro sin conmoverse lo más mínimo y sin ser en modo alguno guiado hacia cualquier camino de acción.

Sin embargo, pienso que si ahora digo breve y claramente lo que trataba de explicar á mis oyentes y lo que deseaba y me sentía obligado á exponerles, podré desde luego prestar algún mayor servicio que el prestado por el texto escrito apasionadamente.

4.—La primera lección decía, ó pretendía decir que, siendo la vida tan corta, y las horas tranquilas tan breves, no debemos malgastar ninguna de ellas en leer libros sin valor; y que los libros de valor deben, en un país civilizado, estar al alcance de todos, impresos en forma excelente, por un precio justo; pero no en una forma vil, vulgar, ó, por razón de la pequeñez del tipo, en una forma físicamente perjudicial, á un precio bajo. Porque ninguno de nosotros necesita muchos libros, y los

que necesitamos deben estar claramente impresos, en el mejor papel, y sólidamente encuadernados. Y aunque realmente seamos ahora una nación infeliz y herida por la pobreza, y con dificultad seamos capaces de cuidarnos del alma y del cuerpo á la vez, así como ninguna persona en circunstancias regulares puede poner á sabiendas en su mesa mal vino ó mala carne, sin sentirse avergonzado, así necesitamos no tener en la estantería libros mal impresos ó descuidada y torpemente encuadernados; porque aunque pocos puedan ser ricos, sin embargo, todo hombre que trabaja honestamente puede, creo yo, proveerse para sí y para su familia, de buenas botas, buenos guantes, fuertes arneses para el caballo de su carro ó de su coche, y fuertes cubiertas de cuero para sus libros. Y yo quisiera insistir cerca de todos los jóvenes, en que al principio de la debida y sabia provisión de su casa, obtengan, hasta el punto que puedan, en la más severa economía, una colección de libros útiles para la vida, restringida, aprovechable y continua, aunque lentamente aumentada, haciendo de su pequeña biblioteca, entre todo el mobiliario de su casa, la pieza más estudiada y decorativa, donde cada volumen tenga asignado su lugar, como una pequeña estatua en su nicho, y de modo que una de las primeras y más estrictas lecciones para el niño de la casa, sea la de volver las páginas de sus posesio-

nes literarias, rápida y deliberadamente, sin probabilidades de rasgarlas ó desprenderlas.

Esta es mi noción fundamental de los *Tesoros de los Reyes*; y la primera lección tiende á mostrar en algún modo el uso y la preciosidad de sus tesoros; pero las dos siguientes tienen un objeto más amplio, pues están escritas con la esperanza de despertar á la juventud de Inglaterra, hasta el punto que mis pobres palabras tengan poder sobre ella, á fin de que medite acerca de los propósitos de la vida en la cual va á entrar, y de la naturaleza del mundo que va á conquistar.

5.—Estas dos lecciones son fragmentarias y están mal ordenadas, pero no son difusas ni excesivamente comprensibles. El fin completo y la conclusión de ellas, sin embargo, está en los últimos seis párrafos, 135 hasta el fin, de la tercera lección, la cual recomendaría yo al lector que repitiese más de una ó dos veces (mejor que cualquier otra parte del libro), porque contiene la más perfecta expresión que he sido capaz de adoptar en palabras, de lo que, hasta el punto que está en mi poder, intento de aquí en adelante hacer por mí mismo, y por lo que abogaré cerca de todos aquellos sobre los cuales tenga alguna influencia, para que lo ejecuten también según sus medios; las cartas comenzadas el primer día de este año á los obreros de Inglaterra, tienen por objeto originar, si es posible, un movimiento entre ellos, de verdadera unión con

cualquier elemento digno de confianza para obtener la ayuda que pueden encontrar en las clases más altas. Después de estos párrafos, permitidme os ruegue que leáis, por la luz de incendio que arrojan acontecimientos recientes, la narración del párrafo 117 y de los 129-131; y que observéis mi afirmación de que el hambre de Orissa no es retórica, sino que está certificada por documentos oficiales que contienen la verdad. Quinientas mil personas, *por lo menos*, mueren de inanición en nuestros dominios británicos, precisamente á causa del descuido y falta de previsión. Consérvese esto bien en nuestra memoria, y anótese como la mejor explicación posible de la moderna economía política en la práctica, y de las relaciones que ha establecido entre la oferta y la demanda. Después comienza la segunda lección y todo aparecerá bastante claro, yo creo, hasta el fin; solamente después que esta segunda lección fué escrita, nacieron respecto á la educación y aspiraciones de las mujeres, cuestiones que han perturbado grandemente las almas sencillas y excitado á las más tranquilas. Me he interrogado algunas veces para descubrir mi pensamiento en esta materia, y supongo que algunas jóvenes lectoras de la segunda lección pueden al fin de ella desear que les diga sumariamente lo que yo querría que hiciesen y deseasen en el presente estado de cosas. Esto, pues, es lo que diría á cualquier joven que tuviese bastante confianza en

mí para creerme, ó para hacer lo que la dijese.

6.—En primer lugar, debes estar completamente segura de una cosa: que por mucho que sepas, y cualesquiera que sean las ventajas que puedas poseer, y por buena que seas, no habrás sido elegida, por el Dios que te creó, entre todas las otras jóvenes del mundo, para ser especialmente informada respecto á Su propia naturaleza y carácter. No habrás nacido en un punto luminoso sobre la superficie del globo, donde una teología perfecta pudiera serte explicada desde tu juventud, y donde todo lo que se te enseñase fuese verdadero y todo lo que se grabase en tí fuese justo. De todas las insolentes, de todas las locas persuasiones que por un azar pueden entrar y persistir en tu pequeño corazón vacío, esta es la más soberbia y la más loca —que has sido hasta tal punto la elegida de los cielos y la favorita de las Hadas, que has nacido en el crítico momento y en el lugar preciso, cuando y donde la pura verdad divina ha sido purgada de los errores de las naciones, y que tu padre ha sido providencialmente inclinado á comprar una casa en la conveniente vecindad de la torre, bajo la cual la immaculada y final verdad será bellamente proclamada. No pienses esto, niña; no es así. Este, por el contrario, es el hecho—te desagrade tal vez pensar en ello; á mí me parece agradable,—que tú, con todos tus preciosos vestidos, y encantadoras

miradas, y buenos pensamientos, y santas aspiraciones, no preocupas más, ni eres un ápice más amada por el gran Hacedor y Señor que cualquiera pobre y pequeña salvaje, roja, negra ó cobriza, que corre impetuosamente por el bosque pestilente, ó que va desnuda sobre las cálidas arenas de la tierra, y que, de las dos, tú probablemente sabes menos de Dios que ella, siendo la única diferencia que ella piensa de Él poco que sea verdadero y tú mucho que es erróneo.

Esta es, pues, la primera cosa segura—que no estás aún perfectamente informada de la más abstrusa de todas las cuestiones posibles, y que cuanto más procures conducirte con modestia y propiedad, más silenciosa permanecerás ante ella.

7.—La segunda cosa de que puedes estar segura es de que, por buena que seas, tendrás faltas; que por muy torpe que seas, puedes encontrar cuáles son, y que, cuanto más insignificantes puedan ser, tanto mejor podrás hacer algún esfuerzo—no demasiado penoso, sino paciente—para libertarte de ellas. Y, en tanto que tengas confianza completa en mí, confía también en esto, que sean cuantas quieran las faltas que puedas encontrar ó imaginar, hay solamente dos que son de importancia real, la Frivolidad y la Crueldad. Quizá eres soberbia. Bien podemos obtener muchos bienes del orgullo, solamente á condición de que no sea religioso. Quizá seas vana; es muy probable, y muy grato para la

gente que gusta de aplaudirte. Quizá eres algo envidiosa; esto es realmente muy desagradable; pero en tal caso, así es cualquiera otra. Quizá, también eres un poco maliciosa, cosa que lamento saber, pero la mayor parte de las veces, de conocerte yo, gozaría de tu conversación. Pero puedes ser cuanto quieras menos inútil ó cruel. Si hay algún punto, en el cual, en seis mil años de pensamiento sobre lo justo y lo injusto, hayan convenido los hombres sabios y buenos, ó que hayan descubierto sucesivamente por medio de la experiencia, es que Dios desapruueba la gente ociosa y cruel más que cualquiera otra. Que su primera orden es, «Trabaja mientras tengas luz», y la segunda, «Sé misericordioso mientras tengas merced».

8.—«Trabaja mientras tengas luz», especialmente mientras tengas luz de la mañana. Hay pocas cosas más asombrosas para mí que el que las gentes viejas nunca digan á las jóvenes lo preciosa que es su juventud. Algunas veces añoran sentimentalmente sus propios días primeros; algunas veces los olvidan por prudencia; á menudo censuran locamente á la juventud, más locamente la perdonan, más locamente se oponen á ella y la cohiben; pero casi nunca la advierten ó velan por ella. Recuerda, en ese caso, que yo, al menos, te he advertido que la felicidad de tu vida, y su poder, y su participación y rango en la tierra y en el cielo,

dependen de cómo pasas tus días ahora. No han de ser días tristes: lejos de esto, el primer deber de la gente joven es estar deleitada y ser deleitosa; pero deberán ser, en el sentido más profundo, días solemnes. No hay solemnidad tan profunda, para una criatura que piensa rectamente, como la del amanecer. Pero no sólo en este sentido bello, sino en todo su carácter y en todo su método, deben ser días solemnes. Toma tu diccionario de latín y busca *solemnis*, y fija el sentido de la palabra bien en tu espíritu, y recuerda que cada día de tu vida primera ordena irrevocablemente, para el bien ó para el mal, la costumbre y la práctica de tu alma; ya ordenando hábitos sagrados de cariñosas y amables reminiscencias, ya abriendo surcos cada vez más hondos para la semilla del dolor. Ahora, por lo tanto, procura que no pase día en el cual no te conviertas en una criatura algo mejor; y con el fin de conseguirlo, estudia primero lo que eres actualmente. No pienses con vaguedad sobre esto; toma pluma y papel y escribe con tanta seguridad como puedas una descripción de tí misma, con la fecha. Si no te atreves, investiga por qué no te atreves y trata de tener fuerza de corazón con el fin de mirar por tí misma con lealtad, á la faz del alma como á la del cuerpo. No hay duda de que el alma es una cosa inenos agradable de mirar que la cara, y por esta razón es por lo que se necesita más mirarla; así ten siempre dos espejos en tu tocador, y procu-

ra adornar con el propio cuidado el cuerpo y el alma ante ellos diariamente. Después de arreglarte una vez por día, no pienses más en esto; como tus cabellos se rizan sobre tus orejas, así tu temperamento y tus pensamientos se arrugarán con la labor del día, y podrán necesitar algunas veces dos arreglos; pero yo no quiero que lleves contigo un peine de bolsillo mental, solamente que lo alises y lo tences siempre por la mañana.

9.—Escribe, pues, francamente, lo que eres, ó, al menos, lo que piensas de tí misma, sin insistir sobre las faltas inevitables que te he dicho son de poca trascendencia, y á las cuales la acción de una vida recta trasforma ó debilita; pero de tal modo, que puedas determinar con lo mejor de tu inteligencia lo buena que eres y lo buena que puedes ser. Encontrarás que el mero propósito no es inútil, y que el honrado deseo de auxiliar á los demás será, én los casos más frecuentes y delicados, favorable para tí misma. Así, desde el comienzo, considera todos tus talentos como medios de asistencia para los demás; lee atentamente en este volumen, los párrafos 74, 75, 19 y 79, y comprenderás lo que yo pienso, con respecto á las lenguas y á la música. En música especialmente encontrarás pronto qué beneficio se obtiene siendo servicial: es probable que, aunque sean limitadas tus facultades, tengas voz y oído capaces de sostener una nota de altura moderada de una obra convenida; esta, pues,

es la primera cosa que has de hacer, segura de que puedes hacerla. Haz tu voz disciplinada y clara, y preocúpate solamente de la exactitud, nunca del efecto ó expresión: si tienes un alma digna de expresarse, se manifestará ella misma en tu canto; pero es lo frecuente que haya muy pocos sentimientos en tí, al presente, que necesiten una expresión particular, y la única cosa que debes procurar es hacer de tí misma un instrumento de voz clara, del cual estén los demás completamente pendientes esperando la nota deseada. Así también, dibujando, en tanto que traduzcas la verdadera forma de una cosa, y de este modo expliques su carácter á los demás ó hagas su vista clara é interesante para el niño, comenzarás á ordenar el arte vivamente para su propio fin, y todos tus hábitos anímicos y poderes de memoria ganarán precisión; pero si tratas solamente de hacer dibujos ostentosos por la forma ó dibujos elegantes por diversión, tus trabajos tendrán poco interés real para tí y ninguna clase de poder educativo.

10.—Después, fuera de esta obra más delicada, *resuélvete* á hacer cada día algo que sea útil en el sentido vulgar. Aprende primero á fondo la economía de la cocina, las buenas y malas cualidades de cada artículo común de alimentación y los modos más sencillos y mejores de prepararlos; cuando tengas tiempo, ve y ayuda á hacer la condimentación de los alimentos de las familias

pobres, y enséñalas cómo han de hacer cuantas cosas sea posible, y cómo se preparan los manjares ligeros y delicados; halágalas y atráelas hacia los procedimientos pulcros y elegantes, y toma la defensa de los manteles bien plegados, aunque toscos, y de una flor ó dos del jardín sembradas sobre ellos. Si logras obtener un mantel limpio, sobre él platos relucientes, y un buen manjar enmedio condimentado por tí, puedes pedir que te permitan decir una breve oración de gracias; y deja tu ministerio religioso limitado á esto por el presente.

II.—Además, deja una cierta parte de tu día (todo lo pequeña que quieras, pero no tanto que se quiebre), déjala aparte para hacer fuertes y bonitos vestidos para el pobre. Aprende las buenas cualidades de todo tejido útil, y hazlo todo de la mejor clase que puedas, sea el que quiera su precio. Tengo muchas razones para desear que hagas esto, demasiadas para decirlas ahora; confía en mí, y está segura de que obtendrás todo el mejor resultado posible; y si en el estado ruin del comercio moderno no puedes obtener algo bueno á ningún precio, construye el mismo material de nuevo y pon algunas de las mujeres pobres en torno tuyo á hilar y tejer hasta que hayas obtenido tejido de confianza; y entonces cada día haz alguna pequeña pieza de ropajes útiles, cosidos con tus propios dedos, todo lo fuertemente que puedas; y bordando, ó de otro modo, aplica bella y moderadamente una

labor de aguja tal, que cualquier muchacha pueda sentirse orgullosa de haberla hecho. Y acumula estas cosas hasta que oigas de alguna persona honesta que necesite vestidos, con una necesidad que á menudo es extraordinariamente penosa; y aun cuando seas engañada, y los des á una persona deshonesto, y oigas que han sido llevados al prestamista, no temas, porque el prestamista puede venderlos á alguno que tenga verdadera necesidad de ellos. Esa no es cuestión tuya; lo que concierne á tí es solamente que, cuando veas un niño medio desnudo, tengas un vestido nuevo que darle, si sus padres le dejan aprender á usarlo. Si no quieren, considera que se convierten en un objeto de pensamiento que será para tí más sano que la mayor parte de los asuntos de investigación. Y después que hayas ido haciendo esto algunas veces, comenzarás al menos á comprender el significado de un capítulo de tu Biblia, Proverbios xxxi, sin necesidad de ningún comentario trabajoso, sermón ó meditación.

En esto, pues (y desde luego en toda ocasión menos apremiante que puedas descubrir en tu propia familia), debes emplear lo mejor de tu fuerza útil aplicable durante la mayor parte del día, de tal modo, que al fin puedas decir, tan soberbiamente como cualquier aldeano, que no has comido el pan de la ociosidad.

12.—Además, en segundo lugar, digo que no

debes ser cruel. Quizá pienses que no tienes probabilidades de serlo, y realmente no creo probable que seas deliberadamente cruel con ninguna criatura; pero á menos que seas deliberadamente buena para con cada una de las criaturas, serás frecuentemente cruel con muchas. Cruel, en parte, por falta de imaginación (facultad más rara y débil en las mujeres que en los hombres), y aun más al presente, por el sutil estímulo de vuestro egoismo por la doctrina religiosa, que supone que todo lo que ahora pretendemos que es malo tendrá un fin bueno; doctrina prácticamente proviniente, no de los esfuerzos menos vivos que el desagrado inmediato puede hacer brotar en nosotros mismos, sino de que permanezcamos satisfechos en la contemplación de los fines últimos, mientras los demás sufren.

13.—No es verosímil que los métodos más seguros de educación mental moderna permitan ahora, especialmente á las gentes jóvenes, crecer en la persuasión de que, sin ningún peligro ó dolor, pueden esperar salvarse por la Providencia de Dios, mientras los que están á su alrededor son abandonados por su imprevisión; pero pueden aún permanecer largo tiempo contenidos ante la acción buena, y acostumbrados á sufrir tanto su propio dolor ocasionalmente, como el dolor de otros, siempre con inútil paciencia, por una concepción errónea de la naturaleza eterna é incurable del mal real. Atien-

de, por tanto, cuidadosamente á esta cuestión; hay grados de dolor, como grados de culpabilidad, los cuales son totalmente vencibles; y parecen meramente formas de prueba ó disciplina saludables. Te dolerán los dedos cuando salgas en una mañana fría, pero después volverán á entrar en calor; tus miembros se cansarán de un trabajo sano, y descansarás en el más agradable reposo; te entristecerás durante algún tiempo por haber esperado un bien prometido, y recobrarás la alegría cuando llegue. Pero no puedes llevar la prueba más allá de un cierto punto. Deja que el frío se fije en tu mano en un grado extremo y tus dedos se descompondrán hasta su raíz. Fatígate una vez, hasta el último agotamiento, y al fin, en la vida recobrarás el primitivo vigor de tu cuerpo. Deja á la aflicción pasar más allá de un cierto punto de amargura, y el corazón dejará de vivir para siempre.

14.—Ahora bien, la determinación verdadera del mal consiste en esta imposibilidad de remedio. Significa dolor ó pecado, cuyo fin es la muerte; y, seguramente, hasta el punto que nosotros lo sabemos ó podemos concebirlo, hay muchas clases tanto de pena como de pecado que no pueden acabar sino de este modo. Además, somos criaturas ignorantes y ciegas, y no podemos saber qué semillas de bien puede haber en el sufrimiento ó en el crimen presente; pero aquello que no podemos saber no nos concierne. Es concebible que asesinos ó em-

busteros puedan en cierto mundo distante ser exaltados á una humanidad más elevada que la que podrían haber alcanzado sin homicidio ó falsedad; pero la contingencia no es la ley por la cual se deben guiar nuestras acciones. Hay verdadera-mente una esperanza mejor de que el desgraciado que yace á nuestras puertas en la miseria, pueda, dentro de blancas puertas, ser confortado; pero el Señor, cuyas palabras son nuestra única autoridad para pensar así, nunca infligió el mal como un beneficio, ni rechazó al hambriento, ni al que tenía llagas incurables.

15.—Créeme, pues; el único principio recto de acción en este caso, es considerar el bien y el mal como definidos por nuestra idea natural de ambos; y esforzarse en promover el uno, y en conquistar el otro, con tan sincero esfuerzo como si no hubiese, verdaderamente, otro mundo que éste. Sobre todo, líbrate de la idea absurda de que los cielos intervendrán en la corrección de los grandes errores, mientras permiten que sigan las leyes su curso castigando á los débiles. Si preparas un manjar cuidadosamente, no debes esperar á que la Providencia le haga sabroso; ni, si en medio de años de locura, gobiernas mal tu vida, necesitas esperar la intervención Divina para ordenarlo todo, al fin, para lo mejor. Yo te digo, positivamente, que el mundo no está constituido de ese modo: las consecuencias de los grandes errores son precisamente

tan seguras como las de los pequeños, y la felicidad de toda tu vida, y de todas las vidas sobre las cuales tienes poder, depende tan literalmente de tu propio sentido común y discreción, como la excelencia y orden de la comida de un día.

16.—Piensa cuidadosa y valientemente sobre estas cosas, y las encontrarás verdaderas: una vez que las has encontrado así, piensa también cuidadosamente sobre tu propia posición en la vida. Presumo que perteneces á las clases media ó alta y que quieres librarte de descender á una esfera más baja. Puedes imaginarte que no quieres; no, si eres verdaderamente buena, fuerte de corazón, y romántica, quizás realmente no quieras; pero no sería injusto que quisieses. Tienes, pues, supongo, buena alimentación, bonitas habitaciones en que vivir, lindos vestidos que usar y puedes obtener todo placer racional y sano; eres, además, probablemente, gentil y graciosa, y tienes el hábito de dar gracias á Dios por todos estos beneficios. Pero, ¿por qué le das gracias? ¿Es porque, en estas materias, así como en tu conocimiento religioso, piensas que ha hecho de tí una favorita? ¿Es el significado esencial de tu acción de gracias, «Señor, te doy gracias porque no soy como otras muchachas, no en que yo ayuno dos veces por semana mientras ellas comen, sino en que yo como siete veces por semana mientras ellas ayunan», y estás completamente segura de que sea esta una manera de dar

las gracias grata á tu Padre celestial? Suponte que ves una de tus propias hermanas terrestres, Lucía ó Emilia, arrojada de tu casa paterna, pereciendo en el abandono, desesperada; y que cada mañana, cuando entras en el cuarto de tu padre, le dices: «Qué bueno sois, padre, al darme lo que no dáis á Lucía», ¿estás segura de que, aunque la cólera de tu padre pueda tener una causa justa contra tu hermana, se sentirá complacido con esta acción de gracias, ó lisonjeado con este elogio? ¿Ni, realmente, estás segura de que *eres* su favorita? Supón que, á pesar de todo esto, ama á la pobre Lucía precisamente tanto como á tí y está solo probándote por medio de su pena, que quizás no está en modo alguno colérico con ella, sino profundamente colérico contigo, y aún más con tu acción de gracias. ¿No será bueno que pienses, y muy seriamente, sobre esta situación tuya; y tanto más si deseas creer este texto, acerca del cual tanto disgusta predicar á los pastores, «Cuán difícil es que entre un rico en el reino de Dios»? O no crees esto realmente, ó habrás de hallarte menos satisfecha en tu rango; y no puedes creerlo del todo á menos que sepas lo que significa el Reino de Dios,— «no comida y bebida, sino justicia, paz y goce en el Espíritu Santo,» ni hasta que conozcas también que tal goce no está en modo alguno necesariamente en ir á la iglesia, ó en cantar himnos; sino que puede ser goce en una danza, ó goce en una broma,

ó goce en algo que has merecido poseer ó que has deseado dar; pero no goce que te separe en cierto modo, como por algún favor extraño, de las criaturas compañeras tuyas, que te exalte en medio de su degradación, que te exima de un trabajo ó te favorezca en el tiempo de su miseria.

17.—Piensa en esto y algún día, creo yo, sentirás también, no una pasión morbosa de piedad tal que te convierta en una negra Hermana de la Caridad, sino el fuego constante de bondad perpetua, que hará de ti una criatura resplandeciente. Yo no hablo en desdoro de ellas; conozco perfectamente los bienes que hacen las Hermanas de la Caridad y cuánto las debemos; pero todas estas piedades profesionales (excepto en tanto que la distinción ó asociación pueda ser necesaria para la efectividad de la obra) son en su espíritu irregulares, y en la práctica meramente emplastos para los dolores de una enfermedad que nunca se ha debido permitir que existiese, y animan al mismo tiempo á la frivolidad, al rebaño de las mujeres menos excelentes, dejándolas pensar que deben ser buenas bajo el nombre negro, ó no pueden serlo de otro modo. Usa un vestido, para todas las ocasiones, si quieres; pero deja que sea alegre y correcto, y sé en tu corazón una Hermana de la Caridad siempre, sin tocar y sin hacer de ello una declaración voluble.

18.—Cuando me detenía, antes de terminar

mi prefacio—pensando en uno ó dos puntos más que son difíciles de escribir,—encontré en *The Times* una carta de una señorita francesa que decía todo cuanto yo deseaba decir, tan bellamente, que la imprimo tal como la he encontrado:

«Señor: Se dice con frecuencia que un ejemplo vale por muchos sermones. ¿Se me juzgará presuntuosa si apunto uno, que me parece en este momento tan sorprendente que, aunque penoso, no puedo menos de detenerme ante él?

Es el lote, el grande y triste lote, que la sociedad francesa y sus recientes hábitos de lujo, de gasto, de ornamentación, de tolerancia para todo género de disipación extravagante, tiene que abandonar á sus propias puertas en la crisis actual de ruina, miseria y humillación. Si nuestras *ménagères* pueden citarse como un ejemplo á las señoras de su casa inglesas, así también, ¡ay!, pueden otras clases de nuestra sociedad citarse como ejemplo para *no* seguirle.

¡Amargos deben ser los sentimientos de muchas francesas cuyos días de lujo y de hábitos dispendiosos tocan al fin, y cuyos títulos de pasado esplendor yacen con un grave peso en su conciencia ya que no en su bolsa!

Entre nosotras el mal se ha extendido hacia arriba y hacia abajo. Donde quiera, los ejemplos

dados por las más altas damas han sido seguidos con excesivo éxito.

Cada año los vestidos se hacen más extravagantes, las diversiones más costosas, los gastos de todas clases más considerables. Se hace cada vez más bajo el tono de la sociedad, su buena educación, su delicadeza. Cada vez están más asociados el *monde* y el *demi monde* en las narraciones de hechos elegantes que traen los periódicos, en los chismes escandalosos, en las carreras, en las primeras representaciones, en la imitación recíproca de los vestidos, de los muebles y de la jerga que hablan.

Viviendo en este medio, se hace habitual—casi necesario—para cada uno, cumplir con él, si no ir más allá que cualquiera de los demás.

El resultado de todo esto es que ahora vemos el naufragio de nuestra prosperidad y el hundimiento de todos estos resplandores y elevaciones aparentes.

Profunda y espantosamente impresionada por la falta que mi propio país ha cometido y está sufriendo, no puedo menos de sentir horror cuando veo en Inglaterra signos de la aparición de nuestro mal importuno. Pinturas, jerga y vaudevilles, que tienen el anónimo por nombre; novelas de costumbres escritas ambiguamente, son cosas en sí mismas poco ofensivas, aunque no hace muchos

años habrían parecido verdaderamente odiosas; pero son incursiones frecuentes y tentadoras en un camino real verdaderamente peligroso.

Yo quisiera que las mujeres inglesas supiesen hasta qué punto son miradas desde fuera, qué alta opinión, qué honor y reverencia concedemos los extranjeros á sus principios, á su veracidad, á la fresca y pura inocencia de sus hijas, á la sana juventud de sus hijos.

¿Podré explicar esto con un breve ejemplo que aconteció cerca de mí? Durante los días de los sucesos de 1848, todas las casas de París fueron registradas en busca de armas para el pueblo. Una de ellas, en la cual había yo vivido, no contenía ninguna, como el dueño de la casa aseguraba á los furiosos é incrédulos republicanos. Estaban á punto de poner sobre él sus manos violentamente, cuando su esposa, una dama inglesa, oyendo la ruidosa discusión, avanzó con valor y les aseguró que no había armas escondidas. «Sois inglesa: os creemos; los ingleses dicen siempre la verdad», fué la contestación inmediata, y los revolucionarios los dejaron tranquilos.

Ahora bien, señor, ¿se me acusará de hacer una crítica injustificada si, amando y admirando vuestro país, como lo probarán estas líneas, me hieren ciertas nuevas tendencias como discrepancias penosas de la vida inglesa?

Lejos de mí predicar el desprecio de todo lo que

puede hacer la vida amable y sanamente grata. Yo no amo nada tanto como ver una mujer delicada, limpia, elegante, buscando el mejor vestido entre lo más bonito que su gusto y su bolsillo le puedan permitir, ó vuestras brillantes y frescas jóvenes, valientes y bien puestas en su caballo, ó adornando sus casas tan linda, cuidadosa, cómoda y refinadamente como es posible.

Es el grado *más allá* el que nos ha probado tan fatalmente, y yo quisiera con nuestro ejemplo poder advertiros como un pequeño pago de vuestra hospitalidad y amistad para con nosotros en nuestros días difíciles.

Que acepten las damas inglesas estas líneas con espíritu benévolo como felicitación de Año Nuevo».

UNA SEÑORITA FRANCESA.

Dic. 29.

19.—Esta es, pues, la esencia de lo que me hubiese gustado decir de un modo convincente, á ser posible, á mis jóvenes amigas; con la certeza íntima de que en todo caso sería yo así un guía seguro para ellas.

Para otros lectores más viejos es necesario que escriba algunas palabras más respecto á la oportunidad con que yo haya juzgado, ó á la rectitud

con que haya hablado, de tales cosas; porque, en realidad, gran parte de lo que he dicho acerca de las mujeres lo he dicho solamente como cuestión de fe. Una señorita inglesa sabia y amable me dijo, cuando apareció por primera vez *Sésamo y Azucenas*, que estaba segura de que *Sésamo* sería útil; pero que en *Azucenas* había escrito acerca de lo que no sabía nada. Lo cual es, en cierto modo, muy verdad, y también que este escrito es más parcial de lo que suelen ser los míos: porque, así como Ellesmere no expresa lo que siente sino por inspiración de Margarita, así yo he escrito *Azucenas* por complacer á una muchacha; y por el recuerdo que tengo de ella y de algunas más, no he de refundir algunas de las sentencias de *Azucenas* en un todo realmente distinto: porque conforme los años han pasado, me ha acontecido desgraciadamente en algunos respectos, afortunadamente en otros (á causa de que me ha sido posible leer la historia más claramente), que he visto la extrema maldad que existe en las mujeres, cuando yo no había creído sino en la extrema bondad. Las mujeres mejores son en realidad, necesariamente, las más difíciles de conocer; se reconocen, sobre todo, por la felicidad de sus maridos y por la nobleza de sus hijos; son solo adivinadas, no vistas, por los extraños; y, algunas veces, parecen casi inertes, excepto en su casa; sin la ayuda de una de

ellas (1), á la cual está dedicado este libro, habría llegado, probablemente, el día en el cual yo no hubiera escrito ni pensado más.

20.—Por otra parte, los usos de la época hacen demasiado apreciable para todos los hombres lo que es atrevido, grosero, ó falta de sentido en la naturaleza femenina:—la debilidad del elemento pintoresco de mis primeros escritos me permite informarme bien de la vacuidad de mi entusiasmo; y las contingencias de una vida más larga, me han dado la oportunidad de observar las mujeres en estados de degradación y crueldad que me han revelado los secretos más oscuros de la tragedia griega y siria. Las he visto vender su ternura familiar á la lujuria, sus promesas de amor al deseo; he visto madres humilladas á sus hijos como Medea; é hijas sumisas á sus padres como la hija de Herodías; pero no se ha alterado aún mi confianza en el valor de las naturalezas que son tan fatales en sus errores, y no he de cambiar las palabras de *Azucenas*; creo además que no hay hombre que haya vivido una vida recta si no se ha purificado por el amor de una mujer, fortalecido por su valor, y guiado por su discreción.

21.—Lo que yo pudiera haber sido, ayudado de este modo, raras veces incurro en la frivolidad de

(1) Φίλη

pensarlo; pero lo que soy, puesto que adopto la función de maestro, es justo que lo sepa el lector, hasta el punto que me sea dado decírselo.

No soy una persona injusta, ni cruel, ni falsa; soy un amante del orden, del trabajo y de la paz. Esto, me parece que es suficiente para darme el derecho de decir todo cuanto deseo acerca de cuestiones éticas; mas, podría solamente expresarlo de un modo definido por medio de detalles autobiográficos tales que no se pueden justificar sino con una vida próspera y (en el simple sentido de la palabra) perfecta—y la mía no ha sido ni lo uno ni lo otro.—Aún, si alguien que sea práctico en la lectura de manuscritos deteriorados del alma humana, se inquieta por el conocimiento más íntimo de mí mismo, puede obtenerlo conociendo con qué personajes de la historia he simpatizado más.

Nombraré tres.

Por todo lo que es más fuerte y más profundo en mí, lo que me hace apto para mi trabajo y da luz y sombra á mi sér, tengo simpatía con Guido Guinicelli.

Por mi temperamento natural constante, y pensamientos acerca de las cosas y de las gentes, con Marmontel.

Por mi temperamento forzado y accidental, y pensamientos acerca de las cosas y de las personas, con Dean Swift.

Cualquiera que sea capaz de comprender las naturalezas de estos tres hombres, puede comprender la mía; y como he dicho demasiado, me contento con dejar que vida y obra sean recordadas ú olvidadas, según sus prácticas puedan merecerlo.

Denmark Hill, 1 Enero 1871.

Sésamo y Azucenas.

LECCIÓN PRIMERA

S É S A M O

DE LOS TESOROS DE LOS REYES

«Tendréis cada uno una torta
de sésamo,—y diez libras.»
LUCIANO: *El Pescador*.

1.—Mi primer deber esta tarde es pedir os perdón por la ambigüedad del título, bajo el cual el asunto de la lección ha sido anunciado: porque realmente yo no voy á hablar de reyes, conocidos como reinantes, ni de tesoros, que se sabe qué riquezas contienen, sino de un orden de realeza completamente diferente, y de otra clase de riquezas que las usualmente conocidas. He intentado fijar vuestra atención confiadamente y (como hacemos algunas veces cuando llevamos á un amigo á ver un paisaje favorito) ocultar lo que más deseaba mostrar, con la imperfecta astucia de que yo soy capaz, hasta que, inesperadamente, en-

contrásemos el mejor punto de vista por sendas desviadas. Pero—como también he oído decir á hombres prácticos en dirigirse al público, que los oyentes no se fatigan tanto por nada como por el intento de seguir á un orador que no da á entender su propósito,—me quitaré de una vez esta pequeña máscara, y os diré llanamente que deseo hablaros acerca de los tesoros ocultos en los libros, y sobre el modo de encontrarlos y sobre el modo de perderlos. Un grave asunto, diréis, y un tema amplio! Sí; tan amplio, que no haré esfuerzos por tocar sus límites. Quiero solamente exponer ante vosotros algunos sencillos pensamientos sobre la lectura, que gravitan sobre mí más cada día, conforme observo el curso del alma pública con respecto á nuestros medios diariamente crecientes de educación, y en correspondencia con ellos la extensión creciente de los campos de irrigación de la literatura.

2.—Acontece que yo tengo prácticamente alguna conexión con escuelas de diferentes clases de jóvenes, y recibo muchas cartas de padres respecto á la educación de sus hijos. En la masa de estas cartas me sorprende siempre la precedencia que la idea de una «posición en la vida» toma sobre todos los otros pensamientos en el alma de los padres—más especialmente en la de las madres.—«La educación conveniente para tal ó cual *posición en la vida*»—esta es la frase, este es el objeto, siempre. Nunca piden, hasta el punto en que yo

pueda satisfacerle, una educación buena en sí misma;—aun la concepción de la excelencia abstracta en la educación parece raramente alcanzada por los que me escriben. Pero, una educación «que proporcione un buen vestido para el cuerpo de mi hijo;—que le permita llamar con confianza á la campanilla de las visitas en las puertas de dobles campanillas; de lo cual resulta últimamente el establecimiento de una puerta de doble campanilla en su propia casa;—en una palabra, que le permita el avance en la vida;—esto es lo que rogamos sumisos y esto constituye todo nuestro ruego». Nunca parece ocurrírseles á los padres que pueda haber una educación que, en sí misma, sea un avance en la vida;—que, cualquiera otra que ésta, puede ser quizás un avance en la muerte; y que, esta educación esencial, puede ser más fácilmente recibida ó dada de lo que parece, colocándose en el buen camino; mientras que no se obtiene por ningún precio, ni por favor alguno, colocándose en una senda torcida.

3.—Verdaderamente, entre las ideas dominantes entre las que existen en el alma del más activo de los países, supongo la primera—al menos la que se confiesa con mayor franqueza, y se pone por delante como el estímulo más propio del esfuerzo de la juventud—la del «avance en la vida». ¿Puedo exigirlos que consideréis conmigo lo que esta idea supone prácticamente y lo que debería suponer?

Prácticamente, pues, al presente, el «avance en la vida», significa hacerse conspicuo en ella, obtener una posición reconocida por los demás como respetable y honrosa. No entendemos por este avance, en general, el mero hecho de ganar dinero, sino el que se piense que lo ganamos; no el cumplimiento de cualquier gran fin, sino el que se crea que lo cumplimos. En una palabra, entendemos por tal la satisfacción de nuestra sed de aplauso. Esta sed, si continúa siendo hoy la enfermedad de las almas nobles, es también la primera enfermedad de las almas débiles; y, en total, la influencia impulsiva más fuerte de la mitad de la humanidad: los mayores esfuerzos de la raza han sido siempre producidos por el amor á la fama, así como sus mayores catástrofes por el amor á los placeres.

4.—No intento atacar ni defender este impulso. Deseo solamente que sintáis que yace en el fondo de la raíz de todo esfuerzo, especialmente de todo esfuerzo moderno. Es la recompensa de la vanidad lo que constituye, entre nosotros, el estímulo del trabajo y el bálsamo del reposo; tan estrechamente toca á las verdaderas fuentes de la vida, que la herida de nuestra vanidad se ha tenido siempre (y con razón) como, en cierto modo, *mortal*; la llamamos «mortificación», usando la misma expresión que aplicamos á los males corporales gangrenosos é incurables. Y aunque pocos de nos-

otros seamos bastantes médicos para reconocer los varios efectos de esta pasión sobre la salud y la energía, creo que los más de los hombres honrados comprenderán, y reconocerán juntamente, el poder dominante que ejerce sobre ellos como motivo. El marinero no desea comunmente llegar á ser capitán solo por los conocimientos con que puede dirigir el barco mejor que cualquier otro marino de á bordo. Desea ser capitán para poder ser *llamado* capitán. El pastor de almas no desea usualmente llegar á obispo, solo á causa de que cree que ninguna otra mano puede, tan firmemente como la suya, dirigir la diócesis en medio de sus dificultades. Desea ser obispo, primariamente, para poder ser llamado «Monseñor». Y un príncipe no desea generalmente engrandecer, ó un súbdito conquistar, un reino, porque crea que ningún otro puede servir tan bien como él al Estado sobre su trono, sino, simplemente, porque aspira á que le den el tratamiento de «Majestad», cuantos labios puedan hablarle.

5.—Siendo, pues, esta la principal idea del «avance en la vida», su fuerza se aplica, para todos nosotros, en correspondencia con nuestra situación, particularmente á este resultado secundario de tal avance, que llamamos «entrar en buena sociedad.» Deseamos entrar en buena sociedad, no por tenerla, sino por poder ser visto en

ella; y nuestra noción de su bondad depende primariamente de su brillante apariencia.

¿Me perdonaréis si me detengo un momento para apuntar una cuestión que temo juzguéis impertinente? Yo nunca puedo proseguir un discurso á menos de que sienta ó conozca si mi auditorio está conmigo ó contra mí; no me cuido mucho de él al principio; pero necesito saber la situación en que está; y, en este instante, necesito averiguar si pensáis que pongo demasiado bajos los motivos de la acción de las gentes. Estoy resuelto, esta noche, á ponerlos bastante bajos para que sean admitidos como probables; porque, cuando en mis escritos de Economía Política, supongo que una pequeña honestidad, ó generosidad,—ó lo que se acostumbra á llamar «virtud»,—puede admitirse como motivo humano de acción, se me responde siempre diciendo: «No debe V. suponer eso: eso no está en la naturaleza humana; debe usted suponer que nada es común á los hombres más que la adquisitividad y los celos; ningún otro sentimiento ha influído nunca en ellos, excepto accidentalmente y en materias distintas de los negocios.» Comienzo, en efecto, desde abajo en la escala de los motivos; pero debo saber si me creéis acertado haciéndolo así. Por tanto, permitidme que ruegue, á los que admiten que el amor de la fama es generalmente el motivo más fuerte en las almas humanas para perseguir el avance, y el honrado de-

se de cumplir alguna clase de deber un motivo enteramente secundario, que levanten sus manos. (*Aproximadamente una docena de manos se elevaron—el auditorio, en parte, no estaba seguro de que el conferenciante hablase en serio, en parte se sentía tímido para manifestar su opinión.*) Hablo completamente en serio—realmente deseo saber lo que pensáis; tal vez podré juzgar mejor proponiendo la cuestión inversa. ¿Quieren, los que piensen que el deber es generalmente el primer motivo, y el amor de la fama el segundo, levantar sus manos? (*Alguien manifestó que una mano se había levantado detrás del conferenciante.*) Muy bien: ya veo que V. está conmigo y que piensa que no he comenzado demasiado cerca de la tierra. Ahora, sin molestaros proponiéndoo nuevas cuestiones, me aventuro á presumir que admitís el deber, al menos, como un motivo secundario ó terciario. Pensáis que el deseo de hacer algo útil, ó de obtener algún bien real, es realmente una idea colateral existente, aunque con carácter secundario, en la mayoría de los deseos humanos de avance. Me concederéis que los hombres medianamente honrados desean posición y oficio, al menos en cierta medida, á causa de su poder benéfico; y desean asociarse más bien con personas sensibles y bien educadas, que con locos ó ignorantes, sean ó no vistos en compañía de esas personas. Y finalmente, sin molestaros con la repetición de una verdad de

sentido común sobre la preciosidad de las amistades y la influencia de los compañeros, admitiréis sin duda que, según la sinceridad del deseo de que nuestros amigos sean verídicos y nuestros compañeros juiciosos,—y proporcionalmente á la vehemencia y discreción con la cual elegimos á ambos,—serán las probabilidades generales de nuestra felicidad y utilidad.

6.—Pero concediendo que tengamos juntamente voluntad é inteligencia para elegir bien nuestros amigos, ¡qué pocos de nosotros tenemos el poder!, ó, al menos, ¡cuán limitada, para los más, es la esfera de la elección! Casi todas nuestras relaciones están determinadas por la casualidad ó la necesidad, y restringidas á un círculo estrecho. No podemos conocer á quienes queremos; y aquellos á quienes conocemos, no podemos tenerlos á nuestro lado cuando más los necesitamos. Los círculos más altos de la inteligencia humana se abren á los que están debajo solo momentánea y parcialmente. Podemos, con buena fortuna, llegar á ver un gran poeta, y oír el sonido de su voz; ó proponer una cuestión á un hombre de ciencia y ser respondido amablemente. Podemos atraer durante diez minutos la conversación de un ministro del gabinete, y ser respondidos, probablemente, con palabras peores que el silencio, por lo despectivas; ó alcanzar, una ó dos veces en nuestra vida, el privilegio de echar un ramo al paso de una princesa ó

atraer la mirada benévola de una reina. Y aún codiciamos estas probabilidades momentáneas; y gastamos nuestros años, y nuestras pasiones, y nuestras facultades, persiguiendo poco más que esto; mientras que hay una sociedad, continuamente accesible, de gentes que quieren hablar con nosotros todo el tiempo que deseemos, cualquiera que sea nuestro rango ú ocupación;—hablarnos en los términos mejores que puedan elegir y de las cosas más próximas á sus corazones. Y esta sociedad, á causa de que es tan numerosa y tan noble, y puede hacérsela esperar en torno nuestro durante todo un día—reyes y hombres de Estado esperan pacientemente, no para conceder audiencia, sino para obtenerla—en estas antesalas, sencillamente amuebladas y estrechas, los estantes de nuestras bibliotecas mismas,—no nos damos cuenta de su compañía,—quizás nunca oímos una palabra de las que pueden pronunciar, durante toda la jornada!

7.—Me diréis, quizás, ó pensaréis para vosotros mismos, que la apatía con la cual miramos la sociedad del noble, que nos ruega le escuchemos, y la pasión con la cual perseguimos la compañía, del innoble tal vez, que nos desprecia, ó que no tiene nada que enseñarnos, están fundadas en esto,—que podemos ver las caras de los hombres vivos, y es con ellas, y no con sus dichos, con las que deseamos estar familiarizados. Pero no es así.

Suponed que nunca hubiéseis visto sus caras;—suponed que pudiéseis colocaros detrás de un biombo en el gabinete del hombre de Estado, ó en la cámara del príncipe, ¿no quedaríais satisfechos con oír sus palabras, aunque os estuviese prohibido avanzar delante del biombo? ¡Y cuando el biombo es solamente un poco más pequeño, tiene dos alas en vez de cuatro, y podéis ocultaros detrás de las dos tapas de un libro, y escuchar durante todo el día, no una conversación casual, sino estudiada, elegida y guiada por los mejores de los hombres,—esta audiencia, este honroso consejo privado, lo desdeñáis!

8.—Pero diréis quizás que las personas vivas hablan de cosas actuales, y que son de interés inmediato para vosotros, y es por eso por lo que deseáis oírlas. No; no puede ser así, porque las mismas personas vivas, os hablarán de las cosas actuales mucho mejor en sus escritos que en sus conversaciones descuidadas. Aun admito que tal motivo influya en vosotros hasta el punto de haceros preferir estos escritos rápidos y efímeros á los lentos y duraderos—libros, propiamente dichos. Porque todos los libros son divisibles en dos clases: los libros del momento, y los libros de siempre. Lo característico de esta distinción no es solamente una cualidad. No es solamente el mal libro el que no dura, y el bueno el que dura. Hay una distinción de especie. Hay libros buenos para el momento, y

libros buenos para siempre; libros malos para el momento, y malos para siempre. Debo definir estas dos clases de libros antes de pasar más adelante.

9.—El buen libro del momento, pues,—yo no hablo de los malos,—es simplemente la conversación útil ó agradable, con una persona con la cual no podéis hablar de otro modo, impresa para vosotros. Verdaderamente útil, con frecuencia, porque os dice lo que necesitáis saber; á menudo agradable, como puede serlo la conversación de un amigo inteligente que tengáis al lado. Estas brillantes narraciones de viajes, humorísticas é ingeniosas discusiones de problemas, vivas y patéticas narraciones en forma de novela, descripciones precisas de hechos, por los agentes reales que intervinieron en la historia;—todos estos libros del momento, que se multiplican entre nosotros conforme la educación se hace más general, son una propiedad peculiar de la edad presente: debemos estarles muy agradecidos, y avergonzarnos de nosotros mismos si no hacemos buen uso de ellos. Pero haremos el peor uso posible de ellos si les permitimos usurpar el lugar de los libros verdaderos: porque, estrictamente hablando, no son en realidad libros, sino meramente cartas ó periódicos bien impresos. Las cartas de nuestros amigos pueden ser deliciosas ó necesarias, hoy; lo que hay que ver es si merecen conservarse. El periódico puede ser enteramente propio para el momento del almuerzo; pero con

seguridad no sirve para leerlo durante todo el día. Así, aunque contenida en un volumen, la larga carta que os hace una descripción agradable de las posadas y los caminos y las tormentas, durante el último año en cualquier lugar, ó que os cuenta cierta historia divertida, ó que relata las circunstancias particulares de tales acontecimientos, aunque válida por lo que se refiere á la ocasión, puede no ser, en el sentido real de la palabra, un «libro», ni, en el mismo sentido real, una «lectura». Un libro es, esencialmente, no una cosa que se refiere, sino una cosa que se escribe, y que se escribe, no con el intento de mera comunicación, sino de permanencia. El libro de narración se imprime solamente porque su autor no puede hablar á miles de gentes á la vez; si pudiese hacerlo lo haría— el volumen es mera *multiplicación* de su voz. No podéis hablar con vuestro amigo de la India; si pudiéseis, lo haríais; en cambio le escribís: esto es meramente la *transmisión* de la voz. Pero un libro está escrito, no para multiplicar la voz solamente, no solamente para transportarla, sino para perpetuarla. El autor tiene algo que decir que percibe como verdadero y útil, ó utilmente bello. Hasta dónde llegan sus noticias, sabe que nadie ha dicho aún eso; hasta dónde llegan sus conocimientos sabe que ninguno puede decirlo. Está obligado á exponerlo, clara y melodiosamente, si puede; claramente en todo caso. En el resumen de su

vida, encuentra que esta es la cosa, ó el grupo de cosas, manifiestas para él;—esta la parte de verdadero conocimiento, la visión, la cantidad de luz del sol de que le ha sido permitido apoderarse en la tierra. Se sentirá obligado á fijarla en el mundo para siempre, á grabarla en la roca, si puede, diciendo: «Esto es lo mejor de mí; por lo demás, yo he comido, y bebido, y dormido, y amado, y odiado, como los otros; mi vida era como el vapor, y ya no existe; pero esto lo he visto y lo conozco: esto, si hay alguna cosa mía que lo sea, es digno de vuestra memoria». Este es su «escrito»; es, en la pequeñez de sus medios humanos, y con cualquier grado de verdadera inspiración que exista en él, su inscripción, ó su escritura. Esto es un «libro».

10.—¿Quizá pensáis que jamás se han escrito libros así?

Pero, de nuevo, os pregunto: ¿creéis, por poco que sea, en la honestidad y en la bondad, ó pensáis que nunca ha habido una persona honrada ó benévola entre las gentes sabias? Ninguno de vosotros, yo lo espero, será tan desdichado que piense así. Pues bien, cualquier trozo de la obra de un hombre sabio, honesta y bondadosamente realizado, será su libro ó su fragmento de arte (1). Estará

(1) Nótese esta sentencia cuidadosamente, y compárese con el «*Queen of the Air*», 106.

mezclado siempre con fragmentos malos, mal hechos, redundantes, trabajados con afectación. Pero si leéis con cuidado, descubriréis fácilmente los trozos verdaderos, y éstos *son* el libro.

II.—Ahora bien; libros de esta clase han sido escritos en todas las edades por sus más grandes hombres:—por grandes sabios, grandes hombres de Estado, grandes pensadores. Todos ellos están á nuestra disposición; y la vida es corta. Habréis oído esto antes: ¿pero habéis medido y acotado esta breve vida y sus capacidades? Sabéis, si leéis esto, que no podéis leer aquello—que lo que perdéis hoy no podéis ganarlo mañana. ¿Iréis á conversar con vuestra doncella, ó vuestro mozo de cuadra, cuando podéis hablar con reinas y reyes; ó satisfará la dignidad de la conciencia de vuestros propios derechos al respeto, el roce con la voraz y común multitud para entrar aquí, y obtener una audiencia allá, cuando toda la extensión de esta corte eterna os está abierta, con su sociedad, amplia como el mundo, múltiple como sus días, lo elegido, y lo superior de cada lugar y cada tiempo? Dentro de ella podéis entrar siempre; en ella podéis elegir compañía y posición conforme á vuestro deseo; después de esto, una vez entrado en ella, no podéis nunca ser arrojado sino por vuestra propia falta; por la aristocracia de vuestros compañeros allí, será seguramente juzgada vuestra aristocracia propia, y los motivos por los

cuales aspiráis á ocupar un alto lugar en la sociedad de los vivos, serán medidos, con toda la verdad y sinceridad que hay en ellos, por el puesto que deseéis ocupar en esta compañía de los muertos.

12.—«El puesto que deseéis», y el puesto *para que sirváis*, debo decir también; porque, observad, esta corte del pasado difiere de toda la aristocracia viva en esto:—está abierta al trabajo y al mérito, pero á nada más. No seduce la riqueza, no intimida el nombre, no engaña el artificio al guardián de estas puertas elíseas. En el sentido profundo de la palabra, ninguna persona vil ó vulgar ha entrado allí. Para los porteros de este silencioso Faubourg St. Germain, la cuestión es breve:—«Merecéis entrar? Pasad. Queréis ser compañero de los nobles? Hacedos noble, y lo seréis. Aspiráis á la conversación del sabio? Aprended á comprenderle, y le podréis oír. Pero en otros términos?—No. Si no queréis elevaros hasta nosotros, no podemos descender hasta vosotros. El señor vivo puede afectar cortesía; el filósofo vivo puede explicaros su pensamiento con penosa consideración; pero nosotros no podemos ni fingir ni explicar; debéis elevaros al nivel de nuestros pensamientos si queréis ser alegrados por ellos, y participar de nuestros sentimientos, si queréis reconocer nuestra presencia».

13.—Esto, pues, es lo que tenéis que hacer, y

admito que es mucho. Debéis, en una palabra, amar á estas gentes, si queréis estar entre ellas. La ambición no es de ninguna utilidad. Desprecian vuestra ambición. Debéis amarlas y demostrar vuestro amor de los dos modos siguientes:

(1) Por un verdadero deseo de ser enseñados por ellos, y de entrar en sus pensamientos. Entrar en los suyos, advertid; no encontrar los vuestros expresados por ellos. Si la persona que escribe el libro no es más sabia que tú, no necesitas leerlo; si lo es, pensará de un modo diferente que tú en muchos respectos.

(2) Con mucha facilidad decimos de un libro: «¡Qué bueno es—esto es exactamente lo que yo pienso!» Pero el sentimiento justo es: «¡Qué extraño es esto! Nunca lo he pensado antes, y sin embargo veo que es verdad; ó si no lo veo ahora, espero verlo, algún día.» Pero sea tan humildemente ó no, al menos estad seguros de que acudís al autor para aprender *su* pensamiento, no para encontrar el vuestro. Juzgadle después, si os creéis aptos para hacerlo, pero comprendedle primero. Y estad seguros también, si el autor vale algo, de que no lograréis entenderlo de una vez;—sino que, á su total significación, no podréis por largo tiempo llegar en modo alguno. No porque no os diga lo que desea, y con vigorosas palabras además, sino porque no puede decirlo del todo; y lo que es más extraño, no *quiere* decirlo, sino de un modo

secreto y por medio de parábolas, para asegurarse de que lo deseáis. Yo no puedo descubrir completamente la razón de esto, ni analizar esta cruel reticencia del corazón de los sabios, que hacen siempre oscuros sus más profundos pensamientos. No os los ofrecen á modo de auxilio, sino de premio, y quieren estar seguros de que los merecéis antes de permitiros alcanzarlos. Pero ocurre lo mismo con el símbolo físico de la sabiduría, el oro. Os parece, y me parece á mí, que no hay razón para que las fuerzas eléctricas de la tierra no conduzcan á las cumbres de las montañas el oro que tienen dentro, de tal modo que los reyes y el pueblo puedan saber que todo el oro que pueden obtener está allí; y sin la molestia de cavar, ni ansiedad, ni azar, ni gasto de tiempo, puedan obtener y acuñar cuanto necesiten. Pero la naturaleza no se conduce así. Lo deposita en algunas hendiduras de la tierra, nadie sabe dónde: podéis cavar durante mucho tiempo y no encontrar nada; debéis cavar penosamente para encontrar algo.

14.—Y pasa precisamente lo mismo con los mejores de los hombres sabios. Cuando os dirigís á un buen libro, debéis preguntaros: «¿Estoy dispuesto á trabajar como un minero australiano? ¿Están mis picos y azadones en buen orden, y estoy yo mismo en buena disposición, con mis mangas hasta el codo, y están buenos mi aliento y mi sangre?» Y, manteniendo la figura por más largo tiempo,

aun á costa de hacerme enojoso, porque es de verdadera utilidad, si el metal que buscáis es la significación ó el alma del autor, sus palabras son como la roca que tenéis que romper y fundir con el fin de obtenerla. Y vuestras azadas son vuestro cuidado, ingenio y ciencia; vuestro horno de fundición es vuestra propia alma pensante. No esperéis obtener ninguna buena interpretación del autor sin estas herramientas y este fuego; con frecuencia, necesitaréis los más agudos y finos instrumentos, y la fusión más paciente, antes de que podáis obtener un grano de metal.

15.—Y, por esto, ante todo, os digo, cierta y autoritariamente (sé que estoy en lo firme) que debéis conseguir el hábito de mirar intensamente á las palabras, y aseguraos de su significación, sílaba por sílaba—aún más, letra por letra. Porque aunque es sólo por razón de la oposición de las letras á los sonidos en función de signos, por lo que el estudio de los libros se llama «literatura», y un hombre versado en ella es llamado, por el asenso de las naciones, un hombre de letras en vez de un hombre de libros, ó de palabras, podéis, sin embargo, conexionar con esta nomenclatura accidental este hecho real:—que podríais leer todos los libros del British Museum (si pudiéseis vivir bastante tiempo) y seguir siendo enteramente «iletrado», una persona ineducada; pero que si leéis las páginas de un buen libro letra por letra—

es decir, con verdadera exactitud,—seréis para siempre, en cierto modo, una persona educada. La completa diferencia entre educación é ineducación (con respecto á su parte meramente intelectual) consiste en esta exactitud. Un *gentleman* bien educado puede no conocer muchas lenguas,—puede no ser capaz de hablar ninguna más que la suya,—puede haber leído muy pocos libros. Pero cualquier lengua que conozca, la conoce precisamente; cualquier palabra que pronuncie la pronuncia rectamente; sobre todo, ha aprendido la dignidad de las palabras; distingue las palabras de recta descendencia y antigua sangre, de las propias de la moderna canalla; recuerda todos sus antecesores, sus enlaces matrimoniales, sus relaciones distantes, y la extensión en la cual han sido admitidas, y los cargos que han desempeñado entre la nobleza nacional de las palabras de cualquier tiempo, de cualquier región. Pero una persona ineducada puede saber, de memoria, muchas lenguas, y hablarlas todas, y sin embargo, no saber verdaderamente ninguna de ellas,—ni siquiera la suya. Un marino suficientemente listo y sensible, será capaz de hacer su ruta desembarcando en casi todos los puertos; bastará con que exprese una sentencia en una lengua cualquiera para ser conocido como una persona iletrada: así también, el acento, el giro que dé á la expresión de una sola sentencia, bastará para distinguir á un hombre de

estudio. Y esto es tan firmemente sentido, tan definitivamente admitido entre personas educadas, que un falso acento ó una sílaba equivocada es bastante, en el parlamento de una nación culta, para asignar á un hombre un cierto grado de posición inferior para siempre.

16.—Y eso es justo; pero es una lástima que la exactitud exigida no sea más grande, y se requiera con un propósito más serio. Es justo que una expresión artificiosa en latín excite la sonrisa en la Cámara de los Comunes; pero está mal que un *significado* artificioso en inglés no produzca el enfado. Dejad que se cuide el acento de las palabras; y estrechamente: dejad que se cuide aún más estrechamente su significado, y la obra está hecha. Pocas palabras bien elegidas, y distintas, serán mejor que mil que no lo sean, cuando cada una actúa, equivocadamente, en función de otra. Sí; y las palabras, si no son cuidadas, harán algunas veces una obra mortal. Hay palabras enmascaradas, vagando y bogando sobre nosotros en Europa precisamente ahora—(nunca hubo tantas, debido á la extensión de una baja, ulcerosa, disparatada, infecciosa «información,» ó más bien deformación, por todas partes, y á la enseñanza de catecismos y frases en la escuela en vez de expresiones humanas)—hay palabras enmascaradas, digo, que nadie entiende, pero que todos usan, y la mayor parte de las gentes pelearán por ellas,

vivirán por ellas, y aun morirán por ellas, imaginándose que significan esto ó aquello, ó lo otro, de las cosas que aman: porque tales palabras se ocultan bajo la capa del camaleón—la capa del «león de la tierra», del color que tiene la tierra de cualquier fantasía del hombre: en esta tierra yacen en acecho, y hieren de improviso. Nunca hubo criaturas de presa tan malvadas, nunca diplomáticos tan astutos, nunca envenenadores tan mortíferos, como estas palabras enmascaradas; son los inicuos administradores de todas las ideas de los hombres: cualquier fantasía ó instinto favorito que acaricie un mortal, encarga su cuidado á la palabra enmascarada que prefiere; la palabra llega al fin á tener sobre él un poder infinito,—nada podéis obtener de él sino por su ministerio.

17.—Y en lenguas de origen tan mezclado como el inglés, existe un poder equívoco y fatal que está en manos de los hombres, casi independientemente de su voluntad, ya que pueden usar palabras griegas ó latinas cuando desean expresar una idea de un modo solemne, y palabras sajonas, ó de cualquiera otra clase de derivación común, cuando desean expresar una idea vulgar. Cuán singular y saludable efecto, por ejemplo, se produciría en las almas de las gentes que tienen el hábito de tomar la forma de la «palabra» que viven, por el poder del cual la palabra les habla, si admitiésemos ó rechazásemos siempre la forma

griega «biblos» ó «biblión» como la propia expresión de «libro»—en vez de emplearla solamente en el caso en que deseamos dar dignidad á la idea, traduciéndola al inglés en cualquier otro caso. Cuán provechoso sería para muchas personas sencillas, en pasajes tales (por ejemplo) como Acts XIX, 19, si conservásemos la expresión griega, en vez de traducirla, y hubiesen de leer.—¡«Muchos de aquellos que ejercían artes extrañas pusieron sus biblias juntas, y las quemaron delante de todo el mundo; y calcularon el precio de ellas, y las valuaron en cincuenta mil monedas de plata»! Si, por el contrario, tradujésemos lo que antes dejábamos sin traducir, y hablásemos siempre de «El Libro Sagrado», en vez de la «Sagrada Biblia», podría entrar en más cabezas que al presente, que de la palabra de Dios, por la cual los cielos existen, desde un principio, y por la cual ahora se conservan (1), no puede hacerse un presente á cualquiera encuadernándola en tafilete; puede sembrarse en cualquier surco por medio del arado ó de la prensa de vapor; pero esta palabra es sin embargo ofrecida á nosotros diariamente, y por nosotros rechazada con desdén; sembrada diariamente en nosotros, y por nosotros ahogada lo más rápidamente posible.

18.—Así también, considerad qué efecto ha

(1) 2 Peter III, 5-7.

producido en el alma vulgar inglesa, el uso de la forma sonora latina «damno», como traducción del griego *κατάκριτο*, cuando por espíritu piadoso se quiere vigorizarla; y su sustitución por el término suave «condemn» cuando se la quiere dulcificar; y qué notables sermones se han predicado por cléricos iletrados sobre «El que cree no ser condenado»; por clérigos que se apartarían con horror de la traducción (Heb. XI, 7), «La salvación de su casa, por la cual condenó al mundo,» ó (John VIII, 10-11). «¿Mujer, ningún hombre te ha condenado?» Ella dijo: «Señor, ninguno.» Jesús la respondió: «Ni yo te condeno, vete y no peques más.» Divisiones en el alma de Europa, que han costado mares de sangre y, en la defensa de las cuales, los espíritus de los hombres más nobles han naufragado, han caído en una frenética desolación, en multitud, como las hojas secas,—aunque, en el fondo, se fundasen en causas más profundas,—se han hecho, sin embargo, en la práctica posibles, principalmente por la adopción europea de la palabra griega «ecclesia» para designar una reunión pública, con el fin de dar peculiar respetabilidad á tales reuniones cuando se celebraban con propósito religioso; y otros equívocos colaterales, como el de usar en inglés vulgar la palabra «priest» como una contracción de «presbyter.»

19.—Ahora bien, á fin de que empleéis las palabras correctamente, he aquí el hábito que debéis

formar. Casi todas las palabras de nuestra lengua han sido primeramente palabras de otro idioma—del sajón, del alemán, del francés, del latín, del griego (por no hablar de los dialectos orientales y primitivos). Y muchas palabras han sido todo esto—es decir, han sido griegas primero, latinas después, después francesas ó alemanas, é inglesas por último: sufriendo un cierto cambio de sentido y uso en los labios de cada nación; pero conservando un profundo significado vital, que todos los buenos literatos sienten al emplearlas, aun hoy. Si no sabéis el alfabeto griego, aprendedle; jóvenes ó viejos—muchachas ó muchachos—quien quiera que seáis, si pensáis en leer seriamente (lo cual, desde luego, implica que dispongáis de algún vagar), aprended vuestro alfabeto griego; entonces procuraos buenos diccionarios de todas estas lenguas, y cuando tengáis duda acerca de una palabra, perseguidla pacientemente. Leed las lecciones de Max Müller á fondo, para comenzar; y después de esto, nunca dejéis escapar una palabra que consideréis sospechosa. Es una labor severa; pero la encontraréis, aun al principio, interesante, y al final, infinitamente divertida. Y el provecho general para vuestro carácter, en poder y precisión, será verdaderamente incalculable.

Reparad que esto no implica conocer ó intentar conocer el griego, ó el latín, ó el francés. Abarca toda una vida el aprender alguna lengua perfec-

tamente. Pero podéis fácilmente averiguar los significados por los cuales ha pasado la palabra inglesa, y aquellos en los cuales es empleada en las obras de un buen escritor.

20.—Y ahora, meramente por vía de ejemplo, quiero, con vuestro permiso, leer con vosotros, cuidadosamente, algunas líneas de un libro verdadero; y ver lo que sacamos de esto. Quiero tomar un libro perfectamente conocido de todos vosotros. No hay palabras inglesas que nos sean más familiares que éstas, aunque pocas quizás han sido leídas con menos sinceridad. Tomaré las líneas siguientes de Lycidas:

«El último llegó, el último partió;
 El piloto del lago Galileo.
 Dos pesadas llaves lleva de dos metales
 (La de oro abre, la de hierro cierra fuertemente).
 Sacude sus guedejas mitradas y habla austeramente,
 —¡Cuánto hubiese yo evitado en tu lugar, joven zagal,
 Muchos de los que para llenar su vientre
 Se arrastran, introducen y escalan el redil!
 De otro cuidado poco se preocupan
 Que de trepar al festín de los esquiladores,
 Y arrojar á los dignos de ser considerados como hués-
 [pedes;
 ¡Bocas ciegas! que apenas ellos mismos conocen cómo
 [sostener
 Un báculo, ó han aprendido alguna otra cosa, la más mí-
 [nima
 Que pertenezca al arte del fiel pastor!
 ¿Qué les preocupa? ¿Qué necesitan? Van de prisa,
 Y cuando oiga sus pobres y ligeros cantos
 Sonar en los débiles caramillos de paja miserable,
 La oveja hambrienta, mirará hacia ellos, y no tendrá ali-
 [mento,
 Pero, hinchada de aire, y de la niebla espesa que respira

Se pudrirá interiormente, y extenderá el mal contagioso;
 Excepto sobre aquellas que el feo lobo de garra oculta
 Diariamente devora con rapidez sin que nadie dé cuenta
 [de ello.]»

Permitidnos pensar sobre este pasaje y analizar sus palabras.

Primeramente, ¿no es singular encontrar á Milton asignando á San Pedro, no solo su total función episcopal, sino los signos verdaderos de ella que los protestantes niegan generalmente del modo más apasionado? Sus guedejas «mitradas»! Milton no era un partidario de los obispos, ¿cómo hace á San Pedro «mitrado»? «Dos pesadas llaves llevaba.» ¿Este es, pues, el poder de las llaves reclamado por los obispos de Roma? y ¿es reconocido aquí por Milton solamente como una licencia poética, á causa de su estilo pintoresco, á fin de que pueda el brillo de las llaves de oro producir un mayor efecto?

No lo creáis. Los grandes hombres no representan en el escenario una farsa con las doctrinas de la vida y de la muerte: esto sólo lo hacen los hombres pequeños. Milton sabe lo que dice; y aun lo expresa con todo su poder—es llevado á aplicar toda la fuerza de su espíritu al momento de decirlo. Porque aunque no fuese un amante de los falsos obispos, *era* un amante de los verdaderos; y el piloto del Lago es aquí, en sus pensamientos, el tipo y el modelo del verdadero poder episcopal. Porque Milton había leído este texto: «Quiero dar-

te las llaves del reino de los cielos» de un modo absolutamente honrado. Aunque puritano, no borraría esto del libro á causa de que haya habido malos obispos; así, pues, con el fin de comprenderle, debemos comprender este verso primero; no debe hacernos guiñar los ojos, ó murmurar en voz baja, como si fuese el arma de una secta adversa. Es una aserción universal y solemne, que debe ser profundamente guardada en el alma de todas las sectas. Pero quizás seríamos más capaces de interpretarla si fuésemos algo más lejos, y nos acercásemos después á ella. Porque, manifiestamente, esta marcada insistencia en el poder del verdadero episcopado obedece á hacernos sentir más firmemente lo que hay que reprochar á las falsas reclamaciones del episcopado; ó, en general, á las falsas reclamaciones de poder y rango en el cuerpo del clero; á aquellos que «para llenar sus vientres, se arrastran, introducen y escalan el redil.»

21.—Nunca penséis que Milton usó estas tres palabras para llenar su verso, como lo haría un escritor descuidado. Necesita de las tres;—especialmente estas tres y ninguna más que ellas:—«arrastrarse», «introducirse», y «escalar»; otras palabras no habrían podido sustituirlas, y no hubiese podido añadir otra más. Porque comprenden totalmente las tres clases, correspondientes á los tres caracteres de hombres que buscan deshonestamen-

te el poder eclesiástico. En primer lugar, aquellos que se *arrastran* dentro del redil; los que no se cuidan de la profesión ni del nombre, sino de la influencia secreta, y hacen todas las cosas oculta y astutamente, consintiendo en cualquier servilismo de oficio ó conducta, con tal, solamente, que puedan descubrir la intimidad, y dirigir, inopinadamente, las almas de los hombres. Después, aquellos que se *introducen* (esto es, se lanzan) ellos mismos en el redil, los cuales por insolencia natural de carácter, por fortaleza de lengua y elocuencia, y afirmación perseverante y sin temor de sí mismos, obtienen auditorio y autoridad entre la multitud. En último término, los que *trepan*, los cuales, por trabajo y estudio, tal vez fuertes y sanos, pero interesadamente ejercitados en la causa de su propia ambición, ganan altas dignidades y autoridad, y llegan á ser «dueños de la herencia», aunque no «ejemplos para la grey».

22.—Continuemos:

«De otro cuidado, poco se preocupan
Que de trepar al festín de los esquiladores.
Bocas ciegas».

Me detengo otra vez, porque esta parece ser una expresión extraña; una metáfora rota, un fuerte pensamiento descuidado é inculto.

Pero no es así: su audacia y energía tienden realmente á hacernos mirar de cerca la frase y recordarla. Estos dos monosílabos (*Blind mouths*)

expresan lo que es precisa y exactamente contrario al carácter verdadero de los dos grandes cargos de la Iglesia—el de obispo y el de pastor.

Un «obispo» significa «una persona que ve».

Un «pastor» significa «una persona que apacienta».

La cualidad menos episcopal que puede tener un hombre es, por tanto, la de ser ciego.

Lo menos pastoral es, en vez de apacentar, desear ser apacentado,—ser una boca.

Tomad estos dos contrarios juntos, y tendréis «Bocas ciegas». Podemos prudentemente insistir sobre esta idea un poco. Casi todos los males de la Iglesia han nacido de obispos que han deseado *poder* más que *luz*. Desean autoridad, no vigilancia. Su verdadero oficio no es mandar; pero puede ser exhortar y reprender vigorosamente: el oficio del rey es mandar, el oficio del obispo es vigilar el rebaño; contarle, oveja por oveja; estar siempre dispuesto á dar cumplida cuenta de él. Ahora bien, es claro que no puede dar cuenta de las almas, sino en tanto que ha numerado los cuerpos en su grey. La primera cosa, por tanto, que tiene que hacer un obispo es, al menos, colocarse en una posición en la cual, en cualquier momento, pueda obtener la historia, desde la infancia, de cada alma viviente en su diócesis, y de su estado presente. ¡Allá, en el fondo de ese callejón, Bill y Nancy, se han roto los dientes mutuamente!—¿El

obispo conoce todo esto? ¿Tiene su mirada sobre ellos? ¿Ha *tenido* sus ojos puestos sobre ellos? ¿Puede explicarnos circunstancialmente por qué Bill adquirió el hábito de golpear á Nancy en la cabeza? Si no puede, no es un obispo, aunque tenga una mitra tan alta como la torre de Salisbury; no es un obispo,—ha tratado de colocarse al timón en vez de subir al palo mayor: no tiene la visión de las cosas. ¡«No», diréis, «no es su deber vigilar á Bill en el callejón!» Qué! la oveja gorda que tiene grandes vellones—pensáis que es sólo la que debe ser atendida mientras (volved á vuestro Milton) «la oveja hambrienta mirará hacia ellos, y no tendrá alimento», mientras «el feo lobo, de garra oculta (los obispos que no conocen nada de esto) diariamente devora con rapidez, sin que nadie dé cuenta de ello»?

«Esta no es nuestra idea de un obispo» (1). Quizás no; pero era la de San Pablo, y era la de Milton. Pueden estar ellos en lo cierto, ó estarlo nosotros; pero no debemos pensar que leemos al uno ó al otro si sustituimos nuestro pensamiento á sus palabras.

23.—Prosigo:

«Pero hinchada de aire y de la espesa niebla que respira».

Esto es contestar á la opinión vulgar: que «si

(1) Compárese la Carta 13.^a en «Time and Tide».

no se mira por los cuerpos de los pobres, se mira por sus almas; tienen alimento espiritual».

Y Milton dice: «No tienen tal alimento espiritual; tienen solamente hinchazón de aire». Al principio podréis pensar que este es un símbolo grosero y oscuro. Pero de nuevo insisto en que es un símbolo completa y literalmente exacto. Tomad vuestros diccionarios griego y latino, y buscad la significación de «espíritu». Es solamente una contracción de la palabra latina que significa «aliento», y una traducción indistinta de la palabra griega que significa «aire». La misma palabra se usa escribiendo: «El aire sopla donde quiere»; y escribiendo: «Así es todo el que nace del espíritu», esto es, que nace del *aliento*; porque expresa el aliento de Dios, en alma y cuerpo. Tenemos su verdadero sentido en nuestras palabras «inspiración» y «expirar». Ahora bien, hay dos clases de hálito que pueden llenar el rebaño,—hálito de Dios y de los hombres. El hálito de Dios es salud, y vida, y paz para la grey, como el aire de los cielos es para los rebaños del collado; pero el hálito del hombre—la palabra que *él* llama espiritual,—es enfermedad y contagio, como la niebla del pantano. Se pudren con ella, se hinchan con ella, como un cuerpo muerto con las emanaciones de su propia descomposición. Esto es literalmente verdad de toda falsa enseñanza religiosa; el primero y último, y el signo más fatal de todos, es esta «hinchazón».

Vuestros hijos conversos, que enseñan á sus padres; vuestros reos, que enseñan á los hombres honrados; vuestros ignorantes conversos, que habiendo vivido en la estupefacción cretina la mitad de su vida, repentinamente se encuentran con el hecho de la existencia de Dios y, por tanto, se creen su pueblo peculiar y sus mensajeros; vuestros sectarios de todas clases, pequeños y grandes, católicos ó protestantes, de alta ó de baja iglesia, en tanto que piensan que están exclusivamente en posesión de la verdad y los demás en el error, y, preeminentemente, en cualquier secta, aquellos que sostienen que los hombres se pueden salvar pensando rectamente, en vez de obrar rectamente, por las palabras en vez de por los actos, y por la fe en vez de por las obras;—estos son los verdaderos hijos de la niebla,—nube, ésta, sin agua; cuerpos, éstos, de vapor putrescente y de piel, sin sangre ni carne: gaitas hinchadas por el diablo para tocar con ellas—corrompidas y corruptoras.—«Infladas de viento, y de la gran niebla que respiran».

24.—Ultimamente, permitidnos volver á las líneas referentes al poder de las llaves, para que ahora podamos entenderlas. Nótese la diferencia entre Milton y Dante en la interpretación de este poder: porque esta vez, el último es más débil de pensamiento; supone que *ambas* llaves son de la puerta de los cielos; una es de oro; la otra de plata: son dadas por San Pedro al ángel guardián; y no es

fácil determinar el significado, tanto de las sustancias de los tres escalones de la puerta, como de las dos llaves. Pero Milton supone una de oro, la del cielo; la otra, de hierro, la llave de la prisión en la cual están encerrados los malos maestros, porque «se han apoderado de la llave del conocimiento y ellos mismos no han entrado».

Hemos visto que los deberes del obispo y del pastor, son ver y apacentar, y de todos los que así hacen se ha dicho: «El que riega será regado». Pero la inversa es también verdad. El que no riega, se *marchitará*; y el que no ve, será encerrado lejos de la luz, encerrado en la perpetua prisión. Y esta prisión se abre aquí, tanto como en lo porvenir: el que está destinado á ser encadenado en el cielo deberá serlo primero en la tierra. Este mandato á los ángeles fuertes, de los cuales el apóstol Pedro es la imagen, «Tomadlos y, atados sus manos y sus pies, arrojadlos fuera», se aplica, en realidad, contra el maestro, por cada auxilio no prestado, por cada verdad negada, por cada falsedad inculcada; así, es más estrictamente condenado el que más condena, y más proscrito el que más proscribiera, hasta que, al fin, las barras de la prisión de hierro se cierran sobre él, y como «la de oro abre, la de hierro cierra fuertemente».

25.—Hemos conseguido algo, creo yo, al terminar estas líneas, y es mucho más aún lo que se fundamentará sobre ellas; pero hemos explicado

suficientemente, por vía de ejemplo, este género de examen, palabra por palabra, de nuestro autor, que es lo que se llama propiamente «lectura»; velando por cada matiz de expresión, y poniéndonos siempre en el lugar del autor, aniquilando nuestra propia personalidad, y tratando de entrar en la suya, de tal modo que podamos decir seguramente: «Esto piensa Milton,» no «Esto pienso yo leyendo mal á Milton.» Y por este proceso llegaréis gradualmente á conceder menos importancia á vuestro propio «Así pienso yo» de otros tiempos. Comenzaréis á percibir que lo que pensábais *vosotros* no era una cuestión de seria importancia;— que vuestros pensamientos sobre algunos asuntos no son quizás los más claros y sabios que pueden ocurrirse acerca de la materia:—de hecho que, á menos que seáis una persona verdaderamente singular, no se puede decir completamente que tengáis «pensamientos»; que no tenéis materiales para ellos, en cualquier cuestión sería» (I);—no ya para «pensar» rectamente, sino sólo para tratar de aprender la mayor parte de los hechos. Ni, lo más probablemente, en toda vuestra vida (á menos, como he dicho, que seáis una persona excepcional) tendréis legítimo derecho á una «opinión» en

(I) La «Educación» moderna, en su mayor parte, significa dar á las gentes la facultad de pensar con error en casi todas las cuestiones imaginables de importancia para ellas.

asunto alguno, excepto aquellos que caen inmediatamente bajo vuestras manos. En lo que debe por necesidad ser hecho, sin duda podéis decidir cómo hacerlo. ¿Tenéis una casa que conservar en orden, una mercancía que vender, un campo que labrar, un pozo que limpiar? No necesitáis tener dos opiniones sobre los procedimientos de hacer estas cosas; el peligro es para vosotros si no tenéis más que una «opinión» sobre el modo de conducir en tales casos. Y también, además de vuestros propios negocios, hay varios asuntos en los cuales estáis obligados á no tener más que una opinión. Que la bribonada y la mentira son censurables, y deben ser instantáneamente castigadas una vez descubiertas;—que la codicia y el amor á las querellas son disposiciones peligrosas aun en los niños, y disposiciones mortales en los hombres y las naciones,—que, al fin, el Dios del cielo y de la tierra ama á la gente activa, modesta y buena, y odia la mala, la orgullosa, vehemente y cruel;—en estos hechos generales os limitáis á no tener más que una opinión, y ésta verdaderamente firme. Por lo demás, respecto á religiones, gobiernos, ciencias, artes, encontraréis que, en total, podéis no saber *nada*, no juzgar nada; que lo mejor que podéis hacer, aunque seáis una persona bien educada, es estar silencioso, y tratar de ser más sabio cada día, y comprender un poco más los pensamientos de los otros; tan pronto como tratéis de

comprenderlos honradamente, descubriréis que, aun los de los hombres más sabios, son, en realidad, poco más que cuestiones bien planteadas. Presentaros la dificultad en forma clara, y exponeros las razones de permanecer en la indecisión, esto es lo que pueden generalmente hacer por vosotros!—y tanto mejor para ellos y para nosotros, si verdaderamente son capaces de «mezclar la música á nuestros pensamientos y entristecernos con dudas divinas». Este escritor, del cual os he leído un pasaje, no está entre los primeros ó más sabios; las cosas que sabe las sabe con precisión, y, por tanto, es fácil encontrar su significado total; pero en los hombres más grandes no podréis sondear su significación; ellos mismos no la han medido totalmente, tan vasta es. Suponed que yo os hubiese pedido, por ejemplo, que averiguáseis la opinión de Shakespeare, en lugar de la de Milton, en esta cuestión de la autoridad de la Iglesia, ó la de Dante. ¿Tiene alguno de vosotros, en este momento, la menor idea de lo que uno ú otro pensaban acerca de esto? ¿Habéis comparado alguna vez la escena de los obispos en «Ricardo III», con el carácter de Cranmer; la descripción de San Francisco y Santo Domingo, con la que hace Virgilio de aquel á quien admira al contemplarle—«disteso, tanto vilmente, nell'eterno esilio;» ó de aquel ante el cual se detenía Dante, «come'l

frate che confessa lo perfido assassin?» (1). Shakespeare y Alighieri conocían á los hombres mejor que la mayoría de nosotros, presumo yo! Ambos estaban en medio de la gran lucha entre los poderes temporal y espiritual. Podemos conjeturar, pues, que tendrían una opinión acerca de ellos. ¿Pero dónde está? ¡Presentadla ante el Tribunal! ¡Reducid la creencia de Shakespeare y de Dante á fórmulas, y enviadla como prueba á los tribunales eclesiásticos!

26. No seríais capaces, os lo digo otra vez, ni aun en muchos días, de llegar al propósito real y á las enseñanzas de estos grandes hombres; pero un honrado estudio, por reducido que sea, de ellos, os hará capaces de percibir que lo que encontrabáis por vuestro propio «juicio», era mero prejuicio del azar, ligeras, flotantes y enmarañadas ovas del pensamiento estancado; además, veréis que las almas de la mayor parte de los hombres no son realmente mejores que brezales ásperos en el desierto, olvidados é incultos, en parte estériles, en parte cubiertos de helechos pestilentes y venenosos, yerbas de malas imágenes, sembradas por el viento; que la primera cosa que tenéis que hacer con ellas, y por vosotros mismos, es prenderlas fuego animosa y desdeñosamente; quemar toda la maleza y reducirla á sanos montones

(1) Int. XXIII, 125, 126; XIX, 49, 50.

de cenizas, y luego labrar y sembrar. Toda verdadera obra literaria que proyectéis en vuestra vida, debe comenzar por obedecer á esta orden: «labrad vuestros campos en barbecho, y *no sembréis entre espinas.*»

27. (II.) (I). Después de haber escuchado fielmente á los grandes maestros, en cuyos pensamientos podáis penetrar, tenéis aún este progreso más alto que hacer: tenéis que entrar en sus corazones. Así como os llegáis á ellos primeramente para tener una visión clara, así debéis permanecer con ellos, á fin de que podáis participar, en último término, de su justa y vigorosa pasión. Pasión, ó «sensación». No me asusto de la palabra; aún menos de la cosa. He oído recientemente muchos clamores contra la sensación; pero yo puedo deciros que la sensación no es menos que el deseo, sino más. La ennoblecedora diferencia entre un hombre y otro,—entre un animal y otro,—está precisamente en esto: que unos sienten más que otros. Si fuésemos esponjas, quizás la sensación no pudiese ser fácilmente obtenida por nosotros; si fuésemos gusanos, expuestos á cada instante á ser divididos en dos por el azadón, quizás muchas sensaciones no pudiesen ser buenas para nosotros. Pero siendo criaturas humanas, *son*, sin duda, buenas; además, somos humanos solamente en

(1) Compárese anteriormente, 13.

tanto que somos sensitivos, y nuestro honor está precisamente en proporción de nuestra pasión.

28. Sabéis que he dicho de esta grande y pura sociedad de los muertos, que no permitirá «entrar en ella á persona alguna vana ó vulgar». ¿Qué pensáis que entiendo por una persona «vulgar»? ¿Qué entendéis vosotros mismos por «vulgaridad»? Encuentro que este es un fructífero objeto de pensamiento; pero, en términos breves, la esencia de toda vulgaridad estriba sólo en la carencia de sensación. La vulgaridad inocente y simple es, no más que una rudeza inadecuada y falta de desarrollo de cuerpo y de alma; pero la verdadera vulgaridad innata, es una horrible callosidad, la cual, en último extremo, hace capaz de toda clase de hábitos bestiales y de crímenes, sin temor, sin placer, sin horror y sin piedad. Es en la mano embotada y en el corazón muerto, en el hábito enfermo, en la conciencia empedernida, en lo que convienen los hombres vulgares; son siempre vulgares, precisamente en la proporción en que son incapaces de simpatía, de entendimiento vivo, de todo lo que, tomando en una acepción más amplia un término muy común, pero muy exacto, puede llamarse «tacto», ó «facultad de tocar», del cuerpo y del alma; este tacto que la mimosa tiene en las hojas, que la mujer pura posee sobre las criaturas todas—finura y pluralidad de sensación, superior á la razón;—el guía y santificador de la razón mis-

ma. La razón no puede determinar sino lo que es verdad: es la pasión, dada por Dios á la humanidad, la que sólo puede reconocer cuantos bienes Dios ha hecho.

29. Acudimos, pues, á este gran concurso de los muertos, no meramente á conocer por ellos lo que es verdad, sino, principalmente, á sentir con ellos lo que es justo. Ahora bien: para sentir con ellos, debemos ser semejantes á ellos; y ninguno de nosotros puede obtener este resultado sin pena. Así como el verdadero conocimiento es un conocimiento disciplinado y comprobado—no el primer conocimiento que se ocurre,—así la verdadera pasión es una pasión disciplinada y comprobada, no la primera pasión que llega. La primera que llega es la vana, la falsa, la traidora; si cedéis á ella os conducirá, locamente y lejos, á trabajos vanos, á entusiasmos vacíos, hasta que no os haya dejado propósito verdadero ni verdadera pasión. No es que cualquier sentimiento posible para la humanidad sea en sí mismo torcido, sino que solamente son torcidos cuando son indisciplinados. Su nobleza está en su fuerza y su justicia; es torcido cuando es débil, y sentido por una causa mezquina. Hay un modo de admirarse, como el de un niño que ve á un juglar lanzar al aire bolas de oro; y esto es bajo, si queréis. Pero pensáis que es innoble la admiración, ó es menor la sensación, con la cual cada alma humana contempla las bolas de

oro del cielo lanzadas en medio de la noche por la mano que las creó? Hay una curiosidad baja, como la del niño que abre una puerta secreta, ó del sirviente que atisba los negocios del amo; y una curiosidad noble, que inquiere, haciendo frente al peligro, la fuente del gran río más allá del desierto, la situación de los grandes continentes más allá del mar; una curiosidad más noble aún, la que inquiere la fuente del río de la vida y el espacio del continente de los cielos, las cosas que «los ángeles desean admirar». Así, es innoble la ansiedad, con la cual os consumís ante el curso y ante la catástrofe de un cuento fútil; pero pensáis que es menor ó mayor la ansiedad, con la cual observáis, ó *debéis* observar, la suerte y el proceder del destino con la vida de una nación agonizante? Ay! es la estrechez, el egoismo, la minuciosidad de vuestros sentimientos lo que tenéis que deplorar hoy en Inglaterra; sentimientos que se gastan á sí mismos en ramos y discursos, en orgías y convites, en exhibiciones de combates fingidos y alegres muñecos, mientras podéis mirar y ver nobles naciones asesinadas, hombre por hombre, sin un esfuerzo ó un grito de protesta.

30. He dicho «minuciosidad» y «egoismo» de sentimiento, pero habría sido suficiente haber dicho «injusticia» ó «iniquidad» de sentimiento. Porque así como nada es mejor para distinguir un hombre noble de una persona vulgar, así nada es mejor

para distinguir una nación noble (ha habido tales naciones) de un populacho que esto, que sus sentimientos son constantes y justos, resultado de una contemplación precisa y de una meditación continuada. Podéis hablar á una multitud de alguna cosa; sus sentimientos pueden ser—generalmente son,—en su totalidad, generosos y rectos; pero no tiene fundamento para ellos, no tiene base; podéis atormentarla, ó halagarla de algún modo, á vuestro gusto; piensa por infección, la mayor parte de las veces, contagiándose de una opinión como de un resfriado, y nada es tan pequeño que no la haga rugir como salvaje cuando llega el acceso; nada tan grande que no lo olvide en una hora cuando el acceso ha pasado. Pero en un hombre ó en una nación nobles las pasiones son justas, medidas y continuas. Una gran nación, por ejemplo, no gasta su ingenio nacional por entero, durante una serie de meses, en aquilatar la conducta de un asesino singular que ha hecho un sólo asesinato; y durante una serie de días ve sus propios hijos matarse los unos á los otros, mil ó diez mil por jornada, considerando sólo qué efecto producirán probablemente estas matanzas sobre el precio del algodón, y sin cuidarse de saber de qué lado de la batalla está el error. Ni enviará, una gran nación, sus pobres hijos menores á la cárcel por robar seis nueces; y permitirá á sus quebrados robar sus centenas de miles con cortesía, y á sus banqueros, ricos

con los ahorros de los pobres, cerrar sus puertas «bajo la imposición de circunstancias inevitables», añadiendo «con vuestro permiso»; y consentirá la compra de grandes territorios por hombres que han hecho su dinero recorriendo con vapores armados los mares de China, vendiendo opio en la boca de los cañones y alterando, en beneficio de la nación extranjera, la demanda vulgar del bandolero, «la bolsa ó la vida», por la de «la bolsa y la vida». Ni permitirá, una gran nación, que las vidas de sus hombres pobres é inocentes sean consumidas por la fiebre de las nieblas, y podridas por la plaga de los estercoleros por causa de una ganancia de seis peniques por semana al servicio del amo de la tierra (1); y luego discutirá, con lágrimas idiotas y diabólicas simpatías, si debe salvar piadosamente y criar con nodrizas las vidas de sus asesinos. Y aun, una gran nación, que ha admitido el patíbulo como el procedimiento más seguro para castigar los homicidios en general, puede distinguir con misericordia varios grados de delito; y no aulla como una manada de lobos famélicos persiguiendo en la nieve la huella de sangre de un infeliz y débil niño, ó la de un Otelo idio-

(1) Véase la nota al final de la lección. La he hecho imprimir en caracteres grandes, porque el curso de los acontecimientos, después que fué escrita, la ha hecho quizás más digna de atención.

ta y canoso, «perplejo hasta el extremo», en el mismo momento en que envía á un Ministro de la Corona á hacer pulidos discursos ante un hombre que está pasando á la bayoneta á las doncellas á la vista de sus padres, y matando á nobles jóvenes, á sangre fría, más rápidamente que un carnicero de aldea mata en primavera á los corderos. Y, últimamente, una gran nación no se burla de los cielos y de sus poderes, pretendiendo creer en una revelación que asegura que el amor al dinero es la raíz de todo mal, y declara, al mismo tiempo, que no está inspirada, ni intenta inspirarse en ningún otro amor, para todo acto ó medida nacional de importancia.

31. Amigos míos, no sé lo que alguno de vosotros diría acerca de la lectura. Necesitamos alguna disciplina más estrecha que esta de la lectura; pero, en todo caso, estad seguros, no podemos leer. No es posible leer para gente que tiene su alma en este estado. No hay sentencia alguna de cualquier gran escritor que sea inteligible para ella. Es simple y rigurosamente imposible para el público inglés, en este momento, comprender escrito alguno meditado—tan incapaz se ha hecho de pensar con esta enfermedad de la avaricia.—Quizás nuestra enfermedad no es, con todo, más grave que esta incapacidad de pensar; no hay corrupción de la naturaleza interior; respondemos con la verdad aún, cuando alguien llama á nuestra casa; y aun-

que la idea de que toda cosa se vende ha infectado nuestros propósitos tan profundamente, que aunque quisiéramos representar el papel del buen samaritano, nunca tomaríamos nuestros dos peniques y se los daríamos al huésped, sin decirle: «Cuando vuelvas otra vez, me darás cuatro», hay una capacidad de noble pasión oculta en el fondo de nuestros corazones. Demostramos esto en nuestro trabajo, en nuestra guerra, aun en estas injustas afecciones domésticas con que nos revolvemos furiosos ante una pequeña injusticia privada, mientras toleramos una injusticia pública infinitamente mayor; somos industriosos hasta la última hora del día, y aun añadimos la furia del jugador á la paciencia del trabajador; somos bravos hasta la muerte, aunque incapaces de distinguir la causa verdadera de la batalla; y somos sinceros en la afección á nuestra propia carne hasta la muerte, como lo son los monstruos de los mares y las águilas de las rocas. Y hay esperanza para una nación mientras se puede decir aún esto de ella. En tanto que tiene su vida en su mano, pronta á darla por su honor (aunque sea un honor loco), por su amor (aunque sea un amor egoísta) y por sus negocios (aunque sean unos negocios bajos), hay esperanza para ella. Pero esperanza solamente; porque esta instintiva, descuidada virtud, no puede durar. No puede existir la nación que ha hecho un tropel de sí misma, aunque sea generosa de corazón. Debe disciplinar

sus pasiones y dirigirlas, ó ellas la disciplinarán un día con látigos de escorpiones. Sobre todo, una nación no puede persistir como una masa fabricadora de dinero; no puede con impunidad—no puede sino á riesgo de su existencia—continuar despreciando la literatura, despreciando la ciencia, despreciando el arte, despreciando la naturaleza, despreciando la compasión y concentrando su alma en los peniques. Pensáis que estas son palabras ásperas ó duras? Tened paciencia conmigo algún tiempo más. Yo os probaré su verdad, cláusula por cláusula.

32. (I.) He dicho primero que hemos despreciado la literatura. Qué hacemos nosotros, como nación, por cuidar los libros? Cuánto pensáis que gastamos, en total, en nuestras bibliotecas, públicas ó privadas, comparado con lo que gastamos en nuestros caballos? Si un hombre gasta pródigamente en su biblioteca, le llamáis loco, un bibliómano. Pero nunca llamáis á un hombre hipómano, aunque las gentes se arruinen todos los días por sus caballos, y no oigáis que se arruinen por sus libros. O, yendo más lejos aún, cuánto pensáis que vale el contenido de las bibliotecas del Reino Unido, públicas ó privadas, comparado con el contenido de sus bodegas? Qué proporción habrá entre su gasto en literatura y su gasto en manjares de lujo? Hablamos de los alimentos para el alma, como de los alimentos para

el cuerpo; ahora bien: un buen libro contiene tales alimentos espirituales inagotablemente; es una provisión para la vida y para la mejor parte de nosotros mismos; pero cuán largo tiempo, la mayor parte de la gente, permanecerá inmóvil ante el mejor de los libros antes de dar el precio de un gran rodaballo por él? Aunque haya habido hombres que hayan apretado sus estómagos y desnudado sus espaldas por comprar un libro, al fin, yo creo que sus bibliotecas serán más baratas que las comidas de la mayor parte de los hombres. Somos pocos los que nos exponemos á tal prueba, y es de lamentar, porque, en verdad, una cosa es más preciosa para nosotros si ha sido obtenida con trabajo ó economía; y si las bibliotecas públicas fuesen la mitad de costosas que las comidas públicas, ó los libros costasen la décima parte de lo que cuestan los brazaletes, hasta los más locos de los hombres y de las mujeres sospecharían algunas veces que es bueno leer, tan bueno como masticar ó brillar, mientras que la verdadera baratura de los impresos está haciendo, aun á las gentes sabias, olvidar que, si un libro es digno de ser leído, es digno de ser comprado. Ningún libro vale algo si no vale mucho; no es utilizable hasta que ha sido leído y releído, y amado y vuelto á amar; y marcado de tal modo, que podáis referiros á sus pasajes, como un soldado puede apoderarse del arma que necesita en la armería, ó un ama de casa puede tomar

las provisiones necesarias en la despensa. El pan de harina es bueno; pero hay un pan, dulce como la miel, que se puede comer en un buen libro; y verdaderamente debe ser muy pobre la familia que, una vez en su vida, no pueda, por tales panes multiplicables, pagar la cuenta del hornero. Nos llamamos una nación rica, y somos lo bastante sucios y necios para hojear, los libros usados por otros, de las bibliotecas circulantes!

33. (II.) Digo que despreciamos la ciencia. «Cómo!», excluiréis, «no estamos á la cabeza de todos los descubridores (1), y no está guiado el mundo entero por la razón, ó la sinrazón, de nuestras invenciones?» Sí; pero suponéis que esto es obra nacional? Este trabajo se hace totalmente á *despecho* de la nación, por el celo y por el dinero de los particulares. Realmente, estamos muy satisfechos de aprovecharnos de la ciencia; no omitimos nada por apoderarnos de un hueso científico que tenga carne; pero, si el científico se dirige á *nosotros* en busca de un hueso ó una concha, esta es otra historia. ¿Qué hemos hecho públicamente por la ciencia? Necesitamos conocer qué

(1) Después de haber escrito esto, la respuesta se ha hecho definitiva:—No; porque hemos transferido el descubrimiento de las regiones árticas á las naciones continentales, siendo nosotros mismos demasiado pobres para pagar los navíos.

hora es, para la seguridad de nuestros barcos, y, por eso, pagamos un observatorio; y permitimos que nuestro Parlamento nos atormente anualmente, haciendo algo, de un modo muy lento, por el British Museum; comprendemos apenas que es un sitio para guardar pájaros, para divertir á nuestros hijos: Si algún particular compra un telescopio y descubre una nueva nebulosa, cacareamos el descubrimiento como si fuese nuestro; si uno entre diez mil de nuestros cazadores percibe repentinamente que la tierra se ha hecho para alguna cosa más que para albergar zorros en sus cuevas, y nos dice dónde está el oro, y dónde el carbón, comprendemos que hay alguna utilidad en esto, y con verdadera justicia le condecoramos; pero estos bienes accidentales los han encontrado empleando útilmente algún crédito *nuestro*? (Que ninguno de sus compañeros haya hecho tal descubrimiento, puede ser un *descrédito* para nosotros, si lo consideramos bien.) Pero si dudáis de estas generalidades, hay un hecho explicativo de nuestro amor á la ciencia, que se ofrece á nuestra meditación. Hace dos años que estaba á la venta en Baviera una colección de fósiles de Solenhofen, la mejor que existía, conteniendo muchos ejemplares únicos por su perfección y algunos únicos en su especie. (Todo un reino de criaturas vivas desconocidas, era reveldo por estos fósiles.) Esta colección, cuyo precio en el mercado, entre com-

pradores privados, habría sido probablemente de algunas mil ó mil doscientas libras, era ofrecida á la nación inglesa por setecientas; pero nosotros no queríamos dar setecientas, y toda la colección hubiese ido al Museo de Munich si, en este momento, el profesor Owen (1) no hubiese, con pérdida de su propio tiempo y tormento paciente del público británico en la persona de sus representantes, obtenido el permiso de dar cuatrocientas libras de una vez, y salido él mismo responsable por las otras tres!, lo cual el público se lo pagará eventual y penosamente, y sin cuidarse para nada del asunto, dispuesto solamente á hablar de él si puede corresponderle algún honor. Os ruego que consideréis lo que este hecho significa aritméticamente. Vuestros gastos anuales públicos (un tercio de los cuales se destinan á aprestos militares) ascienden por lo menos á 50 millones. Ahora bien: 700 l. es á 50.000.000 l. estrictamente como siete peniques á dos mil libras. Suponed, pues, un noble de fortuna desconocida, pero cuya riqueza pueda conjeturarse por el hecho de que gaste dos millibras por año en sus guardas y lacayos solamente, y que

(1) Doy cuenta de este hecho sin permiso del profesor Owen, el cual, naturalmente, no me lo hubiera, con razón, concedido á pedírselo yo; pero consideré que es tan importante que el público conozca el hecho, que hago lo que me parece justo, aunque sea un tanto atrevido.

se confiese amante de la ciencia; y suponed que uno de sus servidores viene precipitadamente á decirle que una colección única de fósiles, que abre una nueva era de la historia de la creación, puede ser adquirida por la suma de siete peniques; y que el noble, amante de la ciencia, que gasta dos mil libras al año en su parque, responde, después de observar atentamente á su servidor durante varios meses: «Bien! Os daré cuatro peniques para ella si os hacéis responsables de los tres peniques restantes hasta el año próximo!»

34. (III.) Os digo que despreciáis el arte! «Cómo!, responderéis otra vez; no tenemos exposiciones de arte, de varias millas de longitud? y no pagamos miles de libras por algunas pinturas? y no tenemos escuelas é instituciones, más que nación alguna ha tenido?» Sí, verdaderamente; pero todo esto es por motivos comerciales. Venderíais tan de buena gana tejidos como carbón de piedra, loza como hierro; tomaríais á cada una de las otras naciones el alimento de la boca (I), si pudiérais; no siendo capaces de esto, vuestro ideal de vida es apostaros en las encrucijadas del mundo, como aprendices de Ludgate, gritando á cada uno de los

(I) Esta era nuestra idea real del «Libre cambio». «Todo el comercio para mí.» Encontráis ahora que por «competencia» otros pueblos pueden llegar á vender algunas cosas tan bien como vosotros, y clamáis otra vez por la protección. Miserables!

que pasan: «¿Qué os hace falta?» No sabéis nada de vuestras propias facultades ó de las circunstancias que os rodean; imagináis que, entre vuestras nieblas, vuestras llanuras, vuestros campos ricos en abono, podéis tener una fantasía artística tan viva como la del francés entre sus viñedos bronceados, ó el italiano bajo sus rocas volcánicas; que el arte puede aprenderse, como se llevan los libros de comercio, y cuando se ha aprendido, da más libros que llevar. Cuidáis de las pinturas, ni más ni menos que cuidáis de los carteles que pegáis en vuestros muros. Hay siempre espacio en los muros para fijar los carteles; nunca para exponer las pinturas. No sabéis (ni de oídas) qué cuadros tenéis en vuestro país, ni si son buenos ó malos, ni si están ó no están cuidados; en los países extranjeros, véis con calma las obras más nobles que existen en el mundo pudriéndose en el abandono (en Venecia habéis visto los cañones austriacos apuntando deliberadamente á los palacios que las contienen); y si oís que todos los buenos cuadros de Europa se han convertido mañana en sacos de arena para los fuertes austriacos, no os conturbaréis mucho más que si por azar encontráis un par ó dos de piezas menos en vuestro morral, en un día de caza. Este es vuestro amor nacional al arte.

35. (IV.) Habéis despreciado la naturaleza, es decir, todas las profundas y sagradas sensaciones del paisaje natural. Los revolucionarios franceses

hicieron establos de las catedrales de Francia; vosotros habéis hecho campos de carreras de las catedrales de la tierra. Vuestra única concepción del placer consiste en correr en vagones del ferrocarril en torno de sus naves, y comer en sus altares (1). Habéis puesto un puente de ferrocarril sobre la cascada de Schaffhausen. Habéis hecho un túnel en la roca de Lucerna por la capilla de Tell; habéis destruído la ribera de Clarens en el lago de Ginebra; no hay un valle quieto en Inglaterra que no hayáis llenado con rugidos de fuego; no hay una partícula abandonada del campo inglés que no hayáis manchado con las cenizas del carbón de piedra (2), ni ciudad extranjera alguna en la cual no esté marcado el sitio que ocupáis, entre sus bellas calles, antiguos y dichosos jardines, por una mancha blanca de lepra de nuevos hoteles y tiendas de perfumes; los Alpes mismos, que vuestros poetas acostumbran amar tan reverentemente, los

(1) Creo que los sitios hermosos del mundo—Switzerland, Italia, el Sur de Alemania y así sucesivamente—son, en realidad, las verdaderas catedrales, lugares de reverencia y adoración; y que nosotros solamente nos cuidamos de correr en medio de ellos; y comer y beber en sus sitios más sagrados.

(2) Se han esparcido, singularmente hace algunos años, para manchar todas las orillas de los ríos en Richmond, en Yorkshire, ennegreciendo sus tierras con los torbellinos de aire cargado de hollín, hasta lugares distantes muchas millas.

miráis como eminencias cubiertas de pinos en un jardín colganté, las cuales os invitan á ascender y deslizaros nuevamente por la falda, con «exclamaciones de alegría». Cuando no podéis gritar más, careciendo de voz humana articulada para decir lo que gozáis, llenáis la quietud de sus valles con explosiones de pólvora, y entráis en vuestras casas enrojecidos con erupciones cutáneas de vanidad, y estremeciéndoos con un hipo convulsivo de propia satisfacción. Creo que los dos espectáculos más penosos que he visto en la humanidad, si penetramos en su significación profunda, son las multitudes inglesas en el valle de Chamouni, divirtiéndose en disparar añejos obuses; y los viñadores suizos de Zurich, expresando su gratitud cristiana por el don del vino, reuniéndose en grupos en «las torres de los viñedos», y cargando y haciendo fuego lentamente con grandes pistolas, desde la mañana hasta la tarde. Es digno de piedad el que tiene concepciones oscuras del deber; es más digno de piedad, creo yo, el que tiene concepciones tales como esta de la alegría.

36. En último término. Despreciáis la compasión. No se necesita de palabras más para probarlo. Quiero meramente imprimir uno de los recortes de periódico que tengo la costumbre de guardar en mi cajón; es un trozo de un *Daily Telegraph* de fecha anterior á este año (1867) (fecha que, aunque por descuido dejé de marcar, es fácilmente deter-

minable, porque en el dorso del recorte hay este anuncio: «ayer se celebró el séptimo de los servicios de este año por el obispo de Ripón en San Pablo»); en el recorte se relata solamente uno de estos hechos que acontecen ahora todos los días; éste, por casualidad, ha tomado una forma por la cual ha sido llevado delante del juez. Imprimiré el párrafo en letras rojas. Estad seguro de que tales hechos están escritos en este color, en un libro del cual nosotros habremos todos, literatos é iletrados, de leer nuestra página algún día:

«Una investigación se ha llevado á cabo el viernes por Mr. Richards, delegado judicial, en la White Horse Tavern, Christ Church, Spitalfields, respecto á la muerte de Miguel Collins, de cincuenta y ocho años de edad. Mary Collins, una mujer de aspecto miserable, decía haber vivido con el muerto y su hijo en un cuarto, núm. 2, Cobb's Court, Christ Church. El muerto era un zapatero de viejo. La testigo buscaba botas viejas; el muerto y su hijo las recomponían, y entonces la testigo las vendía por lo que la querían dar en las tiendas, lo cual era realmente muy poco. El muerto y su hijo acostumbraban á trabajar noche y día para obtener un poco de pan y té y pagar el cuarto (2 s. por semana), á fin de poder vivir en familia. La noche del viernes de esta semana el muerto se levantó de su banco y comenzó á tiritar. Tiró las botas al

suelo, diciendo: «Otro las acabará cuando yo no exista, porque no puedo más.» No tenían fuego, y él decía: «Me pondría mejor si tuviese calor.» Por eso la testigo cogió dos pares de botas compuestas (1) para venderlas en la tienda; pero pudo obtener solamente 14 d. por los dos pares, porque la gente de la tienda decía: «Nosotros debemos tener nuestra ganancia.» La testigo adquirió 14 lb. de carbón y un poco de té y pan. Su hijo permaneció sentado toda la noche haciendo composturas, para ganar dinero, pero el enfermo murió el sábado por la mañana. La familia nunca había comido lo bastante.—El juez: «Me parece deplorable que no hayáis ido al asilo.» Testigo: «Nosotros necesitábamos las comodidades de nuestra casita.» Un jurado preguntó en qué consistían estas comodidades, porque él solamente había visto un poco de paja en el rincón del cuarto, cuyas ventanas estaban rotas. La testigo comenzó á gritar, y dijo que tenía una colcha y algunas otras cosillas. El muerto había dicho que él nunca iría al asilo. En el verano, cuando la estación era benigna, sacaban algunas veces una ganancia de unos 10 s. por semana. En esos casos, ahorraban

(1) Una de las cosas por las cuales debemos esforzarnos resueltamente, en bien de todas las clases, en nuestra organización futura, debe ser, porque no se usen artículos de vestir recompuestos. Véase el prefacio.

siempre para la semana próxima, que era generalmente una semana mala. En invierno no ganaban casi la mitad. Durante tres años habían ido de mal en peor.—Cornelius Collins decía que había ayudado á su padre desde 1847. Como solían trabajar tanto durante la noche, los dos casi perdieron la vista. En aquella ocasión, el testigo llevaba una venda en sus ojos. Hacía cinco años que el muerto acudió á la parroquia en solicitud de auxilio. El encargado de los socorros le dió un pan de 4 lb., y le dijo que si volvía le «darían piedras» (1). Esto

(1) Este resumen de la penalidad del trabajo inútil coincide curiosamente en la forma verbal con un cierto pasaje que algunos de nosotros pueden recordar. Quizás conviene conservar al lado de este párrafo otro recorte de un artículo del «Moring Post», de fecha aproximadamente paralela, viernes, Marzo 10, 1865;—«Los salones de Madame C.— que hacía los honores con hábil gracia y elegancia imitada, estaban llenos de príncipes, duques, marqueses y condes—en suma, la misma sociedad masculina que se encuentra en las fiestas de la Princesa Metternich y Madame Drouyn de Lhuys. Algunos pares ingleses y miembros del Parlamento estaban presentes y parecían gozar de la animada, brillante é impropia escena. En el segundo piso, la mesa de la cena estaba cuajada de todos los manjares delicados de la estación. Para que nuestros lectores puedan formarse alguna idea de lo exquisito de estos manjares del demi-monde parisién, copio el menú de la cena que se sirvió á los huéspedes (aproximadamente 200) durante cuatro horas. A elección Iquem, Johannisberg, Laffite, Tokay y Champagne de las mejores bodegas fueron servidos lo más profusamente du-

disgustó al muerto y no hubiese querido recurrir de nuevo á él! Fueron de mal en peor hasta el viernes de la última semana, cuando no tenían ni aun medio penique para comprar una vela. El muerto entonces se dejó caer en la paja, y dijo que no podría durar hasta la mañana.—Un jurado: «V. mismo se estaba muriendo de inanición y debió irse al hospital hasta el verano.»—El testigo: «Si hubiésemos entrado en él nos hubiésemos muerto. Cuando hubiésemos salido de él hubiésemos parecido gentes caídas de los cielos. Nadie nos hubiese conocido, y ni siquiera habríamos tenido un aposento. Yo podría trabajar ahora si tuviese alimentos, porque mi vista se va poniendo mejor.» El Dr. G. P. Walker dijo que el difunto había muerto de agotamiento por falta de alimentación. El muerto no poseía cobertores. Durante cuatro meses no había tenido más que pan para comer. No

rante la mañana. Después de comer el baile se reanudó con animación creciente y terminó con una *chaine diabolique* y un *cacan d'enfer* á las siete de la mañana. (Servicio de la mañana.—Antes que los prados frescos aparezcan, bajo los párpados abiertos de la mañana.) He aquí el menú:—Consommé de volaille á la Bagration: 16 hors-d'œuvres variés Bouchées á la Talleyrand. Saumons froids, sauce Ravigote. Filets de bœuf en Belle-vue, tymbales milanaises, chaudfroid de gibier. Dindes truffées. Pâtés de foies gras, buissons d'ecrevisses, salades vénétiennes, gelées blanches aux fruits, gâteaux mancini, parisiens et parisiennes, fromages glacés. Auanas, Dessert.»

tenía ni una partícula de grasa en el cuerpo. No había padecido enfermedad y, si hubiera tenido asistencia médica, habría podido sobrevivir al síncope ó desmayo. Habiendo hecho notar el juez la naturaleza penosa del caso, el jurado dió el siguiente veredicto: «Que el difunto había muerto de agotamiento, de falta de alimentación y de las cosas comunmente necesarias para la vida; también de falta de asistencia médica.»

37.—«Por qué el testigo no entraría en el asilo?, preguntaréis. Bien; el pobre parece tener un prejuicio contra el asilo que el rico no tiene; porque, desde luego, cualquiera que toma una pensión del Gobierno entra en el asilo en gran escala (1): solamente que los asilos de los ricos no envuelven la idea de trabajo y son considerados como salas de recreo. Pero el pobre gusta de morir independientemente, parece; quizás si hiciésemos las casas de recreo para ellos bastante bonitas y agradables, ó les diésemos sus pensiones en casa y les permitiésemos una pequeña especulación previa con el dinero público, sus almas podrían reconciliarse con estas condiciones. Entre tanto, he aquí los hechos:

(1) Dígnese observar esto el hombre de Estado y piense en ello, y considere, como acontece, que una pobre vieja se avergüenza de tomar un chelín del país una semana—pero nadie se avergüenza de tomar una pensión de mil por año.

nosotros les socorremos insultándoles ó compadeciéndoles de tal modo, que prefieren morir antes que tomar el socorro de nuestras manos; ó, por tercer alternativa, les dejamos tan ignorantes ó locos, que perecen como brutos, salvajes y mudos, sin saber lo que hacen ó lo que quieren. Yo digo, vosotros despreciáis la compasión; si no lo hiciérais, tal párrafo del periódico sería tan imposible en un país cristiano, como lo sería que se permitiese en la vía pública un asesinato deliberado (1). «Cristiano»

(1) Me regocijo de la fundación de un periódico, tal como *Pall Mall Gazette*; porque el poder de la prensa en manos de los hombres elevadamente educados, de posición independiente y de propósitos honestos, puede realmente llegar á ser todo lo que hasta hoy ha presumido vanamente que es. Su editor me perdonará, por tanto, en este caso, no lo dudo, en razón de mi respeto por el periódico, si no dejo pasar en silencio un artículo de su tercer número, pág. 5, que es erróneo en cada una de sus palabras, con el error intenso que solamente puede concebir un hombre honrado, cuando ha tomado un modo falso de pensar en el principio y le sigue, sin fijarse en las consecuencias. Al final contenía este notable pasaje:

«El pan de la aflicción y el agua de la aflicción, siempre, y la cama y las mantas de la aflicción, es realmente lo más que la ley debe dar á los *vagabundos meramente como vagabundos.*» Yo me limito á poner frente á esta expresión del alma caballerosa de Inglaterra en 1865, una parte del mensaje que Isaías había dado, «elevando su voz como una trompeta», declarando al caballero de su tiempo: «Sois fuerte para la lucha y para castigar con vuestra mano la maldad.

digo? Ay! Si fuésemos—no cristianos, pero sanamente, esto sería imposible: es nuestro cristianismo imaginario el que nos ayuda á cometer tales crímenes, porque nos deleitamos y nos confiamos en nuestra fe por la placentera sensación que nos produce; revistiéndola, como cualquier otra cosa, de ficción. El cristianismo dramático del órgano y la nave del templo, del servicio de la mañana y del oficio del crepúsculo—el cristianismo, que no nos hace temer que se mezcle la burla, pintorescamente

No es este el hombre fuerte que yo he escogido, el que reparte el pan entre los miserables, y da al pobre *lo que tira en su casa.*» La falsedad en la cual el escritor se había fundado mentalmente, como establecida previamente por él, era ésta: «Confundir las funciones del repartidor de socorros á los pobres con las del distribuidor de socorros de una institución caritativa, es un error grande y pernicioso.» Esta sentencia es tan entera y extraordinariamente errónea, que su substancia debe transformarse de este modo en nuestras almas antes de que podamos relacionarnos con algunos de los problemas existentes de miseria nacional. «Comprender que los dispensadores de socorros á los pobres son los limosneros de la nación, y deben distribuir sus limosnas con una nobleza y liberalidad mucho más grande y franca que la caridad individual, como la sabiduría y el poder colectivos nacionales deben suponerse más grandes que los de cualquier persona particular; este es el fundamento de toda ley respecto al pauperismo.» (Después de haber escrito esto, *Pall Mall Gazette* se convirtió en un mero periódico de partido, como los demás; pero estaba bien escrito y hacía más bienes que males en conjunto.)

te, cuando sacamos á escena el diablo, en nuestros Satanelas,—Robertos,—Faustos; cantando himnos entre ventanales y tracerías para acrecentar el efecto, y modulando artísticamente el «Dío» de variación en variación, remedando plegarias (mientras distribuimos folletos, al día siguiente, en beneficio de los no iniciados, explicando lo que suponemos que significa el tercer mandamiento): este cristianismo, alumbrado con gas é inspirado en el gas, nos hace triunfantes y retiramos el borde de nuestro manto del contacto de los herejes que se le disputan. Pero hacer una obra común de rectitud cristiana, en una sencilla palabra inglesa ó en un acto; hacer de la ley cristiana una ley de vida, y fundar una obra nacional ó esperar fundarla—sabemos demasiado lo que nuestra fe sirve para esto! Podéis más prontamente hacer brotar la luz del humo del incienso, que la verdadera acción ó pasión de nuestra moderna religiosidad inglesa. Haríais mejor en disipar el humo y también el sonido del órgano: dejadlos, y los ventanales góticos y las vidrieras de colores, á los directores de escena; entregad vuestra alma, de hidrógeno carburado, en una expiración sana, y mirad después á Lázaro tendido en el escalón de la puerta. Porque allí hay una verdadera iglesia donde una mano encuentra apoyo en otra, y esta es solamente la Santa Madre Iglesia, que siempre ha existido ó siempre existirá.

38.—Todos estos placeres, pues, y todas estas

virtudes, repito, las despreciáis en tanto que nación. Tenéis, en verdad, hombres entre vosotros que no los desprecian; por su trabajo, por su esfuerzo, por su vida, por su muerte, vosotros vivís y nunca pensáis en ellos. Vuestras riquezas, vuestras diversiones, vuestro orgullo, serían todos, igualmente, imposibles, sin aquellos á quienes despreciáis ú olvidáis. El policía que pasea de arriba á abajo por la oscura callejuela toda la noche, acechando el delito que vosotros habéis creado; que puede perder la vida ó quedar mutilado para siempre, en cualquier momento, sin que se lo agradezcáis; el marino, que lucha con la cólera del mar; el estudiante, atento á su libro ó á su retorta; el trabajador común, sin fama y casi sin alimento, que cumple su tarea como los caballos tiran de los carros, sin esperanza y despreciado por todos; estos son los hombres por los cuales vive Inglaterra; pero no son la nación; son solamente su cuerpo y su energía nerviosa, que obra por la fuerza del viejo hábito, con una perseverancia convulsiva, mientras el alma está ausente. Nuestros deseos y propósitos nacionales son solamente estar divertidos; nuestra religión nacional es la ejecución de ceremonias de Iglesia, y la predicación de verdades sofísticas (ó errores) para mantener á la multitud quieta en su trabajo, mientras nosotros nos divertimos; y la necesidad de esta diversión es creciente en nosotros, como una enfermedad febril que quema la gargan-

ta y extravía los ojos, que nos hace insensibles, disolutos, crueles. Cuán literalmente esta palabra *Dis—Ease* (enfermedad), negación é imposibilidad de *Ease* (salud), expresa el completo estado moral de nuestra vida inglesa y de sus diversiones!

39.—Cuando los hombres están debidamente ocupados, sus diversiones brotan de su trabajo, como los pétalos coloreados de la flor del frutal; cuando son fielmente útiles y compasivos, todas sus emociones se hacen estables, profundas, perpetuas, y vivifican al alma como el pulso normal al cuerpo. Pero ahora, no teniendo verdadera ocupación, desperdiciamos toda nuestra energía viril en la falsa ocupación de hacer dinero; y careciendo de verdadera emoción, debemos procurarnos falsas emociones, ornadas por nosotros para jugar con ellas, no inocentemente, como los niños con sus juguetes, sino culpable y sombriamente, como los judíos idólatras con sus pinturas, en los muros de las cavernas, para descubrir las cuales los hombres tienen que cavar. No ejecutamos la justicia, la imitamos en la novela y en el teatro; la belleza de la naturaleza que destruimos, la sustituimos por la imitación en nuestras exposiciones, y (requiriendo nuestra naturaleza humana imperativamente terror y dolor de *alguna* especie) la noble pena que debíamos sentir con nuestros semejantes y las lágrimas que debíamos llorar con ellos, las sustituimos por lo paté-

tico de los tribunales de justicia, y recogemos en las tumbas el rocío de la noche.

40.—Es difícil estimar la verdadera significación de estas cosas; los hechos son bastante horrorosos; —la medida de la falta nacional implícita en ellos no es, quizá, tan grande como parece á primera vista. Permitimos, ó causamos miles de muertes diariamente, pero no comprendemos el mal que hacemos; ponemos fuego á las casas, y arrasamos los campos de los aldeanos, pero nos apesadumbraría descubrir que hemos hecho mal á alguien. Además, somos de buen corazón, hasta somos capaces de virtud; solamente que lo somos como los niños. Chalmers, al fin de su larga vida, habiendo tenido mucho poder sobre el público, se molestaba porque en algunas cuestiones serias se hiciese apelación á la «opinión pública»; y profería impaciente la exclamación: «El público no es más que un niño grande.» Y la razón de que yo haya permitido mezclarse todas estas graves materias de estudio con una investigación de los métodos de la lectura, es que, la mayor parte de las faltas y miserias nacionales que yo veo, se resuelven en condiciones de falta de instrucción de la infancia y en defectos de educación de los hábitos más ordinarios de pensamiento. No es vicio, repito, ni egoísmo, ni dureza de cerebro, lo que tenemos que lamentar, sino un irremediable defecto de niños de la escuela, que difieren solamente de los verdaderos niños de la es-

cuela en su incapacidad de ser corregidos, á causa de que no reconocen maestro.

41.—Existe una representación curiosa de nosotros mismos en una de las amables y olvidadas obras de nuestros grandes pintores. Es un dibujo del cementerio de Kirkby Lonsdale, y de su arroyo, y de su valle, y de sus collados, y del cielo de la mañana perdiéndose á lo lejos. Y tan despreocupado de todo esto, como de los muertos que han dejado este por otros valles, y este cielo por otros, un grupo de niños de la escuela ha apilado sus libritos sobre una tumba, para derribarlos con piedras. Así también, nosotros jugamos con las palabras de los muertos que podrían instruirnos, y las arrojamos lejos de nosotros al arbitrio de nuestra amarga, descuidada voluntad; pocos piensan que aquellas palabras abandonadas que el viento esparce han sido agrupadas, no solamente sobre una tumba, sino sobre la cubierta de una bóveda encantada,—sobre la puerta de una gran ciudad de reyes dormidos, que despertarían por nosotros y con nosotros, con sólo que supiésemos llamarlos por sus nombres. Cuán frecuentemente, aun cuando levantamos la puerta de mármol de la entrada, no hacemos sino vagar entre estos viejos reyes en reposo, y tocar las vestiduras bajo las cuales yacen, y remover las coronas en sus frentes; y aún siguen silenciosos, como imágenes polvorientas, porque no sabemos la palabra encantada que los despertará;—porque si la oye-

ran una vez, correrían á nuestro encuentro con su poder de siempre, volverían á mirarnos, á considerarnos atentamente, y, así como los reyes caídos en las regiones de Hades, si se encuentran á alguno que nuevamente cae, le dicen: «Tú también te has hecho débil como nosotros?; — tú también te has hecho uno de nosotros?», así, estos reyes, con sus diademas puras y firmes, saldrían á nuestro encuentro diciendo: «Tú también te has hecho puro y fuerte de corazón como nosotros?; — tú también te has hecho uno de los nuestros?»

42.—Poderoso de corazón, poderoso de alma,— «magnánimo»;—ser esto, es ser verdaderamente grande en la vida; llegar á ser esto paso á paso es, en realidad, «avanzar en la vida»,—en la vida misma—no en los accesorios de ella. Amigos míos, ¿os recordaré lo que acostumbraba hacer el viejo escita, cuando moría el jefe de una casa? Cómo le vestían con sus vestidos más finos, y le ponían en su carro, y le llevaban á las casas de sus amigos; y cada uno de ellos le colocaba á la cabecera de su mesa, y todos comían en su presencia? Suponed que os fuese ofrecido en palabras llanas, como se os ofrece en terribles hechos, que pudiéseis obtener este honor del escita, gradualmente, mientras pensáis que aún estáis vivo. Suponed que el ofrecimiento fuera este: Moriréis lentamente; vuestra sangre se irá enfriando día tras día, vuestra carne se petrificará, vuestro corazón latirá al fin como

un conjunto de válvulas de hierro oxidadas. Vuestra vida se marchitará, y se hundirá en la tierra hasta penetrar en el hielo de la Caína; pero, día por día, vuestro cuerpo será más espléndidamente adornado, y transportado en más altos carros, y ostentará más insignias en su pecho—coronas en su cabeza, si queréis. Los hombres se inclinarán ante él, se admirarán y lanzarán exclamaciones en torno suyo, corriendo por las calles arriba y abajo; construirán palacios para él; comerán teniéndole á la cabecera de sus mesas todas las noches; vuestra alma permanecerá en él lo bastante para saber cómo le tratan, y sentir el peso de los adornos de oro en sus hombros y el surco del borde de la corona en el cráneo;—no más. Aceptaríais este ofrecimiento hecho verbalmente por el ángel de la muerte? Pensáis que lo aceptaría el más pobre de nosotros? Sin embargo, práctica y verdaderamente, nos asimos á él, todos nosotros, en cierta medida; muchos en toda la plenitud de su horror. Todos los hombres lo aceptan: el que desea avanzar en la vida sin saber lo que la vida es; el que cree que solamente consiste la vida en tener caballos y criados, y fortuna y honores públicos, y—no un alma personal. Aquél solamente avanza en la vida, cuyo corazón se hace más tierno, cuya sangre se hace más ardiente, cuyo cerebro se hace más perspicaz, cuyo espíritu entra en

la paz de la existencia (1). Y los hombres que tienen esta vida en sí, son los verdaderos señores ó reyes de la tierra—ellos, y solamente ellos. Todas las otras dignidades reales, en tanto en cuanto son verdaderas, son solo la manifestación práctica y la expresión de aquéllas; si bien menos que éstas, hay además realezas dramáticas,—costosamente exhibidas, adornadas, realmente, con joyas en vez de oropeles—pero que no son sino el juguete de las naciones; ó bien hay, no realezas, sino tiranías; ó la mera, activa y práctica manifestación de la locura nacional; por cuya razón he dicho en otra parte: «Los gobiernos visibles son el juguete de algunas naciones, la enfermedad de otras, los arneses de algunas, la carga de las más.»

43.—Pero no encuentro palabras para expresar la admiración con la cual oigo hablar de los reinos, aun entre hombres reflexivos; como si el gobierno de las naciones fuese una propiedad personal y pudiese ser desmembrado y vendido, ó adquirido de otro modo, como carneros, de cuya carne su rey se ha de alimentar y cuyos vellones ha de recoger; como si el epíteto de Aquiles, indignado por los malos reyes, «devoradores de pueblos», fuese el título constante y propio de todos los monarcas; y el aumento del dominio de un rey significase lo mismo que el

(1) «τὸ δὲ Φρόνημα τοῦ πνεύματος ζωὴ καὶ εἰρήνη »

acrecentamiento de la fortuna privada de un hombre! Los reyes que piensan así, aunque poderosos, no pueden ser los verdaderos reyes de la nación; reinan como las espuelas sobre un caballo; le excitan y pueden enfurecerle, pero no le guían. Ellos, y sus cortes, y sus ejércitos, son, si miramos atentamente, como una gran especie de mosquitos de pantano, con bayonetas en las trompas armoniosas, maestros de bandas de trompetas, en el aire del verano; el crepúsculo puede algunas veces ser embellecido, pero difícilmente saneado, por estas nubes resplandecientes de bandadas de mosquitos. Los verdaderos reyes, entretanto, gobiernan quietamente, si gobiernan, y odian gobernar; muchos de ellos hacen «il gran rifiuto»; y, si no lo hacen, la multitud, en cuanto les cree útiles, está plenamente segura de hacer *su* «gran rifiuto» *de ellos*.

44.—Pero el rey visible puede también ser un rey verdadero, alguna vez, si alguna vez estima su dominio por su fuerza—no por los límites geográficos. Verdaderamente importa poco que el Trent os arranque un castillo aquí, ó el Rin os lo arrebatte allá. Pero sí es cuestión para vosotros, reyes de hombres, si podéis verdaderamente decir á este hombre, «vete», y que se marche; y á otro, «ven», y que venga. Si podéis manejar vuestro pueblo, como podéis desviar el Trent—y á donde le mandáis ir, y á donde va. Os importa, reyes de hom-

bres, saber si vuestro pueblo os aborrece, y muere por vosotros, ó si os ama, y vive por vosotros. Debéis medir vuestro dominio por multitudes, mejor que por millas; y contar por grados de latitud de amor, no desde, sino hacia un ecuador admirablemente cálido é infinito.

45.—Medir!—no, no podéis medir. ¿Quién medirá la diferencia entre el poder de los que «hacen y enseñan», y son los más grandes en los reinos de la tierra, como de los cielos—y el poder de aquellos que deshacen, y consumen—cuyo poder pleno es solamente el poder de la polilla y del orín? Extraño! Pensar que los reyes-polilla guardan los tesoros para la polilla; y los reyes-orín, que son á la fuerza de su pueblo lo que el orín á las armaduras, guardan los tesoros para el orín; pero ¡qué pocos reyes han guardado nunca los tesoros que no necesitan guarda—tesoros de los cuales es mejor que haya más robos! Vestidos bordados, solamente para ser destruídos; yelmos y espadas, solamente para ser ennegrecidos; joyas y oro, solamente para ser disipados;—ha habido tres clases de reyes que han acumulado estas cosas. Suponed que pueda nacer un cuarto orden de reyes, que haya leído, en algún escritor oscuro de hace mucho tiempo, que hay un cuarto género de tesoros, al cual no pueden igualar las joyas y el oro; no pueden ser valorados en oro puro una tela hecha de un bello tejido, por la lanzadera de Atenea; una ar-

madura, forjada en fuego divino, por la fuerza de Vulcano; un oro que no puede ser extraído sino del hogar verdaderamente rojo del sol, cuando se ponen tras las rocas de Delfos;—tejido oscuramente teñido;—armadura impenetrable;—oro potable!—los tres grandes ángeles de la conducta, el trabajo y el pensamiento, constantemente llamándonos y esperando en los umbrales de nuestras puertas, para guiarnos, con su poder alado, y conducirnos, con sus ojos indescriptibles, por el sendero que ningún ave conoce, y que no han visto los ojos del buitre! Suponed que puedan nacer en cualquier tiempo reyes, que oigan y crean estas palabras, y al fin acumulen y presenten en público tesoros de sabiduría para su pueblo?

46.—Pensáis que *esta* puede ser una ocupación extraña? Cuán inconcebible es, en el estado de nuestra sabiduría nacional presente, que eduquemos á nuestros aldeanos en un ejercicio de libros en vez de un ejercicio de bayonetas!—que organicemos, que ejercitemos, que mantengamos á sueldo ejércitos de pensadores en vez de ejércitos de asesinos!—que encontremos una diversión nacional en los gabinetes de lectura, así como en los campos de tiro; que demos premios por un buen blanco en un hecho, como por un taladro hecho por el plomo en una tarjeta. Cuán absurda parece la idea, aunque sea expuesta en palabras bellas, de que las riquezas de los capitalistas de las naciones civilizadas lleguen

alguna vez á sostener la literatura en vez de sostener la guerra!

47.—Tened paciencia conmigo mientras os leo una sola sentencia del único libro que yo he escrito, que puede propiamente ser llamado un libro; uno de los que durarán (si alguno dura) más seguramente y durante más tiempo, de todos los míos:

«Hay una forma verdaderamente horrible de la acción de la riqueza en Europa, que consiste en que la riqueza capitalista es la que soporta las guerras injustas. Las guerras justas no necesitan tal dinero para sostenerse, porque la mayor parte de los hombres que las sostienen, las sostienen gratis; pero para una guerra injusta, los cuerpos y las almas de los hombres tienen que ser pagados; y además tienen que ser compradas las mejores máquinas de destrucción, lo cual hace tal guerra costosa hasta el máximum; para no hablar de lo que cuesta el miedo bajo, y la sospecha colérica, entre naciones que no encuentran dulzura ni honradez bastantes en sus multitudes, para procurarse con ellas la paz de alma durante una hora; así, al presente, Francia é Inglaterra se compran la una á la otra por valor de diez millones de esterlinas de consternación (una cosecha notablemente lucida, mitad de espinas, mitad de hojas de álamo, sembrada, segada y recogida por la ciencia del moderno economista político, que enseña la codicia en vez de la verdad). Y como toda guerra injusta no es sopor-

tada sino por el saqueo del enemigo ó por los préstamos de los capitalistas, estos préstamos son reembolsados por contribuciones subsiguientes gravosas al pueblo, el cual parece no tener voluntad en tal caso, siendo la voluntad del capitalista la razón primaria de la guerra; pero su raíz verdadera es la codicia de toda la nación, que la hace incapaz de fe, de franqueza ó de justicia, y trae consigo, por tanto, á su debido tiempo, la pérdida y castigo que corresponde por separado á cada uno de los individuos.»

48.—Observad que Francia é Inglaterra, literalmente, se compran el pánico la una á la otra; pagan, cada una de ellas, por valor de diez millones de libras de temor por año. Suponed ahora, que en vez de pagar este valor de diez millones de pánico anualmente, hicieran que sus almas estuviesen en paz unas con otras, y pagasen por valor de diez millones de conocimiento; y que cada una de estas naciones gastase los diez millones de libras por año en fundar bibliotecas reales, galerías reales de arte, museos reales, jardines reales y lugares de reposo. No sería esto mucho [mejor, tanto para Francia como para Inglaterra?

49.—Falta largo tiempo, aún, antes de que esto ocurra. Sin embargo, espero que no pasará mucho, antes de que se funden bibliotecas reales ó nacionales en todas las ciudades importantes, con una buena colección de libros en ellas; la misma colección

de libros escogidos, los mejores en cada género, preparados para estas bibliotecas nacionales del modo más perfecto posible; su texto, impreso todo en hojas de igual tamaño, de anchos márgenes, y dividido en volúmenes agradables, ligeros á la mano, bellos y fuertes, y perfectos como ejemplares de trabajo de encuadernación; y que estas bibliotecas sean accesibles á todas las personas pulcras y ordenadas, á todas horas de la mañana y de la tarde; siendo para estas personas una ley, estrictamente obligatoria, el orden y la pulcritud.

50.—Yo podría formar para vosotros otros planes, de galerías de arte y de galerías de historia natural, y de muchas cosas preciosas—muchas que me parecen necesarias—; pero este plan de los libros es más fácil y más perentorio, y sentará como un verdadero tónico á lo que llamamos nuestra constitución británica, que ha llegado á enfermar de hidropesía, y tiene una sed enfermiza, y un hambre enfermiza, y necesita alimentos más sanos. Habéis obtenido á este fin leyes acerca de los granos; ensayad si podéis obtener leyes nuevas para obtener un pan mejor, pan hecho de este viejo y encantado grano árabe, el Sésamo, que abre las puertas; no las puertas de los ladrones, sino las puertas de los tesoros de los reyes.

NOTA AL PÁRRAFO 30

Respecto á la relación del aumento de la renta

con las muertes de los pobres, que se evidencia en el prefacio del informe del Delegado de Medicina ante el Consejo Privado, publicado recientemente, hay sugerencias en este prefacio que pueden producir algún efecto entre nosotros, creo yo, y acerca de las cuales os ruego me permitáis anotar los puntos siguientes:

Están ahora en contienda dos teorías con respecto á la propiedad de la tierra, ambas falsas.

La primera es la de que, por ley de los cielos, ha existido siempre, y debe continuar existiendo, un cierto número de personas sagradas hereditariamente, á las cuales la tierra, el aire y el agua del mundo pertenecen como propiedad personal; de esta tierra, este aire y este agua tales personas pueden, á su antojo, permitir ó prohibir, al resto de la raza humana, comer, respirar ó beber. Tal teoría no será durante muchos años sostenible. La teoría adversa es la de que, una división de la tierra del mundo entre la multitud, elevaría inmediatamente á los proletarios á la categoría de personajes sagrados; que las casas se harían entonces ellas solas, y las mieses crecerían por sí mismas, y que cualquiera podría vivir sin hacer un trabajo para ganar su vida. Esta teoría se probará también que es altamente insostenible en la práctica.

Sin embargo, son necesarios algunos experimentos crueles y más crueles catástrofes, antes de que la generalidad de las personas se convenza de

que no hay ley alguna—y menos las concernientes á la tierra, á su posesión ó división, á su arrendamiento alto ó bajo—que pueda ser de la menor utilidad para el pueblo, en tanto que la contienda general por la vida, y por los medios de vida, siga siendo una mera competencia brutal. Esta contienda, en una nación sin principios, puede tomar una ú otra forma, pero siempre será terrible, sean las que quieran las leyes que hagáis en contra de ella. Por ejemplo, sería una ley muy saludable para Inglaterra, si pudiese ser realizada, la que asignase límites máximos á las rentas, según las clases; y estableciese que cualquier renta de un noble se le pagase como un salario fijo ó pensión por la nación; y no se cobrase exprimiendo á discreción á los arrendatarios de las tierras. Pero si obtuviéseis tal ley pasado mañana, y si, lo que es su complemento necesario, pudiéseis fijar el valor de las rentas asignadas por un peso dado de pan de un valor determinado, no pasaría un año antes de que se hubiese establecido tácitamente otra concurrencia, y el poder de la riqueza acumulada se hubiese reafirmado en algún otro artículo, ó algún otro signo imaginario. Hay solamente un remedio para la miseria pública—y éste es la educación pública, dirigida á hacer á los hombres meditadores, piadosos y justos. Hay, en verdad, muchas leyes concebibles, las cuales pueden hacer gradualmente mejor y más fuerte el

temperamento nacional; pero, la mayor parte, son tales, que el temperamento nacional debe estar muy mejorado antes de que las pueda producir. Una nación, en su juventud, puede ser auxiliada por leyes, como un niño débil por aparatos aplicados á su espalda; pero cuando el niño se hace viejo, este medio no puede corregir su espina dorsal torcida.

Y además; el problema de la tierra, en su parte más grave, es un problema que subsiste; distribuid la tierra como queráis, la principal cuestión permanece inexorable.—Quién va á cavar? Quién de nosotros, en breves palabras, va á hacer para los demás la penosa y baja tarea, y por qué paga? Quién va á hacer los trabajos agradables y limpios, y por qué precio? Quién es el que no ha de trabajar, y por qué precio? Y hay curiosas cuestiones religiosas y morales conexionadas con éstas. Hasta qué punto es lícito extraer una porción del alma de un gran número de personas, con el fin de poner juntas las cantidades psíquicas extraídas y hacer un alma verdaderamente bella ó ideal? Si tuviésemos que habérmola solamente con sangre en vez de espíritu (y podría literalmente hacerse esto—como se ha tratado de practicarle con niños antes de ahora)—de tal modo que fuese posible, tomando una cierta cantidad de sangre de los brazos de un número dado de gentes del pueblo, y poniéndola toda en una sola persona, hacer de ella un caballero de sangre

más azul, la cosa se haría desde luego; pero, secretamente, me imagino. Pero, como es cerebro y alma lo que extraemos, no sangre visible, podemos hacerlo de un modo completamente público, y vivir, nosotros caballeros, de presas delicadas, á modo de comadreja; esto es, nosotros sostenemos un cierto número de campesinos que caven y abranzanjas, generalmente, de modo que, siendo nosotros alimentados gratis, podamos tener todo el pensamiento y sentimiento disponibles. Mucho habría que decir en favor de esto. Un noble inglés, francés, austriaco ó italiano, bien nacido y bien educado (mucho más aún una señorita), es una gran producción,—una producción mejor que la mayor parte de las estatuas, tan hermosa de color y de forma como ellas, y además, con un cerebro; da gloria mirarla, maravilla hablar con ella; y no podéis obtener algunas de estas producciones, como no podéis construir cualquier pirámide ó iglesia, más que por la contribución y el sacrificio de muchas vidas. Y es, quizás, mejor construir una bella criatura humana, que un bello domo ó una torre,—y más delicioso mirar reverentemente á una criatura que esté sobre nosotros, que á un muro; solamente que la bella criatura humana tendrá algunos deberes que cumplir en compensación—deberes de campanario y de muralla vivos—de los cuales trataremos.

LECCIÓN SEGUNDA

AZUCENAS

DE LOS JARDINES DE LAS REINAS

«Alégrate, oh sediento desierto; que la tierra árida sonría, y florezca como el lirio; y los parajes estériles del Jordán, se pueblen de frondosos bosques.»

ISAÍAS XXXV. I. (Versión de los Setenta.)

51.—Convendría, quizás, ya que esta lección es la secuela de otra dada anteriormente, que os explicase con brevedad la intención general que me ha guiado en ambas. Las cuestiones especialmente propuestas á vosotros en la primera, particularmente *cómo* y *qué* se ha de leer, nacen de otra más profunda, que estaba en mi ánimo proponeros claramente: *por qué* leer. Deseo que sintáis conmigo que cualquier ventaja que poseamos hoy con la difusión de la educación y de la literatura, puede sólo ser rectamente empleada por cualquiera de nosotros, cuando ha aprendido con

claridad adónde conduce la educación y qué es lo que la literatura enseña. Deseo que comprendáis que la educación moral y la lectura bien dirigidas, conducen á la posesión de un poder sobre el malvado y sobre el iletrado, que es, en gran medida, un *poder real*; pues contiene la más pura realeza que pueda existir entre los hombres: muchas otras realezas (aunque se distingan con insignias visibles ó poder material) son espectrales ó tiránicas;—espectrales—es decir, espectros y sombras solamente de realeza, vacías como la muerte y que «no tienen sino la apariencia de una corona real»: otras—tiránicas—es decir, que sustituyen su propia voluntad por la ley de justicia y amor, por la cual se rigen todos los reyes verdaderos.

52.—Hay, pues, repito—y como deseo grabar esta idea en vosotros, comienzo con ella y acabaré con ella—hay solamente una clase de realeza; una clase necesaria y eterna, coronada ó no; la realeza, especialmente, que consiste en un estado moral más elevado, y en un estado mental más verdadero, que el de los demás; la que os permite, por esto, guiarlos ó elevarlos. Observad esta palabra «estado»; hemos admitido un modo libre de usarla. Significa, literalmente, la situación y estabilidad de una cosa; y tenéis su plena significación en la palabra derivada «estatua»—«la cosa inmóvil». Una majestad real ó «estado», pues, y el derecho de su realeza á ser llamada un estado, depende de la in-

movilidad de ambas:—sin temor, sin temblor ni oscilación; establecida y entronizada sobre el fundamento de una ley eterna que nada puede alterar ni demoler.

53.—Puesto que creo que toda literatura y toda educación son únicamente útiles en tanto que tienden á confirmar este tranquilo, benéfico y, *por lo tanto*, real poder,—primero sobre nosotros mismos, y mediante nosotros sobre todos los que nos rodean—voy á permitirme ahora rogaros que consideréis conmigo, qué porción especial ó clase de esta autoridad real, proveniente de la noble educación, puede ser alcanzada por las mujeres; y hasta qué punto también son ellas llamadas á un verdadero poder de reinas,—no en sus hogares solamente, sino sobre todo lo que cae dentro de su esfera. Y en qué sentido, si entienden y ejercitan rectamente este poder ó influencia graciosa, el orden y belleza inspirados por tan benigno poder justificará que hablemos de los territorios sobre los cuales cada una de ellas pueda reinar, como de «Jardines de reinas».

54.—Y aquí, en el principio, nos asalta una cuestión más profunda, la cual—aunque parezca extraña á muchos—permanece entre nosotros sin resolver, á despecho de su infinita importancia.

No podemos determinar cuál será el poder, como reinas, de las mujeres, hasta que hayamos convenido en cuál es su poder ordinariamente. No podemos considerar qué educación puede convenirlas

para extender, para ampliar sus deberes, hasta que hayamos convenido en cuál es su verdadero deber constante. Y nunca ha habido un tiempo en que se hayan dicho palabras más vacías, ó permitido más vanas imaginaciones respecto á esta cuestión—cuestión vital para toda la felicidad de la sociedad. Las relaciones de la naturaleza femenina con la masculina, sus capacidades diferentes de intelecto ó de virtud, nunca parecen haber sido estimadas de un modo acorde. Oímos hablar de la «misión» y de los «derechos» de la mujer, como si pudiesen ser completamente separados de la misión y los derechos del hombre—como si ella y su señor fuesen criaturas de género independiente y de títulos irreconciliables. Esto, al menos, es erróneo. Y no menos errónea—quizás aún más locamente errónea (porque quiero anticipar así lo que espero probar después)—es la idea de que la mujer es solamente la sombra y como la sierva de su señor, que debe una obediencia irreflexiva y servil al que sostiene su debilidad por la preeminencia de su fortaleza.

Este, digo, es el más loco de todos los errores respecto á aquella que ha sido creada para compañera del hombre. Como si el hombre pudiese ser acompañado, efectivamente, por una sombra, ó dignificado por una esclava!

55.—Tratemos, pues, de obtener alguna idea clara y armoniosa (debe ser armoniosa si es verdade-

ra) de lo que el alma y la virtud femeninas son en potencia y en acción, con respecto á las del hombre; y de cómo sus relaciones, rectamente interpretadas, ayudan á aumentar el rigor, el honor y la autoridad de ambos.

Y ahora puedo repetir una cosa que he dicho en la última lección; á saber, que la primera utilidad de la educación consiste en permitirnos consultar á los hombres más sabios y más grandes, en todos los puntos de grave dificultad. Que usar los libros rectamente, es ir á ellos en busca de auxilio: apelar á ellos cuando nuestro propio conocimiento y poder mental desfallecen: ser conducido por ellos hacia una idea más amplia—concepción pura—que la nuestra, y recibir de ellos juntamente la sentencia de los jueces y concilios de todos los tiempos, enfrente de nuestra opinión solitaria é inestable.

Hagamos esto ahora. Veamos si los hombres más grandes, los más sabios, los de entendimiento más puro de todas las edades convienen, en algún modo, en este punto; oigamos el testimonio que han dejado respecto á lo que creen que es la verdadera dignidad de la mujer y su modo de auxiliar al hombre.

56.—Y, primeramente, ocupémonos de Shakespeare.

Nótese, como un principio general, que Shakespeare no tiene héroes;—tiene solamente heroínas. No hay una figura varonil enteramente heróica en

sus obras dramáticas, excepto el pequeño boceto de Enrique V, exagerado por el propósito de la escena, y el, aún más ligero, de Valentín en *Los dos hidalgos de Verona*. En sus obras trabajadas y perfectas no hallaréis héroes. Otelo lo hubiese sido, si su simplicidad no hubiese llegado hasta hacerle presa de toda baja estratagema practicada en torno suyo; pero es el único ejemplo, aunque sólo aproximado, del tipo heroico. Coriolano—César—Antonio, poseen la fuerza del vicio, y caen por sus vanidades;—Hamlet es indolente y se abandona á su genio especulativo; Romeo es un muchacho impaciente; el Mercader de Venecia se somete lánguidamente á la fortuna adversa; Kent, en *El Rey Lear*, es completamente noble de corazón, pero demasiado rudo é inhábil para ser de verdadera utilidad en el momento crítico, cae en el oficio de un mero siervo. Orlando, no menos noble, es aún el juguete desesperado de la fortuna, seguido, confortado, salvado por Rosalinda. Por el contrario, difícilmente hay un drama que no tenga una mujer perfecta en cuanto á esto: firmeza en la esperanza seria y en el propósito infalible. Cordelia, Desdémona, Isabel, Hermiona, Imógena, la reina Catalina, Pérdita, Silvia, Viola, Rosalinda, Elena, y por último, y quizás más amable, Virgilia, son todas sin tacha; concebidas en el tipo heroico más alto de la humanidad.

57.—Luego, observad en segundo lugar.

La catástrofe de todos los dramas es causada siempre por la locura ó la falta de un hombre; la rendición, si la hay, es debida á la sabiduría y virtud de una mujer, y á falta de esto, no hay salvación alguna. La catástrofe de *El Rey Lear* es debida á su propia falta de juicio, su vanidad impaciente, su desconocimiento de sus hijas; la virtud de su única hija leal le hubiera salvado de todas las injurias de las otras, á no haberla rechazado lejos de sí; y á pesar de esto, por poco le salva.

De Otelo no necesito referir la historia;—ni la única debilidad de su amor tan grande; ni la inferioridad de su percepción intelectual, aun comparada á la del segundo carácter de mujer del drama, Emilia, la cual muere lanzando un terrible anatema contra su error:

«Oh, bajo asesino! qué otra cosa había de hacer un loco con una mujer tan buena?»

En *Romeo y Julieta*, la hábil y valerosa estrategema de la mujer es conducida á un desenlace ruinoso por la atolondrada impaciencia de su marido. En *El Cuento de Invierno*, y en *Cimbelina*, la felicidad y la existencia de dos familias principales se pierde durante largos años, y corre peligro de muerte por la locura y obstinación de los maridos, y es salvada, al fin, por la paciencia regia y la sabiduría de las esposas. Y en *Medida por Medida*, la vergonzosa injusticia del juez, y la vergonzosa cobardía del hermano, son opuestas á la veracidad.

victoriosa y á la pureza adamantina de una mujer. En Coriolano, el consejo de la madre, puesto en práctica á tiempo, hubiese salvado á su hijo de todo mal; su olvido momentáneo de él es su ruina; su ruego, en último recurso, le salva—no ciertamente de la muerte, sino de la carga de vivir como el destructor de su país.

Y qué diría yo de Julia, constante contra la volubilidad de un amante que no es sino un niño travieso?—de Helena, frente á la petulancia é insulto de un joven indiferente?—de la paciencia de Hero, de la pasión de Beatriz, y de la sabiduría tranquilamente abnegada de la «muchacha inocente», que aparece entre el abandono, la ceguedad y las pasiones vindicativas de los hombres, como un ángel venerable, que hace nacer el valor y la tranquilidad con su presencia, y destruye las peores malignidades del crimen por lo que se cree que más falta á las mujeres,—precisión y agudeza de pensamiento.

58.—Obsérvese, además, que entre todas las principales figuras de los dramas de Shakespeare, hay solamente una mujer débil—Ofelia; es débil porque no asiste á Hamblet en el crítico momento; y no es, ni puede ser por su naturaleza, un guía para él cuando más lo necesita, de modo que todas las amargas catástrofes se suceden. Finalmente, aunque hay tres mujeres malvadas entre las figuras principales—Lady Macbeth, Regan y

Goneril,—se percibe desde luego que son excepciones horrendas de las leyes ordinarias de la vida; fatales en su influencia además, en proporción al poder de hacer bien que abandonaron.

Tal, en líneas generales, es el testimonio de Shakespeare con respecto á la posición y carácter de las mujeres en la vida humana. Las representa como consejeras infaliblemente leales y sabias—ejemplos incorruptibles de justicia y pureza,—fuertes siempre para santificar, aun cuando no puedan salvar.

59.—No porque sea comparable, en modo alguno, en conocimiento de la naturaleza humana,—aún menos en su inteligencia de las causas y del curso de los hechos, sino solamente como el escritor que nos ha dado la idea más amplia de las condiciones y modos de pensar corrientes en la sociedad moderna, os pido á continuación que recibáis el testimonio de Walter Scott.

Prescindo de sus escritos en prosa romántica como faltos de valor, y aunque sus primeras poesías románticas son verdaderamente bellas, su testimonio no es de más peso que el ideal de un niño. Pero sus obras verdaderas, estudiadas en la vida de los escoceses, ofrecen un testimonio real; y en toda la colección de estas obras, no hay más que tres hombres que alcancen el tipo heróico (1)—Dandie Din-

(1) Debo, con el fin de hacer esta aserción totalmente:

mont, Rob Roy y Claverhouse;—de éstos, uno es labrador de la frontera; otro, salteador; el tercero, un soldado de mala causa. Y alcanzan el ideal del heroísmo solamente por su valor y su fe, juntamente con un grande poder intelectual, pero inculto ó aplicado erróneamente; mientras sus hombres más jóvenes son los nobles juguetes de la fantástica fortuna, y solamente por el auxilio (ó el accidente) de esta fortuna, si no vencen, sobreviven á las pruebas que involuntariamente sostienen. De algún carácter disciplinado ó consistente, firme en un propósito sabiamente concebido, ó que aparezca con formas de maldad hostil, que rechace definitivamente la adversidad y resueltamente la someta, no hay huellas en sus concepciones de hombres jóvenes. Mientras que, en sus concepciones de mujeres—en los caracteres de Ellen Douglas, de Flora Mac Ivor, Rosa Bradwardine, Catalina Seyton, Diana Vernon, Lillias Redgauntlet, Alicia Bridgenorth, Alicia Lee y

comprensible, notar las debilidades que empañan el ideal de otros grandes caracteres de hombres en las novelas de Waverley—el egoísmo y la estrechez de pensamiento en Redgauntlet, el débil entusiasmo religioso en Eduardo Glendinning, y los semejantes; y debo notificar que hay varios caracteres completamente perfectos, trazados algunas veces en segundo término; tres—permítasenos aceptar gozosamente esta cortesía para Inglaterra y sus soldados—son oficiales ingleses: el Coronel Gardiner, el Coronel Talbot y el Coronel Mannering.

Jeanie Deans,—con sin fin de variedades de gracia, ternura y poder intelectual, encontramos, en todas, un sentido completamente infalible de dignidad y justicia; un intrépido, rápido é inagotable sacrificio de sí mismas, más que á la apariencia del deber, á sus exigencias reales; y, finalmente, una prudencia paciente de pasión profunda y contenida, la cual hace infinitamente más que proteger á sus objetos de un error momentáneo, forma gradualmente, anima y exalta los caracteres de los amantes indignos, hasta que, al fin de la fábula, apenas si tenemos paciencia para oír sus éxitos inmerecidos.

Así, en todo caso, en Scott como en Shakespeare, es la mujer la que vela, enseña y guía al joven; no es nunca, ni por casualidad, el joven el que vela, ó educa, á su dama.

60.—Apelemos después, aunque más brevemente, á un testimonio más grave—el de los grandes italianos y griegos. Conocéis bien el plan del gran poema de Dante—es un poema de amor á su dama muerta; un canto de alabanza á la que vela por su alma, á la que, inclinada solamente á la piedad, nunca al amor, le salva, sin embargo, de la destrucción—le salva del infierno. Él camina eternamente perdido en medio de la desesperación; ella desciende de los cielos en su auxilio y, durante la ascensión al Paraíso, es su maestro, interpretándole las más difíciles verdades divinas y huma-

nas, y conduciéndole, amonestación tras amonestación, de estrella en estrella.

No insisto sobre la concepción de Dante; si comenzase, no podría cesar; además, podríais pensar que esta es una extraña creación del corazón de un poeta. Así, quiero más bien leeros algunos versos del escrito reflexivo de un caballero de Pisa á su dama viva, completamente característicos del sentimiento de todos los nobles del siglo XIII y principios del XIV, conservados, entre muchos otros recuerdos de honor caballeresco y de amor, por Dante Rossetti, que los ha escogido para nosotros entre los primeros poetas italianos.

«Ay! la ley ordena
Que este amor mío sea manifiestamente
Para servirte y honrarte;
Así lo hago: y mi delicia es plena,
Aceptado como el siervo de tu ley.

»Me encanta ser aceptado,
Puesto que mi voluntad se inclina
A servir, flor de goce, á tu excelencia:
Nunca al verte pudo brotar alguna
Pena ó pesar.
Porque en tí moran todos mis pensamientos y sentimientos,
Ya que de tí todas las virtudes manan
Como del caño de una fuente,—
Que en tus dotes está lo más útil de la sabiduría
Y del honor sin tacha,
Y todo soberano bien reposa en tí
Realizando la perfección de tu estado.

»Señora, desde que he recibido
 Tu plácida figura en mi corazón,
 Mi vida se ha aislado,
En una claridad brillante y en la mansión de la verdad;
 Que, hasta hoy, verdadero bien,
 Tanteaba entre sombras en una oscura mansión,
 Donde muchas horas y días
 Había pasado recordando difícilmente el bien,
 Pero ahora mis servicios
 Son para tí, y estoy lleno de goce y de reposo.
 Un hombre de una bestia salvaje
 Tú has hecho de mí, puesto que por tí amo y vivo.»

61.—Podréis quizás pensar que un guerrero griego habría hecho una estimación más baja de la mujer que este amante cristiano. Su sujeción espiritual á ella no era, en realidad, tan absoluta; pero, por lo que se refiere al carácter personal de estas mujeres, ha sido solamente porque no habríais podido seguirme con tanta facilidad, por lo que no he escogido las mujeres griegas en vez de las mujeres de Shakespeare; son ejemplos superiores de tipos ideales de humana belleza y fe, el sencillo corazón de madre y de esposa de Andrómaca; la divina, aunque desestimada, sabiduría de Casandra; la bondad juguetona y la sencilla vida de princesa de la feliz Nausicaa; la tranquilidad de mujer casera de Penélope, velando sobre el mar; la piedad paciente, intrépida y abnegada de hermana á hija, en Antígona; la sumisión de Ifigenia, mansa y silenciosa, y, finalmente, la esperanza de

la resurrección, manifiesta en el alma de los griegos, por la vuelta de su sepulcro de aquella Alcestes que, por salvar á su marido, había pasado tranquilamente por las amarguras de la muerte.

62.—Ahora, multiplicaría yo testimonio sobre testimonio si tuviese tiempo. Tomaría á Chaucer, y os mostraría por qué ha escrito una Leyenda de las Mujeres Buenas; pero no una Leyenda de los hombres buenos. Y tomaría á Spencer, y os mostraría cómo todos sus caballeros maravillosos son engañados algunas veces y algunas veces vencidos; pero el alma de Una nunca se ensombrece, y la lanza de Britomart nunca se quiebra. No, yo podría retroceder hasta las enseñanzas místicas de los tiempos más remotos, y mostraros cómo el gran pueblo,—por una de cuyas princesas estaba prescrito que fuese educado el legislador de toda la tierra, mejor que por sus propios parientes;—que este gran pueblo egipcio, la más sabia entonces de las naciones, daba á su espíritu de sabiduría la forma de una mujer; y en su mano, como símbolo, ponía la lanzadera del tejedor; y que el nombre y la forma de este espíritu, adoptada, creída y obedida por los griegos, llegó á ser esta Atenea del ramo de oliva y del nuboso escudo, á la fe en la cual debéis, hasta la fecha, cuanto tenéis de más precioso en arte, en literatura ó en tipos de virtudes nacionales.

63.—Pero no quiero vagar en estas regiones dis-

tantes y místicas; quiero solamente que concedáis su legítimo valor al testimonio de estos grandes poetas y grandes hombres del mundo,—conformes, como véis, en este punto principal. Quiero preguntaros si puede suponerse que estos hombres, en las mejores obras de su vida, se diviertan con una ficticia y fútil idea de las relaciones entre los hombres y las mujeres;—no, peor que ficticia ó fútil; porque una cosa puede ser imaginaria y sin embargo deseable, si fuese posible; pero esta idea, este ideal de la mujer, no es, conforme á nuestra concepción vulgar del matrimonio, absolutamente nada deseable. La mujer, decimos, no sirve para guiar, ni aun para pensar por sí misma. El hombre debe ser siempre el más sabio; es el que ha de pensar y gobernar; el superior en conocimiento y discreción, como en poder.

64.—No es de cierta importancia que nos formemos una opinión sobre esta materia? Se equivocan todos estos grandes hombres ó nos equivocamos nosotros? Son Shakespeare y Esquilo, Dante y Homero, fabricantes de muñecos de adorno; ó, peor que esto, de visiones antinaturales, cuya realización, á ser posible, haría nacer la anarquía en los hogares y la ruina en todas las afecciones? No; si podéis suponer esto, tomad en último término la evidencia de los hechos, ofrecida por el corazón humano mismo. En todas las edades cristianas que han sido notables por su pureza ó por su progreso,

se ha mantenido en absoluto la devoción obediente del amante hacia su dama. Digo *obediente*;—no meramente entusiasta y admirativa en imaginación, sino sumisa por completo, recibiendo de la mujer amada, aunque fuera joven, no sólo el entusiasmo, la fama y el premio de todo trabajo, sino, en cuanto fuese necesario elegir, ó se presentase un problema de decisión difícil, la *dirección* de todo trabajo. Este espíritu caballeresco al abuso y á la degradación, del cual puede atribuirse primariamente cuanto hay de cruel en la guerra, de injusto en la paz, ó de corrompido é innoble en las relaciones domésticas; y á la pureza original y poder del cual debemos igualmente la defensa de la fe, de la ley y del amor; este espíritu caballeresco, digo, en su primitiva concepción de la vida honorable, supone la sujeción del joven caballero al mandato—aunque el mandato sea un capricho—de su dama. Supone esto, porque sus fundadores sabían que el primer y necesario impulso de todo corazón verdaderamente cultivado y caballeroso, es el de prestar servicio á su dama; que donde no existen esta verdadera fe y esta cautividad, allí debe existir toda pasión caprichosa y perversa; y que en este transporte de obediencia al único amor de su juventud, está la santificación de todos los esfuerzos del hombre y la continuidad de todos sus propósitos. Y esto no quiere decir que tal obediencia fuese segura y honrosa, si fuese destinada á un objeto indigno; pero sí que debe ser imposible para

cualquier joven noble—*es imposible para cualquier joven bien educado—amar á una dama en cuyos dulces consejos no pueda confiar, ó cuyos mandatos suplicantes pueda dudar en obedecer.*

65.—No insisto en esto con nuevos argumentos, porque pienso que puedo encomendar, desde luego, á vuestra experiencia, el discernimiento de lo que ha sido, y á vuestro sentimiento, el de lo que será. No creeréis que el acto de imponer la armadura al caballero por mano de su dama fuese un mero capricho de la fantasía romántica. Es el símbolo de una verdad eterna—que la armadura del alma nunca está bien puesta sobre el corazón, á menos que la haya adaptado una mano de mujer; y es solamente cuando no la adapta bien, cuando desfallece el honor varonil. Si acaso no conocéis estas amables líneas—yo quisiera que fuesen aprendidas por todas las jóvenes de Inglaterra:—

«Ah, mujer pródiga!—ella que podría
A su dulce persona poner su propio precio,
Conociendo que él no puede elegir sino pagar—
Cómo ha franqueado el paraíso!
Cómo da por nada sus dones inapreciables,
Cómo desperdicia el pan y vierte el vino
Que, gastados con la debida economía,
Habrían hecho hombres de los brutos y divinizado á los hom-
[bres!» (I)

(I) Coventry Patmore. Nunca lo leeréis con demasiada frecuencia ó cuidado; que yo sepa es el sólo poeta vivo que

66.—Basta, pues, respecto á las relaciones de los amantes; yo creo que aceptaréis lo dicho. Pero lo que dudamos con mucha frecuencia es que convenga continuar tales relaciones durante toda la vida humana. Pensamos que convienen al amante y su dama, no al esposo y su esposa. Es decir, pensamos que un reverente y tierno respeto es debido á aquella de cuya afección dudamos aún, y cuyo carácter aún no distinguimos sino parcial é indistintamente; y que esta reverencia y respeto deben cesar cuando su afección se ha hecho nuestra totalmente y sin límites, y su carácter ha sido tan probado y ensayado por nosotros, que no tememos confiarle la felicidad de nuestra vida. No véis cuán innoble es esto y cuán irracional? No sentís que el matrimonio,—cuando es propiamente matrimonio,—no es más que el sello que marca el tránsito de la devoción prometida de temporal á inextinguible, y que convierte el amor vacilante en eterno?

67.—Pero cómo, preguntaréis, es la idea de esta función directiva de la mujer reconciliable con una verdadera sujeción de esposa? Simplemente porque es una función *directiva*, no determinante. Permitidme que trate de mostraros en breves términos cómo estos poderes pueden distinguirse justamente.

siempre fortalece y purifica; los otros, algunas veces ensombrecen, y casi siempre deprimen y desalientan la imaginación, que embargan profundamente.

Somos locos, y locos sin excusa, al hablar de la «superioridad» de un sexo sobre el otro, como si pudiesen compararse cual cosas similares. Cada uno de ellos tiene lo que el otro no tiene; cada uno completa al otro, y es completado por él; no son en nada iguales, y la felicidad y perfección de ambos depende de que cada uno pida y reciba del otro lo que el otro sólo puede darle.

68.—Ahora bien, sus caracteres distintivos son, en resumen, los siguientes: El poder del hombre es activo, progresivo, defensivo. Es propiamente el actor, el creador, el descubridor, el defensor. Su intelecto está orientado hacia la especulación y la invención; su energía hacia la aventura, la guerra y la conquista, dondequiera que la guerra es justa, dondequiera que la conquista es necesaria. Pero el poder de la mujer es para el gobierno, no para la batalla,—y su inteligencia no es para la invención ó creación, sino para el buen orden, arreglo y decisión. Ve las cualidades de las cosas, sus exigencias y los lugares que deben ocupar. Su gran función es la fama; no entra en contiendas, pero adjudica infaliblemente la corona del combate. Por su misión y por su puesto, está protegida contra todo peligro y toda tentación. El hombre, en el rudo trabajo en medio del mundo, debe hacer frente á todo peligro y toda prueba;—para él, por tanto, debe ser la falta, la ofensa, el error inevitable: frecuentemente puede ser herido ó sometido; frecuentemente en-

gañado, y *siempre* endurecido. Pero guarda á la mujer de todo esto; dentro de su casa, de la casa regida por ella, á menos de que ella lo busque, no necesita entrar el peligro, ni la tentación, ni causa alguna de error ó de ofensa. Esta es la verdadera naturaleza de la casa—es el lugar de la paz; el refugio, no solamente contra todo agravio, sino contra todo error, duda y división. En tanto que esto no es así, no hay hogar; en tanto que las ansiedades de la vida exterior penetran en él, y la sociedad de alma inconsistente, anónima, sin amor, del mundo externo, es admitida por el esposo ó por la esposa tras el umbral, cesa de haber hogar; éste es entonces, solamente, una parte del mundo externo que habéis tejido y donde habéis encendido fuego. Pero en tanto que es un lugar sagrado, un templo vestal, un altar del corazón guardado por los dioses domésticos, ante los cuales nadie puede comparecer sino aquellos que pueden ser recibidos con amor,—en tanto que es esto, y el techo y el fuego son imágenes solamente de una sombra y una luz más nobles—la sombra de la roca en un campo desierto y la luz del faro en un mar tempestuoso;—en tanto merece el nombre y justifica el renombre de Hogar.

Y donde quiera que vaya una verdadera esposa, el hogar está siempre en torno suyo. Pueden lucir las estrellas sobre su cabeza; la luciérnaga en la yerba de la noche fría puede ser el único fue-

go á sus pies; pero el hogar existe donde quiera que ella está; y el hogar de una mujer noble se extiende en torno suyo, más precioso que si estuviese techado de cedro, ó pintado de bermellón, esparciendo su quieta luz á lo lejos, para aquellos que sin ella no tendrían hogar.

69.—Este, pues, creo yo que es—¿no lo admiréis vosotros?—el verdadero rango y poder de la mujer. Pero ¿no véis que para cumplir esto, debe—en cuanto podemos usar tales términos hablando de una criatura humana—ser incapaz de error? Cuanto ella rige debe ser justo ó no es nada. Debe ser paciente, incorruptiblemente buena; instintiva, infaliblemente sabia;—sabia, no para su propio provecho, sino por la renuncia de sí misma; sabia, no de modo que se haga superior á su marido, sino de modo que no pueda nunca faltar de su lado; sabia, no con la mezquindad del orgullo insolente y sin amor, sino con la nobleza apasionada del sacrificio modesto infinitamente variable por ser de utilidad infinita—la verdadera inconstancia de la mujer. En este gran sentido—«La donna è mobile», no «Qual piúm'al vento», no; ni aun «Variable como la sombra que hace el álamo temblón», sino variable como la *luz*, de múltiples y bellos matices, que puede tomar el color de todo aquello sobre lo cual cae y puede brillantarlo.

70. (II.)—He tratado, hasta aquí, de mostraros cuál será el rango y el poder de la mujer. Ahora,

en segundo lugar, preguntaremos qué género de educación conviene para este fin.

Y si realmente pensáis que es la mía una concepción verdadera de su oficio y dignidad, no será difícil trazar un plan de educación que convenga al primero, y que la eleve á la segunda.

El primero de nuestros deberes para con ella—ninguna persona inteligente duda hoy de esto—es asegurarla una educación y un ejercicio físico tales que puedan confirmar su salud, y perfeccionar su belleza; siendo inasequible el más alto refinamiento de esta belleza, sin el esplendor de la actividad y de la fuerza delicada. Perfeccionar su belleza, digo, y aumentar su poder; éste no puede ser demasiado poderoso, ni extender su luz sagrada demasiado lejos; recordad solamente que toda la libertad física es vana para producir la belleza sin una correspondiente libertad de corazón. Hay dos pasajes de un poeta que se ha distinguido, á mi parecer, de todos los otros, no por su fuerza, sino por su *veracidad* exquisita—que os mostrarán la fuente, y os describirán en pocas palabras, la perfección de la belleza femenina. Leeré las estancias de la introducción, pero la última es la única que quiero conozcáis especialmente:—

«Tres años creció al sol y á la lluvia.

Después la Naturaleza dijo: una flor más amable

En la tierra nunca se ha visto;

Esta niña quiero escoger para mí;

Será mía, y yo haré de ella
Mi dama.

»Yo misma quiero ser para mi adorada
La ley y el impulso; y conmigo
La niña, en la roca y en el llano,
En la tierra y en los cielos, en el collado y en el bosque,
Sentirá un poder vigilante
Para inflamar, ó contener.

»Las nubes flotantes la prestarán su majestad
A ella, para quien se inclina el sauce;
Ni dejará de ver,
Aun en los movimientos de la tempestad,
La gracia que moldeará la forma de la doncella
Por simpatía silenciosa.

»Y *sentimientos vitales de delicia*
Elevarán su forma á una altura augusta,—
Henchirán su pecho virginal;
Tales pensamientos quiero dar á Lucía,
Mientras ella y yo vivamos juntos
Aquí en este valle dichoso» (1).

«Sentimientos vitales de delicia», observad.
Hay sentimientos mortales de delicia; pero los naturales son vitales, necesarios para la verdadera vida.

Y deben ser sentimientos de delicia, si han de ser vitales. No penséis que podréis hacer amable una muchacha, si no la hacéis feliz. No hay una

(1) Obsérvese que es la «Naturaleza» la que habla constantemente, y la que dice, «mientras ella y yo vivamos juntos».

restricción que podáis poner á una buena naturaleza de muchacha—no hay un freno que podáis dar á sus instintos de afección ó de esfuerzo—que no queden indeleblemente escritos en su rostro, con una dureza tanto más penosa, cuanto que hace perder el brillo de la inocencia á los ojos y el encanto de la virtud á la frente.

71.—Esto por lo que hace á los medios; ahora notad el fin. Tomad del mismo poeta, en dos líneas, una descripción perfecta de la belleza femenina.—

«Una continencia en la cual se observa
Dulces recuerdos, igualmente que dulces promesas.»

La perfecta hermosura de la continencia de una mujer puede solamente consistir en esta paz majestuosa, que está fundada en el recuerdo de los años felices y útiles,—llenos de dulces reminiscencias; y de la unión de esto, con el infantilismo aún más majestuoso, que está aún lleno de cambios y de promesas;—abierto siempre, modesto á la vez que brillante, con la esperanza de hacer y de otorgar cosas mejores. No hay vejez donde persisten estas promesas.

72.—Así, pues, tenéis primero que moldear su estructura física, y después, conforme la fuerza que vaya adquiriendo os lo permita, llenar y templar su alma con los conocimientos y pensamientos que tiendan á confirmar sus instintos naturales de jus-

ticia, y á refinar su sentido natural del amor.

Todos estos conocimientos le serán dados de tal modo que sea capaz de comprender la obra de los hombres y aun de ayudar ella; pero le serán dados, no como conocimientos, no como si hubiese, ó pudiese haber para ella un objeto tal de conocimiento, sino solamente de sentimiento y de juicio. No es de importancia, como materia de valor y perfección en sí misma, que conozca muchas lenguas ó una sola; pero sí lo es que sea capaz de mostrar bondad para un extraño, y de comprender la dulzura de un idioma extranjero. No es de importancia para su propio valor ó dignidad que sea competente en esta ó aquella ciencia; pero es de la más alta que sea educada en hábitos de precisión de pensamiento; que pueda comprender el significado, la inflexibilidad y la hermosura de las leyes de la naturaleza; y seguir al menos algún sendero científico, hasta el umbral de este amargo Valle de Humillación, al cual solamente los más sabios y más bravos de los hombres pueden descender, y donde ellos mismos se reconocen como niños, que recogen guijarros en una costa sin límites. Es de poca monta que conozca la situación de muchas ciudades, ó muchas fechas de acontecimientos, ó nombres de personas célebres—no es el objeto de la educación convertir la mujer en diccionario; pero es profundamente necesario que se le enseñe á penetrar con toda su personalidad en las histo-

rias que lea; á representarse sus pasajes vivamente en su propia imaginación brillante; á sorprender, con sus finos instintos, las circunstancias patéticas y relaciones dramáticas, que el historiador frecuentemente eclipsa con su razonamiento, y diluye entre sus distinciones; es propio de ella seguir las huellas ocultas de las bondades sin recompensa divina, y sorprender, entre las sombras, los hilos fatales del brillante tejido que une la falta al castigo. Pero, sobre todo, debe enseñársela á extender los límites de su simpatía á la historia que se va haciendo mientras ella respira en paz; y á las calamidades contemporáneas, que si fuesen propiamente lamentadas por ella, no se repetirían en adelante. Es propio de ella ejercitarse en imaginar cuáles serían los efectos sobre su alma y su conducta, si diariamente presenciase los sufrimientos, que no son menos reales porque se oculten de su vista. Debe enseñársela, en cierto modo, á comprender la nada de este pequeño mundo en el cual vive y ama, en relación al mundo en el cual vive y ama Dios;—y solemnemente debe enseñársela á luchar porque sus pensamientos de piedad no se debiliten en proporción al número de personas que abrazan, ni su oración languidezca más que cuando implora el alivio momentáneo del dolor de su marido ó de su hijo, cuando implora el alivio de las multitudes, de los que no tienen quien les ame,—«de todos los desolados y oprimidos».

73.—Hasta aquí, creo yo, he obtenido vuestra aprobación; quizás no queráis convenir conmigo en lo que creo más necesario decir. *Hay* una ciencia peligrosa para las mujeres—á la cual deben guardarse de tocar con sus manos profanas:—la teología. Extraño, y lamentablemente extraño, que mientras son bastante modestas para dudar de sus facultades, y detenerse ante el umbral de las ciencias donde cada paso es demostrable y seguro, quieran sumirse temerariamente, y sin pensar en su incompetencia, en esta ciencia, ante la cual los más grandes hombres han temblado, y errado los más sabios. Extraño, que quieran, complaciente y orgullosamente, ocultar cualquier vicio ó locura que haya en ellas, cualquier arrogancia, petulancia, ó ciega incomprensión, en un amargo paquete de mirra sagrada. Extraño, en criaturas nacidas para ser Amor visible, que donde pueden conocer menos, quieran condenar primero, y piensen recomendarse ellas mismas á su Señor, arrastrándose por los peldaños de Su trono de juez, para compartirle con El. Más extraño que todo esto, que se crean conducidas por el espíritu de *El que consuela* hacia hábitos de alma que se han convertido en puros elementos de desconsuelo, y que osen convertir los Dioses familiares de la Cristiandad en feos ídolos ideados por ellas;—muñecos espirituales que visten conforme á su capricho, y de los

cuales sus maridos se alejan con tristeza por temor de que ellas griten si los rompen.

74.—Creo, pues, con esta excepción, que una educación de muchacha será, aproximadamente, en su plan y en sus materias de estudio, lo mismo que la de un muchacho; pero dirigida de un modo completamente distinto. Una mujer, en cualquier esfera de vida, debe conocer lo mismo que su marido, pero conocerlo de un modo diferente. El dominio de él será fundamental y progresivo; el de ella, general y dado en razón del uso diario y práctico. No sería frecuentemente juicioso en los hombres aprender las cosas con una especie de procedimiento femenino, para el uso presente, y buscar para la disciplina y adiestramiento de sus facultades mentales en sus estudios profesionales, la adaptación á la utilidad social; hablando en general, un hombre debe saber, cualquier lengua ó ciencia que aprenda, completamente—mientras que una mujer debe conocer la misma lengua, ó ciencia, sólo en tanto que pueda hacerla capaz de simpatizar con los placeres de su marido y los de sus mejores amigos.

75.—Sin embargo, observad, lo que sepa debe saberlo con exquisita seguridad. Hay una gran diferencia entre conocimiento elemental y conocimiento superior—entre un principio firme y un ensayo inseguro. Una mujer puede siempre ayudar á su marido con lo que sabe, aunque sea poco; con

lo que sabe mal, ó desconoce, le extraviará solamente.

Y, en verdad, si debiese haber alguna diferencia entre la educación de la muchacha y la del muchacho, yo diría que, de los dos, la muchacha debería ser primeramente dirigida, ya que su inteligencia llega más pronto á la madurez, á objetos profundos y serios: y que la categoría literaria que la conviene, no es más, sino menos frívola, calculada para añadir las cualidades de paciencia y seriedad á su natural penetración de pensamiento y á su viveza de ingenio; y también para mantenerla en una elevada y pura región del pensamiento. No entro ahora en cuestión alguna de elección de libros; solamente, tened cuidado de que sus libros no caigan amontonados sobre sus faldas, mojados aún con la reciente y brillante espuma de la fuente de la locura.

76.—Ni aun de la fuente del ingenio; porque, con respecto á la tentación de leer novelas, no hay mal en las novelas que temamos tanto como el interés excesivo que producen. La más débil novela no es tan perturbadora como las formas más bajas de la literatura religiosa exaltada, y la peor novela no corrompe tanto como la falsa historia, la falsa filosofía ó los falsos ensayos políticos. Pero la mejor novela se hace peligrosa si, por la excitación que causa, desinteresa del curso ordinario de la vida, y aumenta el anhelo morboso de in-

tervenir en escenas de las cuales nunca seremos llamados á ser actores.

77.—Hablo, por tanto, de las buenas novelas solamente; y nuestra moderna literatura es particularmente rica en modelos de ellas. Bien leídos, en realidad, estos libros tienen una seria utilidad, siendo nada menos que tratados de anatomía y de química morales; estudios de la naturaleza humana en sus elementos. Pero yo concedo poca importancia á esta función: no son nunca leídos con bastante ardor para que les sea permitido llenarla. Los más de ellos lo que hacen es acentuar algo la caridad del lector bueno ó la amargura de un lector maligno; porque cada uno se asimilará el alimento de la novela según sus propias disposiciones. Los que son naturalmente vanos y envidiosos, aprenderán de Thackeray á despreciar á la humanidad; los que son naturalmente benévolos, á tener piedad de ella; los que son naturalmente superficiales, á reirse de ella. Así, también, puede consistir la utilidad de las novelas en hacer resaltar ante nosotros, vivamente, una verdad humana que habíamos concebido antes con oscuridad; pero la tentación de lo pintoresco en la composición es tan grande, que frecuentemente los mejores autores de ficciones no pueden resistir á ella; y hacen nuestras ideas tan violentas y tan unilaterales, que su vitalidad es más bien un perjuicio que un beneficio.

78.—Pero, sin aventurarme aquí á decidir qué

novelas pueden leerse, permitidme al menos afirmar claramente esto,—que trátase de novelas ó de poesía, ó de historia, la elección debe hacerse, no porque no contengan mal, sino porque posean bien. El mal casualmente esparcido aquí ó allá, ó el mal oculto en un libro poderoso, nunca perjudica al alma de una muchacha noble; pero la vacuidad de un autor la oprime, y su amable frivolidad la degrada. Pero si puede tener acceso á una buena biblioteca de libros antiguos y clásicos, no necesita elección alguna. Separad las revistas modernas y las novelas del camino de nuestras jóvenes; dirigid sus pasos á las bibliotecas antiguas todos los días lluviosos, y dejadlas solas. Ellas encontrarán lo que les conviene; vosotros no podéis encontrarlo, porque justamente esta es la diferencia que existe entre la estructura del carácter de una muchacha y el de un muchacho—podréis dar forma al de un muchacho, como podéis dar forma á una roca, ó cincelarle, si es de buena calidad, como una pieza de bronce. Pero no podréis cincelar en modo alguno el alma de una muchacha. Ella crece como crece una flor,—se marchitará sin sol; se tronchará en su estufa, como se troncha un narciso, si no le dáis aire suficiente; puede caer, y manchar su cabeza en el lodo, si la dejáis sin ayuda en algunos momentos de su vida; pero no podréis encadenarla; debe tomar por sí misma forma bella y dirección,

si toma alguna, y en alma como en cuerpo, debe tener siempre

«Sus movimientos familiares claros y libres,
Sus pasos de virgen libertad.»

Dejadla libre en la biblioteca, os digo, como dejáis á un cervatillo en el campo. Conoce las malas yerbas veinte veces mejor que vosotros, y las buenas también, y devorará algunas amargas y espinosas, buenas, sin embargo, y que vosotros habríais despreciado.

79.—Después, en arte, presentad ante ella los modelos más bellos, y dejadla que se ejercite en la ejecución acabada y perfecta, y que logre comprender más de lo que puede realizar. He dicho los modelos más bellos, es decir, los más verdaderos, los más simples, los más útiles. Notad estos epítetos: se pueden aplicar á todas las artes. Ensayadlos en música, donde podéis pensar que son menos aplicables. Llamo la música más verdadera, aquella en la cual las notas expresan más estricta y fielmente el significado de las palabras, ó el carácter de la emoción; la más simple, aquella en la cual la significación y la melodía son obtenidas con las menos y más fundamentales notas posibles; y, finalmente, la más útil, aquella música que embelece las mejores palabras, que las hace cantar en nuestra memoria cada una con su propio sonido glorioso, y que las aplica más estrechamente al corazón en el momento en que necesitamos de ellas.

80.—Y no sólo en su materia y en su método, sino principalmente en su espíritu, dejad que la educación de las muchachas sea tan seria como la de los muchachos. Educáis vuestras hijas como si fuesen objetos para adornar vitrinas, y luego os quejáis de su frivolidad. Concededlas las mismas ventajas que concedéis á sus hermanos—apelad á los mismos grandes instintos de virtud en ellas; enseñadlas, también, que la verdad y el valor son las columnas de su sér:—¿pensáis que puedan dejar de responder á este llamamiento, valientes y verídicas como son aún hoy, cuando sabéis lo extraña que es una escuela de niñas en este reino cristiano, donde el valor y la sinceridad de las muchachas sean juzgados de la mitad de importancia que el modo de entrar por una puerta, y cuando todo el sistema de la sociedad, con respecto al modo de establecerlas en la vida, es una inmunda plaga de cobardía é impostura—cobardía, en no dejarlas vivir y amar, sino á gusto de los que les rodean; é impostura, en presentar, para satisfacer nuestro propio orgullo, todo el brillo de la peor vanidad del mundo ante sus ojos, en el preciso momento en que toda la felicidad de su existencia futura depende de que no se fascinen?

81.—Y dadles, en fin, no sólo nobles enseñanzas, sino nobles maestros. Consideráis, sin duda, antes de enviar vuestro hijo á la escuela, qué clase de hombre es el maestro;—cualquier clase

de hombre que sea, le dáis al menos plena autoridad sobre vuestro hijo, y mostráis vosotros mismos algún respeto hacia él;—si va á comer con vosotros, no le ponéis en una mesa secundaria; sabéis también que, en el colegio, el maestro inmediato de vuestro hijo está bajo la dirección de algunos maestros aún más altos, por los cuales tenéis una reverencia absoluta. No tratáis al Decano de Christ Church, ó al Rector de la Trinidad, como á inferiores vuestros.

Pero, ¿qué maestros dáis á vuestras hijas, y qué respeto mostráis por los maestros que les habéis elegido? ¿Es posible que dé mucha importancia á su conducta ó á su inteligencia una muchacha, cuando confiáis la completa formación de su carácter, moral é intelectual, á una persona á la cual dejáis que vuestros criados traten con menos respeto que á vuestra ama de llaves (como si el alma de vuestra hija fuese de menos importancia que las conservas y las especias), y á la cual vosotros mismos creéis que conferís un honor dejándola algunas veces sentarse en el salón por la noche?

82.—Así, pues, la literatura es un auxiliar, é igualmente el arte. Pero hay un auxilio más, que no puede obtener sin la ayuda de la naturaleza bella y valiente—un auxilio que, por sí solo, ha hecho algunas veces más que todas las otras influencias

juntas. Oid lo que sigue acerca de la educación de Juana de Arco:—

«La educación de esta pobre niña fué humilde, según los ideales de hoy; fué inefablemente grande conforme á uno de los ideales filosóficos más puros, no aceptado aún en nuestra época, porque es demasiado elevado para nosotros.

»Después de sus ventajas espirituales, debió mucho á las ventajas de su situación. La fuente de Domrémy estaba al borde de un inmenso bosque tan frecuentado por las hadas, que el sacerdote de la parroquia se veía obligado á decir misa allí una vez cada año, con el fin de contenerlas en límites decorosos.

»Pero los bosques de Domrémy eran la gloria de la región, porque en ellos moraban poderes misteriosos y antiguos secretos que se elevaban á la categoría de fuerzas trágicas. Había allí abadías, con ventanales, «semejantes á templos indios», que ejercían un poder soberano hasta en Turena y en las dietas germánicas. Tenían sus dulces campanas que perforaban los bosques hasta la distancia de una legua tocando á maitines ó á vísperas, y cada una de ellas tenía su leyenda de ensueño. Eran estas abadías bastante escasas, y estaban bastante distantes para no perturbar la profunda soledad de la región; pero así y todo, lograban extender un velo de santidad cristiana sobre aquel

paraje, que de otro modo hubiese parecido un desierto pagano» (I).

Ahora bien, no podéis, ciertamente, tener aquí, en Inglaterra, bosques de dieciocho millas de radio; pero podéis, quizás, disponer de un hada ó dos para vuestras hijas, si lo deseáis. Pero lo deseáis acaso? Suponed que tuviéseis cada uno, detrás de vuestras casas, un jardín, lo suficientemente grande para que vuestros hijos pudiesen jugar en él, con los prados suficientes para que pudiesen correr,—no más—y que no pudiéseis cambiar de domicilio; pero que, si quisiéseis, podríais doblar vuestra renta, ó cuadruplicarla, abriendo una mina de carbón en medio del prado, y convirtiendo los lechos de flores en montones de hulla. Haríais esto? Yo espero que no. Puedo deciros que os equivocaríaís si lo hiciéseis, aunque aumentase vuestra renta en la proporción de cuatro á sesenta.

83.—Sin embargo, esto es lo que habéis hecho con toda Inglaterra. Todo el país no es sino un pequeño jardín, no más que suficiente para que vuestros hijos corran en sus prados, si queréis dejarlos á todos correr. Y este pequeño jardín queréis convertirlo en un alto horno, y llenarlo con montones de cenizas, si podéis; y vuestros hijos, no vosotros, sufrirán por ello. Porque las hadas no serán todas

(I) «Juana de Arco: según la *Historia de Francia*, de Michelet.» Obras de De Quincey. Vol. III, pág. 217.

desterradas; hay hadas de los hornos como hay hadas de los bosques, y sus primeros dones parecen ser «las flechas agudas del poderoso»; pero sus últimos dones son «carbones de enebro».

84.—Y aun yo no puedo—aunque no hay una parte de mi tema que sienta más—hacer en esto presión sobre vosotros; porque hacemos tan poco uso del poder de la naturaleza mientras la poseemos, que difícilmente sentimos su pérdida. Justamente al otro lado del Mersey tenéis vuestro Snowdon y vuestro Menai Straits, y la poderosa roca de granito detrás de los lagos de Anglesea, espléndida con su cresta de brezos y con sus pies plantados en el mar profundo, roca que en otro tiempo se creyó sagrada—un promontorio divino mirando á occidente; el Holy Head ó Headland, que aún no podemos mirar sin temor cuando relumbra su luz roja en medio de la tempestad. Estas son las colinas y estas son las bahías y azules ensenadas que, entre los griegos, habrían sido siempre amadas y hubieran ejercido siempre influencia en el destino del alma nacional. Este Snowdon es vuestro Parnaso; pero dónde están sus Musas? Esta montaña Holy Head es vuestra isla de Egina; pero dónde está su templo de Minerva?

85.—Os leeré lo que la Minerva cristiana ha ejecutado bajo la sombra de nuestro Parnaso hasta el año 1848.—Es una pequeña relación de una escuela galesa, tomada de la página 261 del informe

sobre el País de Gales, publicado por el Comité del Consejo de Educación. Es una escuela próxima á una población de 5.000 almas:—

«Examiné una gran clase, la mayor parte de cuyos alumnos habían ido recientemente á la escuela. Tres niños declararon, repetidamente, que no habían oído nunca hablar de Cristo, y dos que no habían oído nunca hablar de Dios. Dos, entre seis, pensaban que Cristo estaba actualmente en la tierra (quizás podían haber tenido una idea peor). Tres no sabían nada sobre la crucifixión. Cuatro, entre siete, no sabían los nombres de los meses ni el número de los días de cada año. No tenían más noción de la adición sino que dos y dos son cuatro ó tres y tres seis; sus almas estaban perfectamente vacías.»

Oh, mujeres de Inglaterra!, desde la princesa de Gales á la más sencilla de vosotras, no penséis que vuestros propios hijos puedan entrar en su aprisco á descansar, mientras vaguen desperdigados por las colinas como ovejas sin pastor. Y no penséis que vuestras hijas puedan ser educadas en la realidad de su propia belleza humana, mientras los lugares agradables, que Dios hizo para sus escuelas y campos de juego, permanezcan abandonados y manchados. No podéis bautizar á vuestros hijos en vuestras pilas bautismales poco profundas, á menos que los bauticéis también en las frescas aguas que el gran Legislador hizo brotar

de las rocas de vuestros campos natales—aguas que un pagano habría adorado en su pureza, y vosotros adoráis solamente para profanarlas. No podéis conducir á vuestros hijos fielmente á aquellos estrechos altares de vuestras iglesias, cortados por el hacha, mientras los altares sombreados por el azul de los cielos—las montañas que sostienen el trono de vuestras islas,—montañas en las cuales un pagano habría visto los poderes de los cielos morando en cada pico coronado de nubes—permanecen para vosotras sin inscripción; altares construídos, no para, sino por un Dios desconocido.

86. (III.) Esto en cuanto á la naturaleza, á la enseñanza de la mujer, y á su misión familiar y á su realeza. Ahora vamos á tratar de la última, de la más grave cuestión:—Cuál es su misión de reinas con respecto al Estado?

Generalmente, vivimos bajo la impresión de que los deberes de los hombres son públicos y los de las mujeres privados. Pero esto no es así enteramente. Todo hombre tiene una obra ó deber relativo á su propio hogar y una obra ó deber público, el cual es la expansión del otro, relativo al Estado. Así también, una mujer tiene una acción ó deber relativo á su propio hogar y una acción ó deber públicos, los cuales son también la expansión de aquéllos.

Ahora bien; la acción de los hombres en su

propio hogar consiste, como se ha dicho, en asegurar su mantenimiento, su progreso y su defensa; la de la mujer en asegurar su orden, confort y encanto.

Extendamos estas funciones. El deber de los hombres, como miembros de una república, es asistir al mantenimiento, al avance, á la defensa del Estado. El deber de la mujer, como miembro de la república, es asistir á la ordenación, á la confortación y á la bella ornamentación del Estado.

Lo que el hombre es ante su propia puerta, defendiéndola, si fuese necesario, contra el agravio ó la expoliación, esto también, no en menor, sino en mayor escala de abnegación, debe ser ante la puerta de su país, dejando su hogar, si fuese necesario, al mismo ladrón, para cumplir allí su acción más obligatoria.

Y, de un modo semejante, lo que la mujer debe ser detrás de sus puertas, el centro del orden, el bálsamo de las aficciones y el espejo de la belleza, esto debe ser también fuera de sus puertas, donde el orden es más difícil, la aficción más inminente, la amabilidad más rara.

Y así como dentro del corazón humano yace siempre un instinto hacia todos estos reales deberes, —un instinto que no podéis apagar, sino solamente torcer y corromper si le apartáis de su verdadero propósito;—así como existe el instinto intenso del amor, el cual, rectamente disciplinado, mantiene

todas las santidades de la vida, y, mal dirigido, las mina; y *debe* hacer lo uno ó lo otro;—así, hay en el corazón humano un instinto inextinguible al amor del poder, el cual, rectamente dirigido, mantiene toda la majestad de la ley y de la vida, y, mal dirigido, las destruye.

87.—Profundamente arraigado en lo más interno del corazón del hombre y del corazón de la mujer; allí Dios lo ha puesto y lo ha guardado. Vanamente, falsamente, censuráis ó reprobáis el deseo de poder!—Por Dios y por el hombre, podéis desearlo. Pero *qué* poder? Esta es toda la cuestión? ¿Poder para destruir las garras de los leones y el aliento del dragón? No tal. Poder para curar, para redimir, para guiar y para guardar. El poder del cetro y del escudo; el poder de la mano real que cura tocando,—que sujeta al enemigo y desata al cautivo; el trono que está fundado en la roca de la justicia, y del cual solamente se descende por escalones de misericordia.

No codiciaríais un poder como éste, ni buscaríais un trono semejante?; ¿no preferiríais la condición de reinas á la de amas de casa?

88.—Hace mucho tiempo que las mujeres de Inglaterra se han arrogado, universalmente, un título que en otro tiempo pertenecía á la nobleza nada más; y si en un tiempo habían tenido el hábito de aceptar el sencillo título de *gentlewoman*, como correspondiente al de caballero, reclamaron

el privilegio de emplear el título de «Lady» (1), que corresponde propiamente al título de señor.

Yo no las censuro por esto, sino solamente por los mezquinos motivos que les han guiado. Yo habría deseado y reclamado para ellas el título de *Lady*, con tal que reclamasen, no meramente el título, sino el oficio y el deber que implica. *Lady* significa «la que da el pan», y *Lord* significa «el que mantiene las leyes», y ambos títulos se refieren, no á la ley que se mantiene en el hogar, ni al pan que se reparte en la casa, sino á la ley mantenida para la multitud, y al pan que se parte entre la multitud. Así, pues, un señor puede reclamar legalmente este título en tanto que es el mantenedor de la justicia del Señor de los señores; y una señorita puede reclamar legalmente este título sólo en tanto que comunica un auxilio á los pobres que representan á su Señor, como las mujeres que una

(1) Deseo que haya una verdadera orden de caballería instituída por nuestras jóvenes inglesas de cierto rango, en la cual puedan ser admitidos, tanto los muchachos como las muchachas, á una edad dada, siendo su caballerosidad y su dignidad de damas su título único, asequible solamente por medio de ciertas pruebas y ensayos acerca del carácter tanto como del talento, y de donde puedan ser expulsados por la convicción adquirida por sus iguales de algún acto deshonoroso. Tal institución sería enteramente posible, y con toda clase de nobles resultados, en una nación que amase el honor. Que no sea posible entre nosotros, no dice nada en descrédito del proyecto.

vez Le socorrieron con sus bienes, y Él las permitió que le socorrieran; y así será reconocida, como Él lo fué, por repartir el pan.

89.—Y este dominio benéfico y legal, este poder del Dominus, ó Señor del hogar, y de la Domina, ó Señora de la casa, es grande y venerable, no por el número de sus ascendientes, sino por el número de los que caen bajo su poder; es siempre mirado con reverente admiración donde quiera que su dinastía se funda en el deber, y su ambición en la beneficencia. Vuestra fantasía se complace en pensar en ser nobles señoritas, con un tren de vasallos. Sea; nunca seréis bastante nobles, ni vuestro tren será demasiado grande; pero tratad de que vuestro tren sea de vasallos que sirváis y alimentéis, no meramente de esclavos que os sirvan y alimenten; y que la multitud que os obedece sea de aquellos que habéis confortado, no oprimido,—que habéis redimido, no dejado en la cautividad.

90.—Y esto, que es verdad del dominio más bajo ó familiar, es igualmente verdad del dominio de las reinas; que la dignidad más alta os será ofrecida, si queréis también aceptar este deber más alto. Rex et Regina—Rey y Reina—«Realizadores de la Justicia»; no difieren de la Señora y del Señor, sino en que su poder es supremo sobre el alma como sobre el cuerpo,—en que no solamente alimentan y visten, sino que dirigen y enseñan. Conscientemente ó no, habréis de entronizaros en

muchos corazones: no podréis rechazar esta corona; debéis ser siempre reinas: reinas para vuestros amantes; reinas para vuestros maridos y vuestros hijos; reinas del más alto misterio para la gente extraña, que se inclina, y se inclinará siempre, ante la corona de mirto y el cetro immaculado de la mujer del hogar. Pero, ¡ah!, sois con frecuencia reinas vanas y descuidadas; empleáis la majestad en cosas fútiles, mientras abdicáis de ella en las más grandes, y dejáis que el desorden y la violencia produzcan su acción entre los hombres, por menosprecio del poder que habéis recibido del Príncipe de toda Paz, del poder que las malvadas de entre vosotras venden y las buenas olvidan.

91.—«Príncipe de Paz.» Nótese este nombre. Cuando los reyes gobiernan en él, y los nobles, y los jueces de la tierra, también en su grado y medida mortales, reciben su poder. No hay otros gobernantes que ellos; otro gobierno que el suyo no es sino desgobierno; aquellos que gobiernan verdaderamente «*Dei Gratiâ*» son todos príncipes, sí, ó princesas de Paz. No hay una guerra en el mundo, ni una injusticia, sino aquellas de las cuales vosotras, mujeres, sois responsables; no porque las hayáis provocado, sino porque las habéis consentido. Los hombres, por su naturaleza, son inclinados al combate; luchan por una causa, ó por ninguna. Es papel vuestro elegir la causa para ellos, é impedirles que luchen cuando no tienen

causa. No hay sufrimiento, ni injusticia, ni miseria en la tierra, cuya culpa no caiga sobre vosotras. Los hombres pueden soportar su vista, pero vosotras no debéis ser capaces de soportarla. Los hombres pueden hollarlas, indiferentes en los combates, porque los hombres son débiles en simpatía y pobres en esperanza; sois vosotras solamente las que podéis sentir la profundidad de la pena y concebir el modo de curarla. En vez de tratar de hacer esto, os alejáis de ello; os encerráis dentro de los muros de vuestros parques y tras las puertas de vuestros jardines, y estáis contentas sabiendo que fuera hay todo un mundo desierto—un mundo de sufrimientos en los cuales no osáis penetrar, y de sufrimientos que no osáis concebir.

92.—Os digo que este es para mí absolutamente el más extraño entre todos los fenómenos de la humanidad. No me sorprendo ante los abismos á los cuales, una vez que se ha torcido en su honor, la humanidad puede descender. No me maravillo de la muerte del miserable, cuyas manos, cuando se relajan, llueven oro. No me maravilla la vida sensual con la mortaja rodeando sus pies. Ni el asesinato de una sola víctima en las sombras del camino de hierro ó entre los cañaverales del pantano. Ni el asesinato de millares de víctimas en las multitudes, hecho jactanciosamente á la luz del día, por el frenesí de las naciones; ni los inmensurables, inconcebibles delitos amontonados desde los in-

fiernos hasta los cielos por los sacerdotes y los reyes. Pero esto sí es maravilloso para mí—oh, cuán maravilloso!,—ver la tierna y delicada mujer con su hijo al pecho, y con un poder verdadero, si quiere aplicarle, sobre el niño y sobre el padre; más pura que el aire del cielo y más fuerte que los mares de la tierra,—y aún más: con un caudal de encanto que su marido no cedería á cambio de toda la tierra, aunque toda ella fuese una piedra preciosa:—verla abdicar su majestad por jugar á la prioridad con su vecina de al lado!

Esto es maravilloso—oh, cuán maravilloso!—verla, plena de inocentes y frescos sentimientos, ir por la mañana á su jardín á jugar con sus sembrados de flores cuidadas, y levantar sus cabezas cuando están caídas, con una feliz sonrisa en la boca, y una frente sin nubes, porque hay un pequeño muro en torno de su mansión de paz; y, sin embargo, en su corazón, si quisiera mirarle, encontraría que, fuera de este pequeño muro cubierto de rosas, la yerba brava, en el horizonte, es destrozada por la agonía de los hombres, y arrollada por el torrente de su sangre.

93.—¿Habéis considerado alguna vez qué profundamente bajo significado encierra, ó al menos podría leerse, si lo preferís, en nuestra costumbre de arrojar flores delante de aquellos que creemos más felices? Suponéis que sea meramente para engañarlos con la esperanza de que la felicidad caerá

siempre como llovida á sus pies?—que, por donde quiera que pasen, pisarán yerbas de olores frescos, y que el suelo rugoso se allanará para ellos con alfombras de rosas? Tan seguramente como crean esto, tendrán, en cambio, que caminar sobre yerbas amargas y sobre espinas; y la única blandura para sus pies será la de la nieve. Pero no es esto lo que se pretende hacerles creer; hay un significado más alto de esta vieja costumbre. La senda de una mujer buena está verdaderamente sembrada de flores; porque las flores nacen detrás de sus pasos, no delante de ellos. «Sus pies han tocado la pradera, y la han poblado de margaritas rosadas.»

94.—Creéis que esto es una fantasía de amante; —una fantasía loca y vana! Y si fuese verdadera? También pensaréis que es quizás una fantasía de poeta que

Hasta la brillante campanilla levanta su cabeza
inclinada ante su aéreo paso.»

Pero es poco decir de una mujer que no hace destrozos por donde pasa. Debe hacer revivir; las campanillas deben florecer, no inclinarse á su paso. Creéis que me he precipitado en una hipérbole extravagante! Perdonadme, no es así;—yo me expreso como un inglés tranquilo, resuelto á decir la verdad. Habréis oído decir (y yo creo que hay algo más que fantasía en este dicho, pero admitámoslo como un dicho fantástico) que las flores solamente

florece en los jardines de quien las ama. Comprendo que os gustase que esto fuera verdad; os consideraríais agradablemente dotados de un poder mágico si pudiéseis hacer brotar vuestras flores en una brillante floración, mirándolas con cariño; y más, si vuestras miradas tuviesen el poder, no sólo de animarlas, sino de conservarlas;—si pudiéseis alejar al pulgón y contener la oruga;—si pudiéseis conseguir que cayese la lluvia sobre ellas en la sequía, y decir al viento Sur en las heladas:—«Ve tú, Sur, y sopla sobre mi jardín, para que sus semillas puedan brotar.» Pensaréis que esto es una gran cosa. ¿Y no pensáis que es una gran cosa que todo esto (y mucho más que esto) *podáis* hacerlo por flores más hermosas—flores que os bendecirían por haberlas bendito y os amarían por haberlas amado; flores que tienen pensamientos como vosotras y vidas como las vuestras, y que, una vez salvadas, os salvarían para siempre? Es este un poder despreciable? Porque entre los campos pantanosos y las rocas,—y aun más en las sombras de las calles terribles,—estas débiles flores yacen con todas sus frescas hojas rasgadas y sus tallos rotos: ¿no descenderéis nunca hasta ellas, ni las pondréis en orden en sus pequeños lechos fragantes, ni las defenderéis en su temblor contra el viento furioso? Se sucederá una mañana á otra mañana para vosotros, pero no para ellas; y la aurora se levantará para velar, desde lejos, la frenética

Danza de la Muerte (1); pero la aurora no se elevará para soplar sobre estos oteios vivos de violeta silvestre y madreselva y rosa; ni para llamar á vuestra ventana—para llamaros (no dándoos el nombre de la dama del poeta inglés, sino el nombre de la gran Matilde de Dante, que á orillas del feliz Leteo entretejía flores), diciendo:—

«Ven al jardín Maud,
Porque el negro murciélago de la noche, ha huído,
Y el aroma de la madreselva flota á lo lejos
Y el perfume de las rosas se difunde?»

No queréis descender hacia ellas? Hacia estos delicados séres vivos, cuyo juvenil valor, brotado de la tierra, tiene el profundo color de los cielos, crece con el poder de las torres hermosas, y cuya pureza, limpia de polvo, se abre, brote tras brote, en flores de promesa;—y aun se vuelven á vosotras, y para vosotras «la alondra cuchichea—escucho, escucho! Y suspira el lirio—espero.»

95.—Os notifico que he omitido dos líneas cuando os he leído esta primera estancia; pensáis acaso que las había olvidado? Oidlas ahora:—

«Ven al jardín Maud,
Porque el negro murciélago de la noche, ha huído;
Ven al jardín Maud,
Yo estoy aquí, en la puerta, solo.»

¿Quién es, pensaréis, el que permanece en la

(1) Véase la nota de la página 87.

puerta de este grato jardín esperándoos? ¿No habéis oído nunca, no de una Maud, sino de una Magdalena, que descendió á su jardín al amanecer y encontró Uno que esperaba á la puerta, y supuso que era el jardinero? No le habéis buscado con frecuencia;—buscado en vano durante toda la noche—buscado en vano á la puerta de este viejo jardín donde está plantada la espada de fuego? Nunca está allí, sino que está esperando á la puerta de *este* otro jardín—esperando á tomar vuestra mano—dispuesto á bajar á ver los frutos del valle, á ver si la viña ha florecido y si el granado ha echado brotes. Allí veréis con El los pequeños zarcillos de las vides que su mano ha guiado,—allí veréis brotar el granado donde su mano ha sembrado el fruto de color de sangre;—más aún: veréis los ejércitos de ángeles guardianes que, con sus alas, rechazan los pájaros voraces del surco donde El ha depositado la semilla, y se llaman los unos á los otros entre las filas de la viña. «Ataquemos á las zorras, las pequeñas zorras que despojan las viñas porque nuestras viñas tienen tiernos racimos.» Oh, —vosotras, reinas—reinas!, entre las colinas y los tranquilos y verdes bosques de vuestros campos, las zorras tendrán madrigueras y los pájaros del aire tendrán nidos; y en vuestras ciudades las piedras gritarán contra vosotras, que ellas son las únicas almohadas donde el Hijo del Hombre puede reposar su cabeza?

LECCIÓN TERCERA

EL MISTERIO DE LA VIDA Y SUS ARTES

LECCIÓN DADA EN EL TEATRO DEL ROYAL COLLEGE
OF SCIENCE, DUBLIN, 1868

96.—Cuando acepté el privilegio de dirigirme á vosotros hoy, no tuve en cuenta la restricción impuesta con respecto á los asuntos de discusión que pueden ser traídos ante esta sociedad (1)—una restricción que, aunque enteramente sabia y justa bajo las circunstancias tenidas en cuenta en su introducción, me habría imposibilitado necesariamente, pensando como pienso, para preparar para vosotros alguna lección sobre el arte en una forma que pueda ser permanentemente útil. Perdonadme, por tanto, en cuanto deba transgredir tal limitación, porque verdaderamente mi infracción será de la le-

(1) Que no se debe hacer referencia á cuestiones religiosas.

tra—no del espíritu—de vuestro precepto. En lo que quiera que yo pueda decir tocante á la religión, que ha sido el fundamento del arte, ó á la política, que ha contribuído á su poder, si ofendo á alguno, ofenderé á todos, porque no tomo nota de ninguna separación de credos ó antagonismos de partido; ni temo, en último término, ofender á nadie por probar—ó al menos establecer como capaz de prueba positiva—la conexión de todo lo que es mejor en el trabajo y las artes del hombre, con la simplicidad de su fe y la sinceridad de su patriotismo.

97.—Pero os hablo con otra desventaja, que limita mi franqueza de expresión, no aquí solamente, sino en todas partes: depende, en primer término, de que no estoy nunca plenamente convencido de hasta qué punto mi auditorio se halla dispuesto á concederme crédito por lo que se refiere al conocimiento real de mi asunto, ó de hasta qué punto me conceda atención sólo porque he adquirido fama de expositor ingenioso y agradable. Porque he tenido lo que, en muchos respectos, me atrevería á llamar la desgracia, de combinar mis palabras algunas veces bellamente, no sin sentir una loca vanidad por la pobre destreza que tenía para hacerlo, hasta que fuí duramente castigado por este orgullo, encontrando que muchas gentes piensan solamente con palabras, y no se cuidan nada de su significación. Por fortuna, sin embargo, el poder de usar un lenguaje tan agradable—si en realidad

lo he poseído alguna vez—se ha alejado de mí; y cualquier cosa que haya de decir ahora, me veo forzado á decirla con gran llaneza. Porque mis pensamientos han cambiado también como mis palabras; y mientras en mi vida primitiva, la poca influencia que yo tenía era debida, quizás principalmente, al entusiasmo con el cual podía elevarme hasta la belleza de las nubes y de sus colores celestiales, así toda la influencia que ahora deseo conseguir, debe fundarse en el vigor con el cual intento determinar la forma y belleza de otro género de nubes que aquéllas; de la nube luminosa de la cual se ha escrito: —«Qué es tu vida? Es como un vapor que aparece un instante, y luego se desvanece á lo lejos.»

98.—Supongo que pocas gentes alcanzan la mitad ó un período más avanzado de su vida, sin haber, en algún momento de trastorno ó de desilusión, sentido la verdad de estas amargas palabras, y sin haberse conmovido por la desaparición del brillo del sol en las nubes de su vida, al sentir la repentina agonía del conocimiento, cuya fábrica era tan frágil como un sueño, y del sentimiento, tan pasajero como el rocío. Pero no sucede siempre que, aun en estos momentos de sorpresa melancólica, podamos alcanzar una verdadera percepción de que esta vida humana participa en su naturaleza, no solamente de la facultad de desvanecerse, sino del misterio de la nube; que sus aveni-

das están henchidas de sombras, y sus pequeños caminos son no menos fantásticos, espectrales y oscuros; así es que, no sólo por la vanidad que no podemos realizar, sino por la sombra que no podemos disipar, es cierto que en esta triste vida nuestra, «el hombre camina en medio de una sombra vana, y en vano se inquieta».

99.—Y, en fin de cuenta, cualquiera que haya sido el ansia de nuestras pasiones, ó la altura de nuestro orgullo, somos capaces de comprender en su profundidad el tercero y más solemne carácter en el cual nuestra vida es semejante á estas nubes del cielo; que de él reciben, no solamente su transcendencia, ni solamente su misterio, sino también su poder; que en la nube del alma humana hay un fuego más fuerte que el relámpago, y una gracia más preciosa que la lluvia; y que, aunque del bueno y del malo pueda algún día decirse, igualmente, que ellos solos conocerán su situación, hay una distancia infinita entre aquellos cuya breve presencia en la tierra ha sido una bendición, los semejantes á la niebla del Eden que descendía para regar el jardín, y aquellos que solamente han sido como un torbellino y una sombra cambiante, de los cuales la sentencia celeste dice, que son «fuentes sin agua; nubes que llevan consigo la tempestad, á las cuales la niebla y la obscuridad les están reservadas para siempre».

100.—Sin embargo, á aquellos de nosotros que

han vivido bastante tiempo para formarse alguna opinión precisa del valor de los cambios que, hora tras hora, en acelerada catástrofe, están manifestándose en las leyes, las artes y las creencias de los hombres, me parece que, ahora al menos, ya que no en tiempos anteriores, se les presentarán, con absoluta tristeza y severidad, los pensamientos de la verdadera naturaleza de nuestra vida, y de sus poderes y responsabilidades. Y aunque yo sé que este sentimiento es mucho más profundo en mi propia alma por el desengaño que, por acaso, ha acompañado al mayor número de mis más preciados propósitos, no desconfío, sin embargo, del sentimiento mismo, aunque viva en guardia contra su exageración, no; creo más bien que en períodos de nuevo esfuerzo y de cambio violento, el desengaño es una saludable medicina; y que, en su secreto, como en la media luz tan amada por Ticiano, podemos ver los colores de las cosas con más profunda verdad que en la más fascinadora mañana. Y porque estas verdades acerca de las obras de los hombres, que deseo hoy presentar ante vosotros, son las más de ellas tristes, aunque al mismo tiempo útiles; y porque también creo que vuestros buenos corazones irlandeses responderán más alegremente á la verdadera expresión de un sentimiento personal, que á la exposición de un principio abstracto, me permitiré hablar tan sin reserva de mis propias causas de pesar, que pueda ponerlos en disposición de apre-

ciar justamente lo que, según vuestras simpatías, podríais llamar las amarguras, ó la profundidad, de un alma que ha fracasado en sus esperanzas mejores, y ha sido vencida en sus proyectos favoritos.

101.—Yo he gastado los diez años más vigorosos de mi vida (desde los veinte á los treinta) en el intento de mostrar la excelencia del trabajo del hombre que yo creía, y creía con razón, el pintor más grande de Inglaterra después de Reynolds. Tenía yo entonces completa fe en el poder de toda gran realidad de belleza para prevalecer al fin y ocupar el lugar que le corresponde en la utilidad y el honor; y me esforzaba por colocar la obra en su lugar debido, mientras el pintor estaba aún vivo. Pero él conocía mejor que yo la inutilidad de hablar sobre lo que la gente no podía ver por sí misma. Siempre me descorazonaba desdeñosamente, aun cuando me estaba agradecido—y murió antes de que el efecto superficial de mi trabajo fuese visible. Yo seguí pensando, sin embargo, que podía, al menos, ser útil para el público, ya que no para él, probando su valor. Mis libros tratan de discurrir sobre esto un poco. La estimación de los cuadros modernos, generalmente, se ha elevado, y comenzaba yo á sentir cierto placer pensando en conseguir una victoria gradual, cuando, afortunada ó infortunadamente, la oportunidad de una comprobación irrefutable me desengañó para siempre. El Consejo de la National Gallery me comisionó para

ordenar los dibujos de Turner, y me permitió preparar trescientos modelos de sus estudios de la naturaleza para la Exposición de Kensington. En Kensington estuvieron, y están, colocados para la Exposición; no están exhibidos, porque la habitación en que están colgados se halla siempre vacía.

102.—Ahora bien—esto me demostró de una vez para siempre que aquellos diez años de mi vida, en su principal propósito; los había perdido. No me preocupó mucho; habría, al menos, aprendido completamente mi oficio, y sería capaz, suporía apasionadamente, después de una lección semejante, de emplear mis conocimientos con mejor resultado. Pero lo que me preocupó—horriblemente—fué descubrir que la Providencia puede consentir que el genio más espléndido de las artes trabaje y perezca inútilmente; que en cada una de sus delicadezas puede haber algo que le haga invisible á los ojos ordinarios; pero que, con su excelencia extraña, pueden estar mezcladas faltas, tan funestas como vanas son sus virtudes; que su gloria perecedera é invisible, y que sus dotes y su gracia pueden ser para nosotros como nieve en verano y como lluvia en Agosto.

103.—Este fué el primer misterio de la vida para mí. Pero, mientras aplicaba mis mejores energías al estudio de la pintura, aplicaba también un esfuerzo colateral, más prudente cuanto menos entusiasta, al estudio de la arquitectura; y en esto no

podía quejarme de no contar con simpatías. Entre las varias razones personales que fueron causa de que yo desease dar esta lección acerca del arte, aquí, en Irlanda, una de las principales era que, mientras explicase, permanecería cerca del hermoso edificio,—la escuela de ingenieros de vuestro colegio—que ha sido la realización primera que he tenido el goce de ver, de los principios que había yo hasta entonces intentado propagar!, pero que, ¡ay!, no es ahora sino el rico monumento de una de las almas de más valor entre todas las que en el mundo se han entregado á las artes, de uno de mis más verdaderos y más amados amigos, Benjamín Woodward. Y no fué solamente aquí en Irlanda donde recibí el auxilio de la simpatía y del genio irlandeses. Cuando á otro amigo, Sir Thomas Deane, con Mr. Woodward, le fué encomendada la construcción del museo en Oxford, los mejores detalles de la obra fueron ejecutados por escultores que habían nacido y habían sido educados aquí; y la primera ventana de la fachada del edificio, tras la cual se inauguró el estudio de la ciencia natural en Inglaterra, en estrecha alianza con la literatura, fué esculpida, según un dibujo mío, por un escultor irlandés.

104.—Puedo tal vez pensar que ningún hombre debe hablar de desengaño, si en cualquier rama del trabajo ha alcanzado tantos éxitos. Si Mr. Woodward estuviese ante mí, no hablaría yo de este

modo; pero su noble y apasionado espíritu se precipitó en la realización de sus propósitos, y el trabajo que hicimos juntos ha sido en vano. Puede no serlo en lo futuro; pero la arquitectura que entonces intentamos introducir es inconsistente, como el atolondrado lujo, el mecanismo deformador y la escuálida miseria de las ciudades modernas. Entre las formas hoy de moda, ayudadas, especialmente en Inglaterra, por el sentimiento eclesiástico, obtuvo verdadera notoriedad; y algunas veces, en el horno de una máquina ó en el muro de un ferrocarril, podéis descubrir la patética discordancia de su gracia fugitiva, y, si os fijáis, adivinar una flor tallada entre manchas de hollín. Siento atacar á una escuela que he amado. He percibido que este nuevo esfuerzo mío lo he gastado también en vano; y desde el centro de las calles de hierro y de los palacios de cristal, he retrocedido, por último, al dibujo de la montaña y al color de la flor.

105.—Y aún podría yo hablar de nuevas equivocaciones, de tropiezos repetidos conforme los años han ido pasando; pero he abusado bastante de vuestra paciencia para mostraros, en parte, las causas de mi descorazonamiento. Ahora, permitidme que os cuente de un modo más reflexivo sus resultados. Sabéis que hay una tendencia en las almas de muchos hombres, cuando están tristemente desengañados de los varios propósitos de su vida, á sentir, y á declarar, quizás á modo de amonestación, qui-

zás á modo de burla, que la vida misma es una vanidad. Porque están desengañados, piensan que su naturaleza es siempre el desengaño ó, al menos, un placer que no puede ser obtenido más que por medio de la imaginación; que su nube no tiene fuerza ni fuego dentro, sino que es solamente una nube pintada, para distraerse con ella, aunque despreciándola. Sabéis cuán bellamente ha expresado Pope esta fase particular del pensamiento:—

«Mientras la idea dora, con varios brillos,
Estas nubes pintadas que embellecen nuestros días,
Cada carencia de felicidad es suplida por la esperanza,
Y cada vacuidad de sentido por la vanidad.
La esperanza construye, tan fuertemente como el conoci-
[miento pueda destruir,
En la copa de la locura, el rayo de la alegría.
Un placer pasa, otro nos llega,
Y ninguna vanidad es dada en vano.»

Pero el efecto de la equivocación sobre mi propia alma ha sido precisamente el contrario. Lo que más desengaña mi vida se convierte para mí en lo más solemne y maravilloso. Parece, en contra de la expresión de Pope, que su vanidad es verdaderamente dada en vano; pero que hay algo dentro de su velo que no es vanidad. Así ha sido para mí, no una nube pintada, sino una nube terrible é impenetrable; no un espejismo que se desvanecía conforme me acercaba, sino un pilar de sombra al cual me estaba vedado acercarme. Porque yo veía que

mi propio error, y mis éxitos en cosas pequeñas, como en este pobre triunfo que me parecía peor que el error, venían de la carencia de esfuerzo suficientemente serio para comprender la ley total y el significado de la vida, y para dirigirla al fin noble y justo; como, por otra parte, veía cada vez más claramente, que todo éxito duradero en las artes, ó en cualquier otra actividad, proviene de la dirección de los propósitos más humildes, no por el convencimiento de su humildad, sino por la fe solemne que la naturaleza humana tiene en su poder de avanzar, ó en la promesa, aunque oscuramente comprendida, de que su parte mortal será algún día absorbida en la inmortalidad; y veía que, verdaderamente, las artes mismas nunca han alcanzado vitalidad ni honor, sino del esfuerzo para proclamar su inmortalidad, y del servicio, sea de la religión grande y justa, sea del patriotismo desinteresado y de la ley de la vida nacional que debe ser el fundamento de la religión.

106.—Nada que yo haya dicho nunca es más verdadero ó necesario—nada ha sido peor comprendido ó aplicado—que mi segura afirmación de que las artes no pueden, en modo alguno, ser justas, á menos que su motivo sea justo. Es mal comprendido este extremo: pintores medianos, que nunca han aprendido su oficio y que no saben trazar bien una línea, se me acercan continuamente, exclamando:—«Mirad esta pintura mía; *debe* ser buena, por-

que he elegido un asunto amable. He puesto todo mi corazón en ella y me he tomado años para pensar en el modo de tratarla.» Y bien; la única respuesta para estas gentes sería—si tuviese uno la crueldad de darla:—«Señor, no podréis pensar sobre cosa alguna en cualquier número de años,—si no tenéis cabeza para hacerlo, y aunque tengáis asuntos delicados, bastante poderosos para hacer que os queméis á fuego lento, si primero no habéis aprendido á pintar, no podréis hacer un cuadro ni de media pulgada de magnitud; no tenéis las manos dispuestas para ello.»

Pero, más decididamente, tenemos que decir á al hombre que conoce su oficio, ó puede conocerle si quiere:—«Señor, tenéis este don y un poder con él; ved de servir á vuestra nación fielmente. Es un poder más grande que el de la marina y el ejército: podríais dejar naufragar los barcos, si fuéseis su capitán, con menos perjuicio para vuestro pueblo que si dejáis naufragar vuestro propio poder glorioso y servís al diablo con él en vez de servir á los hombres. Barcos y ejércitos podéis reemplazarlos si se pierden; pero una gran inteligencia, una vez herida, es una maldición eterna para la tierra.»

107.—Esto es, pues, lo que pretendo expresar al decir que las artes deben tener nobles motivos. Y añadido que nunca han prosperado, ni podido prosperar, sino cuando han tenido tales propósitos ver-

daderos, y cuando se han consagrado á la proclamación de la verdad divina ó de la ley. Y aun afirmo también que se ha errado siempre al hacer esta afirmación—que la poesía, la escultura y la pintura, aunque solamente grandes cuando tratan de enseñarnos algo sobre los dioses, nunca nos han enseñado cosa alguna digna de confianza sobre ellos, sino que se han consagrado siempre á revelar su decadencia, y, con su gran poder, se han convertido en ministros del orgullo y de la codicia. Y lamento también, con creciente extrañeza, nuestra invencible apatía y la de los oyentes, no menos que la de los maestros; y que mientras la sabiduría y rectitud de todo acto y todo arte en la vida puede consistir solamente en una recta inteligencia de sus fines, estemos todos sumidos como en un lánguido ensueño—nuestros corazones embotados, y nuestros ojos adormecidos, y nuestros oídos tapados, como si temiéramos que la inspiración de la mano ó de la voz pueda alcanzarnos—como si temiéramos ver con nuestros ojos, y comprender con nuestros corazones, y ser curados.

108.—Esta intensa apatía nuestra es el primer gran misterio de la vida; se encuentra en el camino de toda percepción, de toda virtud. No sentimos una admiración bastante. Que las ocupaciones ó pasatiempos de la vida no tengan motivo, es comprensible; pero—que la vida misma no lo tenga—que ninguno de nosotros se cuide de encontrar lo

que puede guiarle ó lo que puede librarle de ser privado para siempre de ella—es verdaderamente un misterio. Porque suponed que yo fuese capaz de llamar en este momento á alguno por su nombre, y decirle que sé positivamente que una gran propiedad le ha sido legada recientemente en ciertas extrañas condiciones; pero que, aunque sé que es grande, no sé lo grande que es, ni dónde está—si en las Indias orientales ó en el Occidente, ó en Inglaterra, ó en los antípodas. Sé solamente que es una gran propiedad, y que hay probabilidades de que la pierda por completo si no encuentra pronto en qué términos le ha sido legada. Suponed que yo fuese capaz de decir esto positivamente á un hombre determinado, y que él supiese que yo no hablaba sin justificación; ¿pensáis que se quedaría contento con este conocimiento vago, si fuese, en modo alguno, posible obtener otro más preciso? ¿No aplicaría todas sus energías á encontrar alguna huella de los hechos, sin descansar hasta haberse asegurado de dónde estaba la propiedad y en qué consistía? Y suponed que el heredero fuese un joven, y que todo lo que pudiese descubrir con su mejor esfuerzo fuese que la propiedad no sería nunca completamente suya, á menos que perseverase, durante ciertos años de prueba, en una vida ordenada é industriosa; pero que, según la rectitud de su conducta fuese mayor ó menor, la porción del capital asignado sería más ó menos grande, de tal modo

que dependiese de su comportamiento diario obtener diez mil ó treinta mil por año, ó lo que quiera que fuese—¿no creeríais extraño que el joven no se molestase nunca en satisfacer estas condiciones de algún modo, ni aun supiese cuáles son, y que viviese á su antojo, y nunca inquiriese si las probabilidades de aumentar su fortuna aumentaban ó disminuían? Pues bien; ya sabéis que esto sucede actual y literalmente así con el mayor número de las personas educadas que viven en los países cristianos. Casi todos los hombres y las mujeres de una sociedad como esta, exteriormente pretenden creer—y un gran número incuestionablemente se figuran que creen—mucho más que esto; no solamente que una fortuna absolutamente ilimitada será en el porvenir para ellos si complacen al Propietario, sino que lo absolutamente contrario de tal posesión—un estado de perpetua miseria—está reservado para ellos si desagradan á este gran Dueño del Campo, á este gran Dueño de los Cielos. Y, sin embargo, no hay una entre mil de estas almas humanas que se cuide de pensar, durante diez minutos al día, dónde está esta propiedad ó cuán bella es, ó qué genero de vida deberá adoptar en ella, ó qué género de vida deberá conducirle á obtenerla.

109.—Imaginaréis cuidaros de saber esto; tan poco os cuidáis que, probablemente, en este momento, muchos de vosotros, estáis disgustados conmigo porque os hablo de esta materia! Ha-

béis venido á oír hablar del arte de este mundo, no de la vida futura, y estáis irritados contra mí porque os hablo de lo que podéis oír cualquier domingo en la iglesia. Pero no temáis. Quiero hablaros algo, antes de que os vayáis, acerca de pintura, y escultura, y cerámica, y de las otras cosas de todas las cuales os gusta más oír hablar que del otro mundo. Pero, quizás digáis: «Deseamos que nos habléis de pintura y cerámica, porque estamos seguros de que sabéis algo acerca de ellas, y no sabéis nada acerca del otro mundo.» Y es verdad que nada sé. Esto es completamente cierto. Pero lo verdaderamente extraño y misterioso, de lo cual os invito á daros cuenta, estriba precisamente en mi ignorancia y en la vuestra también. Podrías responder sin vacilar á cualquier cuestión atrevida acerca del otro mundo? Estáis seguros de que hay un cielo? Seguros de que hay un infierno? Seguros de que los hombres que caen ante vosotros sobre el pavimento de las calles están destinados al fuego eterno, ó seguros de que no lo están? Seguros de que á vuestra propia muerte seréis libertados de toda pena, dotados de toda virtud, obsequiados con toda felicidad y llevados á la perpetua presencia del Rey, comparados con el cual todos los reyes de la tierra son como insectos, y las naciones como el polvo de sus pies? Estáis seguros de esto? ó, si no estáis seguros, ¿hacéis algún esfuerzo por estarlo?; y si no lo hacéis, ¿cómo puede cualquier cosa que

hagamos ser justa, cómo puede cualquier cosa que pensemos ser sabia, qué honor puede haber en las artes que nos complacen, ó qué provecho en la posesión de esta complacencia?

No es este un misterio de la vida?

110.—Pero, además, podéis tal vez pensar que es una regla benéfica, para la generalidad de los hombres, que no se detengan, con firmeza y ansiedad, en tales cuestiones acerca de lo futuro, porque no podríamos llevar á cabo los negocios del día si este género de pensamiento se apoderase de nosotros desde por la mañana. Sea; pero, al menos, podemos anticipar que el más grande y más sabio de todos nosotros, el señalado inequívocamente como el maestro de los demás, deberá ser colocado aparte para buscar lo que pueda ser seguramente conocido acerca de los destinos futuros de su raza; y para que lo enseñe, no de una manera retórica ó ambigua, sino con las palabras más llanas, más severas y más serias.

Ahora bien, los hombres de más alta representación, que han intentado, durante la era cristiana, explorar estas cosas profundas y referirlas, son Dante y Milton. No hay ninguno que, por la vehemencia del pensamiento, por la maestría de la palabra, pueda ser clasificado entre ellos. No hablo ahora, notadlo bien, de personas puestas aparte en cualquier oficio de sacerdote ó de pastor para darnos credos ó doctrinas, sino de los hom-

bres que tratan de descubrir y explicar, en cuanto le es posible á un humano intelecto, los hechos del otro mundo. Los teólogos pueden, quizás, enseñarnos cómo se llega al cielo; pero solamente estos poetas han tratado resueltamente de descubrir ó de explicar, en claras palabras, lo que veremos y lo que seremos allí; ó cómo estos mundos más altos y más bajos son y han sido habitados.

III.—Y qué nos han dicho? La relación que hace Milton del más importante acontecimiento de su total sistema del universo, la caída de los ángeles, es evidentemente increíble por sí misma; y, además, está totalmente fundada, y en gran parte despojada y degradada, en la narración de Hesiodo de la guerra decisiva de los dioses primitivos con los Titanes. El resto de su poema es un drama pintoresco, en el cual todo artificio de invención está visible y conscientemente empleado; no siendo un solo hecho, ni por un instante, concebido como afirmable con fe viva. La concepción de Dante es mucho más intensa, y por esto, hasta ahora, nadie puede emanciparse de ella; es, en realidad, una visión no más, y una de las visiones que más impetuosamente se han apoderado de un alma; un sueño en el cual cada uno de los tipos grotescos ó de las fantasías de la tradición pagana han sido renovados y adornados; y los destinos de la Iglesia Cristiana, bajo sus más sagrados símbolos, se subordinan en ella literalmente á la alabanza, y se

comprenden solamente por el auxilio de una amada doncella florentina.

112.—Os digo, en verdad, que, cuanto más lucho en mí mismo con este extraño letargo y este éxtasis, y despierto al significado y poder de la vida, me parece cada vez más asombroso que hombres tales como éstos se hayan atrevido á jugar con las verdades más preciosas (ó los más terribles errores), por las cuales toda la raza humana, que les ha escuchado, ha podido ser informada ó engañada:—todas sus palabras han sido oídas siempre con oídos complacidos y corazón apasionado;—y ante estas multitudes de almas sumisas que se han sucedido constantemente hambrientas del pan de la vida, no han hecho sino tañer dulcemente la flauta; adornar con pomposa nomenclatura consejos del infierno; tocar la guitarra del trovador á los cursos de los soles; y llenar las entradas de la eternidad, ante las cuales los profetas habían velado sus caras, y dentro de las cuales los ángeles desean mirar, con los ociosos juegos de su imaginación escolástica y con las luces melancólicas de una fe insensata en su perdido amor mortal.

No es este un misterio de la vida?

113.—Pero hay más. Tenemos que recordar que, estos dos grandes maestros, eran los dos de un temperamento torcido, que les dificultaba el examen de la verdad. Eran hombres de guerra intelectual, incapaces, en medio de las sombras de la controver-

sia ó de la fuerza de los propios pesares, de discernir hasta dónde su propia ambición modificaba sus expresiones de la ley moral; ó su propia agonía se mezclaba con su cólera para violarla. Pero han existido hombres más grandes que éstos, hombres de corazón inocente—demasiado grandes para la contienda. Hombres como Homero y Shakespeare, de tan indeterminada personalidad que desaparecen en las edades futuras para convertirse en espíritus vagos como la tradición abandonada de un dios pagano. Hombres, por tanto, ante cuya vista, ni ofendida ni condenada, toda la naturaleza humana descubre en sí misma una patética debilidad con la cual no quiere luchar; ó un doloroso y transitorio esfuerzo que no se atreve á ostentar. Y así, toda la civilización pagana ó cristiana se somete á ellos. Y no importa que algunos de nosotros no hayamos leído á Homero ó á Shakespeare; todo en torno nuestro, en sustancia ó en pensamiento, ha sido moldeado por ellos. Todos los griegos de valer fueron educados según Homero. Todos los nobles romanos, fueron educados por la literatura griega. Todo caballero italiano, francés ó inglés, fué educado por la literatura romana y por sus principios. Con respecto á Shakespeare, diré solamente que la medida intelectual de todo hombre, en cuanto esta medida es posible en el dominio del pensamiento creador, puede estimarse por el grado en el cual ha sido enseñado por Shakespeare. Ahora bien; qué

convicción podrán engendrar en nosotros, acerca de lo que más conviene poseer á la inteligencia, estos dos hombres, centros de la inteligencia mortal? Cuál es su esperanza—su canto de alegría? Qué especie de reprensión ó de exhortación tiene para nosotros? Qué es lo que existe en el fondo de sus propios corazones y dicta sus inmortales palabras? Tienen alguna paz que prometer á nuestra inquietud—alguna redención á nuestra miseria?

114.—Tomad primero á Homero y pensad si hay alguna imagen más triste del destino humano que la gran epopeya homérica. Los principales rasgos del carácter de Aquiles son su intenso deseo de justicia y la ternura de sus afectos. Y en este amargo sueño de la Iliada, este hombre, aunque ayudado continuamente por el más sabio de los dioses, y dueño de un corazón que arde en deseo de justicia, se convierte, por una pasión mal gobernada, en el más injusto de los mortales, y aunque su alma está llena de la ternura más profunda, llega á ser, por esa pasión mal dirigida, el más cruel de los hombres. Igualmente grande en el amor que en la amistad, pierde primero su amada y después su amigo; por la una entrega á la derrota los ejércitos de su propio país; por el otro, lo abandona todo. ¿Habrá un hombre que dé la vida por su amigo? Sí; por su amigo *muerto*, este Aquiles, nacido de los dioses y educado por los dioses, da su reino, su país y su vida—arroja igualmente al inocente y al culpable,

consigo mismo, á una sima de perdición, y muere, al fin, á mano del más bajo de sus adversarios.

No es este un misterio de la vida?

115.—Pero ¿cuál es el mensaje que nos dirige nuestro propio poeta, el escudriñador de corazones, después que mil quinientos años de fe cristiana han sido contados sobre las tumbas de los hombres? ¿Son sus palabras más alegres que las del pagano—es su esperanza más próxima—su verdad más segura—su interpretación del destino es más feliz? Ah, no! Difiere del poeta pagano principalmente en esto—que no reconoce, en la narración, dioses al alcance de la mano; y que, por pequeñas casualidades—por locura momentánea—por interrupción de un mensaje—por la intervención de los insensatos—ó por los enredos del traidor, los más fuertes y los más justos son conducidos á la ruina, y perecen sin una palabra de esperanza. En realidad es un rasgo característico de su carácter, el de atribuir el poder y la modestia de la devoción habitual al noble y al justo. La agonía de Catalina está iluminada por visiones angélicas; y el gran rey soldado, se cuida poco de la muerte, reconociendo la presencia de la Mano que puede salvarle. Pero observad que en aquellos que con más profundo espíritu han meditado, y con más profunda pasión se han lamentado, no hay palabras semejantes á éstas; ni en sus corazones hay consuelo alguno semejante. En vez del sentimiento perpetuo de la fe-

liz presencia de la Deidad, que, durante toda la tradición pagana, es la fuente del esfuerzo heroico, en la batalla, en el destierro, en el valle sombrío de la muerte, encontramos solo en el gran poeta cristiano la conciencia de una ley moral, según la cual «los dioses son justos, y hacen instrumentos de expiación de nuestros vicios placenteros»; y la arbitraria resolución del destino, que concluye con la precisión de una sentencia lo que comenzamos débil y ciegamente, y nos fuerza, cuando nuestra indiscreción nos sirve, y nuestros más profundos proyectos se desvanecen, á la confesión de que «hay una divinidad que forma estos destinos nuestros y los corta bruscamente, así como nuestra voluntad».

No es este un misterio de la vida?

116.—Así es, en efecto. Acerca de lo que la vida humana debe ser, ó es, los hombres doctos y religiosos no nos dicen nada en que podamos confiar; y los sabios contemplativos, nada que pueda darnos la paz. Pero hay una tercera clase, á la cual podemos volvernos: los sabios prácticos. Nos hemos sentado á los pies de los poetas que cantan desde el cielo y nos han contado sus sueños. Hemos escuchado á los poetas que cantan desde la tierra, y nos han cantado cantos fúnebres y nos han dicho palabras de desesperación. Pero hay una clase más de hombres:—hombres incapaces de visión, insensibles á las penas, pero firmes en

sus propósitos—prácticos en los negocios; doctos en todo cuanto puede ser (por la práctica) conocido. Hombres, cuyos corazones y esperanzas están totalmente en este mundo presente, de los cuales, por tanto, podemos aprender con seguridad, al menos lo que, al presente, puede convenir en la vida. ¿Qué nos dirán, ó nos presentarán como ejemplo estos reyes—estos consejeros—estos hombres de Estado y constructores de reinos—estos capitalistas y hombres de negocios, que pesan la tierra, y su polvo, en una balanza? Conocen el mundo, seguramente; y lo que es el misterio de la vida para nosotros, no lo es para ellos. Pueden, pues, enseñarnos cómo hemos de vivir, mientras vivimos, y á buscar en el mundo presente lo mejor.

117.—Para que comprendáis mejor su respuesta, os referiré un sueño que he tenido una vez. Porque, aunque no soy poeta, tengo sueños algunas veces:—soñaba yo que estaba en una fiesta de niños en primero de Mayo, en la cual todo medio de diversión había sido provisto por un huésped sabio y bueno. Era en una casa suntuosa, que tenía bellos jardines; los niños estaban en libertad en las habitaciones y los jardines, sin otro cuidado que el de que pasasen la tarde regocijadamente. No sabían mucho, en realidad, sobre lo que les esperaba el día próximo; algunos de ellos me parecieron un poco temerosos, por ciertas probabilidades de que al siguiente día fuesen conducidos á una nueva

escuela para practicar exámenes; pero desechaban tales pensamientos de sus cabezas como podían, y resolvían divertirse también. La casa, como digo, estaba en un bello jardín, y en el jardín había todo género de flores; frescos montículos llenos de yerba, para reposar; y praderas llanas para jugar; y gratas fuentes, y bosques, y rocas para trepar por ellas. Y los niños fueron felices por algún tiempo, pero después se separaron en partidos; y entonces, cada partido declaró que una porción del jardín era de su propiedad, con exclusión de los demás. Enseguida, se querellaron por la propiedad del terreno; y al fin, concibiendo las cosas como los niños las conciben, «parcialmente», lucharon sobre los lechos de flores hasta que apenas quedó una en pie; pisotearon los jardines de sus rivales, llenos de despecho; las niñas gritaron hasta que no pudieron más, y todos ellos se tendieron, al fin, sin aliento, sobre las ruinas, y esperaron la hora en que debían ser conducidos á la casa por la tarde (1).

118.—Entre tanto, los niños que estaban en la casa habían logrado ser felices á su manera. Para ellos se había dispuesto todo género de placeres:

(1) Se me ha preguntado algunas veces qué significa esto. He intentado poner de manifiesto la sabiduría de los hombres en la guerra cuando luchan por el mando, de lo que se sigue poner de manifiesto su sabiduría en la paz, cuando luchan por la riqueza.

había música para que bailasen; la biblioteca estaba abierta, con todo género de libros divertidos; y había un museo lleno de las conchas más curiosas, y de pájaros y de toda clase de animales; y había un taller, con tornos é instrumentos de carpintería, para los niños ingeniosos; y preciosos y fantásticos vestidos para que se los pusiesen las niñas; y microscopios y caleidoscopios; y cuantos juegos puede imaginar una criatura; y una mesa, en el comedor, llena de toda clase de manjares delicados.

Pero, en medio de todo esto, insinuaron dos ó tres de los niños «más prácticos», que gustarían de alguno de los clavos con cabeza de latón que tachonaban las sillas; y así, se pusieron á trabajar para despojarlas de ellos. Al punto, á los otros, que estaban leyendo ó hablando de las conchas, se les antojó hacer lo mismo; y, al poco tiempo, casi todos los niños se herían los dedos arrancando clavos. Con todos los que pudieron arrancar no se quedaron satisfechos, y, entonces, cada uno quiso los que poseían los otros. Por último, los realmente prácticos y sensibles, declararon que nada tenía importancia verdadera aquella tarde, excepto obtener multitud de clavos con cabeza de latón; y que los libros, las conchas y los microscopios, no tenían ninguna utilidad en sí mismos, sino en tanto que podían ser cambiados por cabezas de clavos. Y, al fin, empezaron á luchar por las cabezas de clavos, como los otros habían luchado por los tro-

zos de jardín. Solamente aquí ó allá, un despechado se acurrucaba en un rincón y trataba de conseguir alguna quietud con un libro, en medio del tumulto; pero todos los prácticos no pensaban en nada más que en contar cabezas de clavos durante toda la tarde, aunque sabían que no se les permitiría llevarse ni un sólo trozo de latón. Pero no—la cosa era:—«Quién tiene más clavos?» Yo tengo ciento y vosotros cincuenta; ó, yo tengo un millar y vosotros dos. Necesito tener tantos como vosotros antes de dejar la casa, ó no es posible que pueda irme en paz.» Al final, reunieron tantos clavos que yo desperté, y pensé para mí: Cuán injusto es este sueño aplicado á los *niños!* El niño es el maestro del hombre; es más juicioso que él. Los niños nunca hacen tales locuras. Solamente los hombres las hacen.

119.—Pero hay aún una última clase de personas que pueden ser interrogadas. A los sabios religiosos les hemos preguntado en vano; á los sabios contemplativos, en vano; á los sabios hombres de mundo, en vano. Pero hay otro grupo aún. En medio de esta vanidad de religión vacía—de trágica contemplación—de furiosa y miserable ambición, de disputa y de inmundicias, hay aún un gran grupo de personas, por las cuales todos estos contendientes viven—las personas que han determinado hacer algo útil, ó han sido conducidas á esta determinación por una Providencia benéfica;

las personas, que sea cualesquiera su destino, ó lo que esperen aquí, quieren, al menos, merecer el alimento que les da Dios ganándolo honradamente; y que, privados de la pureza y de la paz del Edén, se someten al deber humano, aunque hayan perdido la felicidad; y adornan y conservan el desierto, aunque no puedan adornar y conservar el jardín.

Estos,—los leñadores del bosque y los regadores,—los encorvados bajo la carga, ó los heridos por los azotes—los que cavan y tejen—los que plantan y construyen; los trabajadores en madera, y en mármol, y en hierro—aquellos por los cuales todo alimento, todo tejido, toda casa, el mobiliario y la iluminación son producidos, estos hombres y todos los de su especie, cuyas acciones son buenas, aunque sus palabras sean escasas; cuyas vidas humildes son útiles, nunca son cortas, y siempre son dignas de honor;—de éstos, seguramente, podremos, al menos, recibir algún claro mensaje y enseñanza; y por ellos podremos penetrar, por un instante, en el misterio de la vida y de sus artes.

120.—Sí; de éstos, al menos, recibiremos una lección. Pero siento decir, ó más bien—porque esta es la más profunda verdad acerca de esta materia—me regocija decir—que este mensaje suyo puede solamente ser recibido reuniéndose á ellos—no pensando acerca de ellos.

Vosotros me enviáis á preguntarles en vuestro nombre acerca del arte, y yo os obedezco.

Pero la principal cosa que tengo que deciros, es que, acerca del arte, no se debe hablar. El hecho de que se hable de él significa que se hace mal ó que no se puede hacer. Ningún verdadero pintor habla jamás, ni ha hablado jamás, mucho de su arte. El más grande de todos no habla nada. El mismo Reynolds no es una excepción, porque escribió de todo lo que no pudo hacer por sí mismo, y guardó completo silencio respecto á todo lo que hizo.

En el momento en que un hombre puede realizar su obra, no habla de ella. Todas las palabras se hacen ociosas para él y todas las teorías.

121.—¿Necesita un pájaro teorizar sobre la construcción de su nido ó jactarse de él cuando le construye? Toda obra buena hace necesariamente su camino, sin dudas, sin dificultades, sin jactancia; y en los mejores autores hay un poder interno é involuntario que les aproxima literalmente al instinto del animal; aún más: estoy seguro de que en los artistas humanos más perfectos, la razón no supera al instinto, sino que ayuda á un instinto tanto más divino cuanto es más bello el cuerpo humano que el de los animales; que un gran cantor no canta con menos instinto que el ruiseñor, sino con más—solamente que más vario, más adaptable y dirigible; que un gran arquitecto no construye con menos instinto que el castor y la abeja, sino con más—con un arte innato de la proporción que abraza toda be-

lleza, y con una divina ingenuidad y destreza capaces de improvisar toda construcción. Pero sea de esto lo que quiera—sea el instinto humano mayor ó menor que el de los animales,—igual ó desigual al suyo, de todos modos, el arte humano depende del instinto primero, y después de una suma de práctica, de ciencia y de imaginación disciplinada por el pensamiento, que el verdadero poseedor de ella sabe que es incomunicable, y el crítico verdadero sabe que es inimitable, excepto mediante largos procesos y el empleo de muchos años laboriosos. Esta jornada de conquista de la vida, en la cual, collado tras collado y Alpe tras Alpe se eleva el hombre y desciende, ¿pensáis que, hablando, podéis convertirla en una senda limpia de penas? Pues no podréis, ni aun llevarnos á un monte de los Alpes, hablando. No podréis guiarnos, paso á paso, de otro modo que de éste: silenciosamente. Vosotros, jóvenes, que habéis subido á montañas, sabéis que el mal guía, charla y gesticula, y dice: «Poned vuestros pies aquí» y «Cuidado no caigáis allá»; pero el buen guía camina tranquilamente, sin una palabra, con los ojos puestos en vosotros y su brazo de hierro pronto á prestaros el auxilio necesario.

122.—Siguiendo este camino lento, podéis aprender el arte, si tenéis fe en vuestro guía y consentís que su brazo sea para vosotras como una barra de hierro cuando necesitéis de él. Pero, en qué

maestro de arte tendréis tal fe? Ciertamente, no en mí; porque, como os decía al principio, conozco bastante bien que es solamente porque pensáis que sé hablar, no porque pensáis que conozco mi oficio, por lo que me permitís que os hable de esto. Si yo os dijese algo que os pareciese extraño, no me creeríais, y tal vez sería solamente diciéndoos cosas extrañas como podría prestaros algún servicio. Yo sería de gran utilidad para vosotros—de infinita utilidad—diciéndoos brevemente cosas extrañas, si quisiérais creerlas; pero no querréis, precisamente porque lo que os sería de utilidad real, os desagradará seguramente. Habláis todos, por ejemplo, con admiración de Gustavo Doré. Pues bien, suponed que yo os dijese, en los términos más enérgicos posibles, que el arte de Gustavo Doré es malo—malo, no por su flojedad, ni porque tenga faltas, sino malo con un poder horrendo—el poder de las Furias y de las Harpías, mezcla de cólera é impureza; que en tanto que le admiréis, ninguna percepción de arte puro y bello es posible para vosotros. Suponed que yo os dijese esto! Cómo podría esto seros útil? Admiraríais menos á Gustavo Doré? Tal vez le admiráseis más. Por otra parte, puedo reconciliaros conmigo si quiero. Sé bastante bien á quién amáis, y sé cómo celebrar al más amado por vosotros. Yo podría hablaros de la luz de la luna, y del crepúsculo, y de las flores de la primavera, y de las hojas

del otoño, y de las Madonnas de Rafael—¡qué maternales!,—y de los Sibilas de Miguel Angel—¡qué majestuosas!,—y de los Santos de Angélico—¡qué piadosos!,—y de los Querubines de Corregio—¡qué deliciosos! Viejo como soy, podría aún tocar en el arpa una tonada, que gustaríais de bailar. Pero ni vosotros ni yo nos habríamos hecho mejores ó más sabios; ó, si lo fuésemos, nuestro poder creciente no sería de efecto práctico. Porque, en verdad, las artes, como materias de instrucción, difieren de las ciencias también en esto; que su poder está fundado, no solo en hechos que pueden transmitirse, sino en disposiciones que requieren haber sido creadas. El arte no puede ser realizado por el esfuerzo del pensamiento, ni explicado por la seguridad de la expresión. Es el resultado instintivo y necesario de un poder, que puede solamente desarrollarse en el alma de generaciones sucesivas, y que, finalmente, nace á la vida bajo condiciones sociales de desarrollo tan lento como el de las facultades que regula. Todas las eras poderosas de la historia están fundidas, y concentradas las pasiones de millares de muertos, en la existencia de un arte noble; y si este arte noble existiese entre nosotros, le sentiríamos y nos regocijaríamos con él, sin cuidarnos para nada de oír lecciones que traten de explicarlo; y, si no está entre nosotros, estad seguros de que tendremos que retroceder hasta su raíz ó, al menos, hasta el

lugar donde el tronco está aún vivo y las ramas comienzan á secarse.

123.—Y ahora, quizá obtenga vuestro perdón insinuando, en parte con relación á materias que son hoy de mayor oportunidad que las artes,—que, si emprendemos este retroceso al germen vital de las artes nacionales decaídas, encontraremos una prueba más singular de su poder en Irlanda que en cualquier otro país europeo. Porque, en la octava centuria, Irlanda poseía una escuela de arte, en sus manuscritos y en su escultura, que, en muchas de sus cualidades—singularmente en todas las condiciones esenciales de la invención decorativa,—no tenía rival; parecía en camino de conseguir los más altos triunfos en arquitectura y en pintura. Pero había un lado flaco en su naturaleza, por el cual se estacionó, y se estacionó de un modo tan visible que no existe otro ejemplo semejante; por eso, hace mucho tiempo, queriendo trazar el progreso de las escuelas europeas desde su infancia hasta su virilidad, elegí para los estudiantes de Kensington, en una lección posteriormente publicada, dos ejemplos característicos de arte primitivo, que demostraban igual habilidad; pero en uno de los casos la habilidad era progresiva;—en el otro, se había estancado. En uno de los casos se descubría un trabajo receptivo de corrección—ansioso de mejora; y en el otro, un trabajo que, fundamentalmente, se negaba á la corrección. Presenté á los

alumnos una Eva corregible y un ángel incorregible, y me lamenté de que aquel ángel incorregible fuese un ángel irlandés (1).

124.—Y la fatal diferencia consistía totalmente en esto. En ambas obras de arte había un descuido igual de las necesidades de la técnica; pero la Eva lombarda se sabía que estaba mal, y el ángel irlandés se creía completamente bien. El impetuoso escultor lombardo, aunque insistiese firmemente en su idea infantil, mostraba, sin embargo, en los trazos irregulares y en el esfuerzo inadecuado por trazar líneas más blandas, una percepción de la belleza y de la ley que no podía expresar; en cada una de las líneas se apreciaba el retorcimiento del esfuerzo, bajo la imperfección consciente. Pero el pintor del misal irlandés había dibujado su ángel sin darse cuenta de las faltas, con una feliz complacencia, y le había puesto líneas rojas en la palma de las manos y había encerrado sus ojos en círculos perfectos, y, siento decirlo, no había sabido encajar la boca, pero la había dibujado con completa satisfacción de sí mismo.

125.—¿Podría yo, sin que os ofendiérais, invitaros á considerar si esta especie de estancamiento en el arte antiguo irlandés no será el índice de ciertas notas de carácter que siempre, en cierto modo, detendrán vuestro poder nacional? Yo he observa-

(1) Véase «The Two Paths», pár. 28 y siguientes.

do mucho el carácter irlandés y le he estudiado atentamente, porque también le he amado mucho. Y pienso que la clase de defecto al cual es más propenso, es este:—que siendo de corazón generoso y tendiendo siempre á lo justo, no presta atención á las leyes externas de la justicia, sino que cree que lo justo es, necesariamente, lo que él ha de hacer; como así lo cree, se equivoca sin saberlo; y luego, cuando las consecuencias de su error caen sobre él mismo ó sobre los próximos á él, no puede concebir que este error sea, en cierto modo, debido á su causa ó á su acción, sino que monta en cólera y en una extraña agonía del deseo de justicia, parece sentirse completamente inocente, lo cual le conduce cada vez más lejos, cuando no hay nada que sea incapaz de hacer con una buena conciencia.

126.—Pero fijáos, no quiero decir que, en las relaciones pasadas ó presentes entre Irlanda é Inglaterra, hayáis sido injustos vosotros y nosotros hayamos sido justos. Acerca de esto, yo creo que en todas las grandes cuestiones de principios y en todos los detalles de administración legal, habéis sido generalmente vosotros justos y nosotros injustos; algunas veces porque no os hemos comprendido, otras veces por resuelta falta de equidad por parte nuestra. Sin embargo, en toda disputa entre estados, aunque el más fuerte está casi siempre, y principalmente, en el error, el más débil lo está

también, con frecuencia, en un grado menor; y yo creo que nosotros hemos admitido algunas veces la posibilidad de equivocarnos, y vosotros nunca.

127.—Y ahora, volviendo á la cuestión propuesta: qué es lo que pueden enseñarnos acerca de su misterio, las artes y las labores de la vida, esta es la primera de sus lecciones; —que el arte más bello es el que más esencialmente nace de la obra del pueblo *que se siente á sí mismo justo*, —el que lucha por el cumplimiento de una ley y la adquisición de una belleza que no ha alcanzado aún, y se siente cada vez más lejos de conseguirla cuanto más se afana por ella. Y aun, en un sentido todavía más profundo, es el arte que nace de la acción de las gentes que se reconocen justas. El verdadero sentido del error inevitable de su propósito marca la perfección de este propósito, y el sentido continuado de la falta nace del continuado abrir los ojos, cada vez más claramente, á todas las leyes sagradas de la verdad.

128.—Esta es una lección. La segunda es otra lección verdaderamente llana y extraordinariamente preciosa, á saber: —que si las artes y los trabajos de la vida están animados de este espíritu de lucha contra el desorden, y realizan cuanto hemos dicho honrosa y perfectamente, producen invariablemente la felicidad, en tanto que la felicidad es posible á la naturaleza humana. En todos los otros caminos por los cuales la felicidad es perseguida, hay

desengaño y destrucción: en la ambición y en las pasiones no hay reposo—no hay fruición; los más bellos placeres de la juventud perecen en una oscuridad más grande que su luz pasada; y el amor más alto y más puro, con excesiva frecuencia, no hace sino inflamar la nube de la vida con un fuego y una pena sin fin. Pero, ascendiendo de lo más bajo á lo más alto, por cualquier escala de la industria humana, esta industria, dignamente seguida, conduce á la paz. Preguntad al trabajador del campo, de la forja ó de la mina; preguntad al paciente artesano que hace objetos delicados con sus dedos, ó al obrero de corazón ardiente que trabaja el bronce, y al que trabaja el mármol, y al que trabaja con los colores de la luz; y ninguno de éstos, verdaderos obreros, os dirá nunca que ha encontrado cruel la ley de los cielos que le manda ganar el pan con el sudor de su frente hasta que vuelva al polvo; ni que ha encontrado nunca falta de premio la obediencia, prestada con fe, al mandato: «Lo que quiera que tu mano intente hacer—hazlo con toda tu fuerza.»

129.—Estas son las dos grandes y constantes lecciones que nuestros trabajadores nos enseñan acerca del misterio de la vida. Pero hay otra más triste que no pueden enseñarnos, que debemos leer nosotros en sus lápidas sepulcrales.

«Hazlo con toda tu fuerza.» Ha habido miles y miles de criaturas humanas que han obedecido esta

ley—que han puesto todo su aliento y todos sus nervios en el trabajo—que han dedicado todas sus horas y agotado todas sus facultades—que han legado, á la muerte, sus pensamientos incumplidos—que, después de muertos, han hablado aún con la majestad del recuerdo y la fuerza del ejemplo. Y, en último término, ¿qué ha creado toda esta «Fuerza» de la humanidad en seis mil años de trabajo y de dolor? Qué ha *hecho*? Tomad las tres principales ocupaciones y artes del hombre, una por una, y contad sus perfeccionamientos. Comenzad por la primera—la señora de todas ellas—la Agricultura. Seis mil años han pasado desde que nos hemos puesto á cultivar el suelo que nos sustenta. Qué parte de él está cultivada? Qué parte está cultivada sabiamente? En el verdadero centro, en el principal jardín de Europa—donde las dos formas de la cristiandad han tenido fortalezas—donde los nobles católicos de los Cantones de la Selva y los nobles protestantes de los valles Vaudois, han mantenido, durante largas edades, su fe y sus libertades—allí los desenfrenados ríos alpinos corren aún, feroces y devastadores; y los pantanos, que unos cuantos miles de hombres podrían sanear mediante un trabajo de algunos años, que man aún con la fiebre á sus habitantes adormecidos. Esto ocurre en el centro de Europa! Mientras en la próxima costa de Africa, en lo que era en otro tiempo Jardín de las Hespérides, una mujer árabe, hace

poco, se comió á su hijo para saciar el hambre. Y, con todos los tesoros del Oriente á nuestros pies, nosotros, en nuestro propio dominio, no encontramos unos cuantos granos de arroz para un pueblo que no nos pide otra cosa; y nos resistimos y vemos impasibles que quinientos mil hombres se mueren de hambre.

130.—Después de la agricultura, el arte de los reyes, va, la más próxima en importancia de todas las artes humanas—el tejido, el arte de las reinas, honrado por toda noble pagana en la persona de su virgen diosa—honrado por toda mujer hebrea, con las palabras de su rey más sabio:—«Ella tendía sus manos hacia el huso, y cogía la rueca; ella estrechaba la mano al pobre. Su familia no temía la nieve, porque en ella todos tenían vestidos de escarlata. Hacía cobertores de tapicería; sus vestidos eran de púrpura y de seda. Hacía también finos lienzos, y los vendía, y el comerciante la compraba ceñidores.» ¿Qué hemos hecho nosotros durante millares de años con este arte brillante de las doncellas griegas y de las matronas cristianas? Seis mil años de tejer, y ¿hemos aprendido á hacerlo? No deberían tener todos los desnudos abrigos de purpura y todos los pechos débiles tejidos de suaves colores para protegerse del frío? ¿Qué hemos hecho? Nuestros dedos parecen insuficientes para tejer algunos pobres ropajes para nuestros cuerpos. Hacemos trabajar á nuestros arroyos por nosotros, y sofocamos

el aire con el fuego para que giren los tornos de hilar; pero, *estamos aún vestidos?* ¿No están las calles de las capitales de Europa sucias con la venta de harapos desechados y de trapos podridos? ¿No está la belleza de nuestros hijos abandonada á la miseria y la desgracia, mientras, más honrosamente, la naturaleza viste á los pajarillos en su nido, y al lobezno en su cueva? Y ¿no viste la nieve á todos los que no habéis vestido, y cubre á los que no habéis cubierto?; y el viento del invierno, ¿no se lleva á los cielos las almas vencidas, á atestiguar contra vosotros en el porvenir, con las palabras de Cristo:—Estaba desnudo, y no me habéis vestido»?

131.—Finalmente—tomad el arte de la construcción—la más fuerte—la más soberbia—la más ordenada—la más duradera de todas las artes humanas; lo que produce, lo produce del modo más seguro y no necesita perecer, ó ser reemplazado, porque, una vez bien hecho, se conservará más fuertemente que las rocas incommovibles—prevalecerá sobre las colinas que se desmoronan. Es el arte que está asociado con todo orgullo cívico y con todo principio sagrado, el arte con el cual el hombre recuerda su poder—satisface su entusiasmo—hace segura su defensa—limita y hace amable su morada. Y en seis mil años de construcción, ¿qué hemos hecho? De la mayor parte de todo este arte y de toda esta fuerza no ha quedado más vestigio que las ruinas que llenan los campos y dificultan el cur-

so de los ríos. De todo este derroche de desorden, y de tiempo, y de coraje, ¿qué es lo que nos queda? Criaturas constructivas y progresivas como somos, con cerebros directores y manos formadoras, capaces de asociación y sedientas de fama, ¿no podremos competir, en comodidad, con los insectos del bosque, ó, en perfección, con los animales más rudimentarios de los que habitan el mar? La blanca marea lucha en vano contra los muros construídos por pobres átomos de vida naciente; en cambio, sólo montones de ruinas informes marcan los sitios donde habitaron otro tiempo nuestras más nobles multitudes. La hormiga y la polilla tienen celdas para cada una de sus crías; en cambio, nuestros pequeñuelos yacen en montones infectos, en casas que les devoran como sarcófagos; y noche tras noche, desde los rincones de nuestras calles, se eleva el grito de los que no tienen hogar:—«Yo era un extranjero, y no me acogísteis.»

132.—¿Debe ser siempre así? Debe nuestra vida ser para siempre sin provecho—sin posesión? Deberá la fuerza de sus generaciones ser tan estéril como la muerte; ó abandonar su obra, como la higuera silvestre arroja sus higos antes de sazón? Es todo, pues, un sueño—el deseo de los ojos y el valor de la vida—y, si lo es, ¿no podemos vivir un sueño más noble que éste? Los poetas y los profetas, los sabios y los escribas, aunque no nos hayan dicho nada sobre la vida por venir, nos han dicho

mucho sobre la vida actual. Han tenido, también, sus sueños, y hemos sonreído ante ellos. Han tenido sueños de misericordia y de justicia; han tenido sueños de paz y de buena voluntad; han soñado con el trabajo sin desengaño y con el reposo sin perturbaciones; han soñado con la abundancia en la recolección y la superabundancia de los víveres; han soñado con la sabiduría en el consejo y la providencia en la ley; con la alegría en los padres y la fuerza en los hijos, y la honorabilidad de los cabellos grises. Y ante estas visiones tuyas, nosotros nos hemos burlado, y las hemos tenido por malas y vacías, irreales é irrealizables. Qué hemos conseguido con nuestras realidades? Es esto lo que ha resultado de nuestra sabiduría mundana, opuesta á su locura? ¿es este nuestro ideal, el más poderoso posible, frente el suyo impotente?, ó es que no hemos hecho sino errar entre los espectros de la más baja felicidad, y perseguir fantasmas de las tumbas, en vez de visiones del Todopoderoso; y marchar tras las ilusiones de nuestros corazones perversos, en vez de seguir los consejos de la Eternidad, hasta que nuestras vidas—no á semejanza de las nubes de los cielos, sino del humo del infierno—lleguen á ser «como un vapor, que aparece por poco tiempo, y después se desvanece»?

133.—¿Se desvanecen, pues? ¿Estáis seguros de ello? ¿Seguros de que la nada del sepulcro será un reposo de esta otra nada llena de turbación, y de

que la nube que se recoge, que se inquieta en vano, no puede cambiar en el ardor del tormento esta ascensión perpetua? Responderán algunos que *están* seguros de que no hay temor, ni esperanza, ni deseo, ni trabajo, donde ellos van? Sea; ¿no estaréis, pues, tan seguros de la vida actual, como lo estáis de la muerte por venir? Vuestros corazones; que están completamente en este mundo;—¿no querréis entregarlos al mundo tan sabia como perfectamente? Y ved, ante todo, que *tenéis* corazones, y corazones sanos, además, que entregar. De que no tengáis cielos que admirar, no se sigue que permanezcáis ignorantes de esta tierra maravillosa é infinita, que se os ha dado resueltamente en posesión? Aunque vuestros días sean contados y las sombras del porvenir seguras, ¿es necesario que participéis de la degradación del bruto, porque estéis condenados á su mortalidad, ó que viváis la vida de la mariposa y del gusano, porque seáis su compañero en el polvo? No tal; podemos no tener sino algunos miles de días que gastar, quizá centenas solamente—quizá decenas; aún más: nuestro tiempo más largo y mejor, mirado hacia atrás, no será sino un momento, como un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, somos hombres, no insectos; somos espíritus vivos, no nubes pasajeras. «Hizo á los vientos Sus mensajeros; al fuego momentáneo Su ministro»; y nosotros haremos menos que *esto*? Dejados hacer el trabajo de hombres mientras tengamos

la forma de tales; y así como arrebatamos nuestra exigua porción de tiempo á la Eternidad, arrebatemos también nuestra exigua herencia de pasión á la Inmortalidad—aun cuando nuestras vidas sean como el vapor, que aparece por algún tiempo y luego se desvanece.

134.—Pero hay algunos de vosotros que no creen en esto, que piensan que esta nube de la vida no tiene tal término;—que está flotando, manifiesta é iluminada, sobre el fondo de los cielos, hasta el día en que Él venga entre las nubes, y todos los ojos Le vean. Algún día, creéis, dentro de estos cinco, ó diez, ó veinte años, se celebrará el juicio para cada uno de nosotros, y se abrirán los libros. Si esto es verdad, mucho más que esto debe ser verdad también. ¿No hay sino un día del juicio? Porque, para nosotros, cada día es un día del juicio, cada día es un *Dies Irae*, y escribe su irrevocable veredicto en el resplandor de su ocaso. Pensáis que el juicio aguarda á que se abran las puertas del sepulcro? Aguarda á la puerta de vuestras casas,—aguarda en los rincones de vuestras calles; estamos en medio del juicio; los insectos que aplastamos son nuestros jueces—los momentos que malgastamos son nuestros jueces—los elementos que nos alimentan, juzgan acerca de cómo son administrados,—y los placeres que nos alucinan, juzgan acerca de cómo son concedidos. Dejados, durante nuestras vidas, hacer la obra de los hombres, mien-

tras conservemos la forma de tales, si en realidad estas vidas *No* son un vapor, y *No* se desvanecen.

135.—«El trabajo de los hombres»—y ¿cuál es? Sin duda, alguno de nosotros podrá reconocerle prontamente, si tiene disposición para ello. Pero la mayoría de nosotros está pensando, no en lo que ha de hacer, sino en lo que ha de ganar; y el mejor de todos incurre en el pecado de Ananías, que es un pecado mortal:—desea retener parte del premio; y así, hablamos continuamente de llevar nuestra cruz, como si el solo mal de una cruz fuese su *peso*—como si fuese solamente la cruz para ser transportada, y no para ser crucificado en ella. «Los Suyos han crucificado la carne, con las afecções y codicias.» ¿Esto significa, pienso yo, que en época de desgracias nacionales, de pruebas religiosas, de crisis de todos los intereses y esperanzas de la humanidad—ninguno de nosotros quiere cesar de holgar, ni se dispone á una obra útil, ni da un paso para salvar el mundo? ¿O significa más bien, que están dispuestos á dejar casas, campos y parientes, sí, y la vida, si fuese necesario? La vida! Algunos de vosotros está bastante dispuesto á despreciarla, triste como la hemos hecho. Pero «la *posición* en la vida», ¿cuántos de nosotros estamos dispuestos á dejarla? ¿No es siempre la gran objeción que se presenta cuando se trata de encontrar algo útil que hacer—«No podemos dejar nuestra posición en la vida?»

Aquellos de nosotros que realmente no pueden—es decir, que pueden solamente mantenerse dedicándose á algún negocio ú oficio asalariado, tienen ya algo que hacer; y todos ellos deben tener en cuenta esto: que han de hacer su oficio honradamente y con todo su vigor. Mas, para la mayor parte de la gente que emplea esta excusa, «permanecer en la posición de la vida á la cual la Providencia les ha llamado», consiste en conservar todos sus carruajes, y cuantos lacayos y grandes casas les sea posible; una vez por todas, os digo que si la Providencia les puso en algún momento en situaciones de esta clase—lo cual no es, en modo alguno, absolutamente cierto—la Providencia está ahora reclamándoselo manifiestamente. La situación de Levi en la vida era la de cobrar los impuestos; la de Pedro, sostener á Galilea; y la de Pablo, las antecámaras de los grandes sacerdotes;—pero estas «posiciones de la vida», todos ellos las dejaron tras un breve aviso.

Y, cualquiera que pueda ser nuestra posición en la vida, ante esta crisis, aquellos de nosotros que pretendamos cumplir nuestros deberes, debemos, ante todo, vivir con tan poco como podamos; y, en segundo término, hacer todo el trabajo que podamos, y emplear cuanto podamos ahorrar en hacer todo el bien que nos sea posible.

Y bienes seguros son, primero alimentar al pueblo, después vestirle, después alojarle, y últi-

mamente divertirle honestamente, con artes, ó ciencias, ó cualquier otro producto del pensamiento.

136.—Digo, ante todo, alimentar; y, de una vez para siempre, no os dejéis engañar por alguna de las sentencias comunes de «la caridad indeterminada». Nuestro deber no es el de alimentar al hambriento que lo merezca, ni al hambriento industrial, ni al hambriento amable y bien intencionado, sino sencillamente alimentar al hambriento. Es absolutamente cierto que, si algún hombre no quiere trabajar, no deberá comer;—pensad esto, siempre que os sentéis á la mesa, señoritas y señores, y preguntáos simplemente antes de pedir la bendición: «¿Cuánto he trabajado hoy para comer?» Porque el modo propio de cumplir este deber y de que lo cumplan aquellos que están bajo vosotros, es no permitir que los vagabundos y las gentes honradas perezcan juntos, sino distinguirlos claramente, y apoderarse de los vagabundos y llevarlos lejos del camino de las gentes honradas, y, con verdadera austeridad, tratar de que, hasta que hayan trabajado, *no* coman. Pero lo primeramente necesario es que estéis seguros de que tenéis comida que darles; y, por tanto, que organicéis la realización de vastas actividades agrícolas y comerciales, para la producción del alimento sano, y su acumulación y distribución, de tal modo que el hambre no sea por más tiempo posible entre seres civilizados. Solamente en este oficio, habrá trabajo abundante para

cualquier número de personas que quiera consagrarse á él.

137.—En segundo lugar, vestir al pueblo—que quiere decir, obligarle con toda vuestra influencia á estar siempre pulcro y limpio, y á que comprenda lo que esto significa. Mientras se niegue, debéis persistir en vuestro esfuerzo, procurando que ningún niño, dentro de vuestra esfera de acción, pueda contraer malos hábitos; y que toda persona que desee vestirse con decencia, encuentre estímulo para hacerlo. Y el paso primero y absolutamente necesario para esto, es la adopción gradual del vestido propio de los diferentes rangos de personas, de tal modo que el rango sea conocido por el vestido; y la restricción de los cambios de moda dentro de ciertos límites. Todo lo cual parece hoy completamente imposible; pero no tiene más dificultad que la de vencer nuestra vanidad, nuestra frivolidad, y el deseo de aparentar lo que no somos. Y no es verdad, ni lo será nunca, creedme, que estos medios y estos bajos vicios sean invencibles para las mujeres cristianas.

138.—Y, en tercer lugar, alojar al pueblo, cosa que, tal vez, pensaréis que debería haber sido dicha primero, pero que yo he puesto en tercer lugar á causa de que debemos alimentar y vestir al pueblo donde lo encontremos, y alojarlo después. Y alojar al pueblo significa hacer un gran gasto de legislación vigorosa y de cuantos intereses halle-

mos en nuestro camino, y después, ó antes de esto, en el límite de nuestros medios, ejercer una acción reparadora y sanitaria en las casas que poseemos; y además construir otras, fuerte y bellamente y en grupos de extensión limitada, proporcionados á la dimensión de las calles y cercados de tal modo, que no sean suburbios infectos y miserables, sino vías limpias y llanas, abiertas á la campiña, rodeadas de bellos jardines y huertas, de tal modo que, desde cualquier parte de la ciudad, pueda conseguirse, con un paseo de pocos minutos, un aire puro y un horizonte lejano, verde y luminoso. Este es el proyecto final; pero, como objeto de acción inmediata, todo bien menor y posible debe ser instantáneamente hecho, cuando y como podamos: reparar tejados que tienen goteras—tapar cercas que tienen portillos—sostener muros que se tambalean—y apuntalar pisos que tiemblan; aseo y orden conseguido con nuestras propias manos y nuestros propios ojos, hasta que perdamos el aliento cada día. Y todas las bellas artes se desarrollarán normalmente. Yo, por mí mismo, he limpiado toda la balaustrada de una escalera de piedra, con un cubo y una escoba, en una posada de Saboya, donde no habían limpiado la escalera desde la primera vez que subieron por ella; y nunca hice un proyecto mejor que el que hice esa tarde.

139.—Estas, pues, son las tres primeras necesidades de la vida civilizada; y la ley de todo hombre y

toda mujer cristianos es, que se pongan al servicio directo de una de estas tres necesidades, en cuanto lo consientan sus especiales ocupaciones, y, si no tienen oficio especial, que se consagre totalmente á uno de estos servicios. Y, del ejercicio de este deber común, brotarán todos los otros bienes; porque en esta lucha directa con el mal material, encontraréis la naturaleza real de todos los males; distinguiréis, por los varios géneros de resistencia que ofrezcan, dónde está realmente la falta y el principal antagonista del bien; encontraréis el más inesperado auxilio, recibiréis la más profunda lección, y descenderá así sobre vosotros la verdad, que la especulación de toda vuestra vida no hubiera podido encontrar. Encontraréis resueltos casi todos los problemas educativos y hallaréis vuestros verdaderos deseos de acción; cada uno de vosotros querrá hacerse útil en aquello para lo cual sea apto, y aprenderá lo que le convenga saber. El estudio comparativo será entonces útil, y hasta entonces no, porque será diario, y tranquilo y práctico; y sobre estas artes familiares y sobre estos reducidos, pero ciertos y aprovechables conocimientos, se edificarán y sustentarán, seguramente, las más grandes artes y las más espléndidas ciencias teóricas.

140.—Pero mucho más que esto. En tan sagrada y sencilla práctica se fundará, en último término, una religión infalible. El más grande de todos los misterios de la vida, y el más terrible, es la co-

rrupción de toda religión, hasta la más sincera, si no está diariamente fundada en una acción racional, efectiva, humilde y útil. Acción útil, observad!, porque hay precisamente una ley que, obedecida, mantiene toda religión pura—olvidada, las hace á todas falsas. Donde quiera que una fe religiosa, oscura ó clara, permite á nuestras almas apoyarse sobre los puntos en los cuales diferimos de las otras gentes, estamos en el error, y en poder del diablo. Esta es la esencia de la acción de gracias del Fariseo:—«Señor, Te doy gracias porque no soy como los otros hombres.» En todo momento de nuestra vida debemos tratar de encontrar, no en qué diferimos de los demás, sino en qué convenimos con ellos; y en el momento en que encontremos algo en que podamos convenir, sea el bien que quiera, debemos realizarlo (y ¿quién sino los locos podrían no encontrarlo?); debemos esforzarnos por realizarlo juntos; podéis no sostener una lucha de partido, pero el momento en que, aun los mejores hombres, dominan su acción y comienzan á hablar, yerran en su esfuerzo por la piedad, y en todo lo que de aquí se sigue. No hablaré de los crímenes que en tiempos pasados han sido cometidos en nombre de Cristo, ni de las locuras que hoy se sostiene que son compatibles con Su obediencia; pero hablaré de la corrupción morbosa y de la falta de poder vital del sentimiento religioso, por el cual la fuerza pura de lo que

sería el alma directora de toda nación, el esplendor de su juventud y la luz sin mancha de su virginidad, es rechazado y despreciado. Podéis ver, continuamente, muchachas que nunca han pensado en hacer una cosa verdaderamente útil; que no pueden coser, que no pueden guisar, que no pueden ajustar una cuenta, ni preparar una medicina, cuya vida toda se ha pasado entre el juego y la ostentación; encontraréis muchachas como éstas que, cuando tienen profundidad de sentimientos, gastan toda la pasión innata de su espíritu religioso, que es el medio por el cual Dios las sostiene en medio de la fatiga del trabajo diario, en penosas y vanas meditaciones sobre el significado del gran Libro, del cual nunca se ha podido comprender ni una sílaba, sino por medio de una acción; toda la sabiduría instintiva y la misericordia de sus cualidades femeniles la gastan en vano, y la gloria de su conciencia pura la pierden en una agonía infructuosa, motivada por cuestiones que las leyes de la vida común y útil habrían resuelto por sí mismas en un instante, ó que habrían puesto á un lado del camino. Dad á una muchacha tal un trabajo verdadero que le haga trabajar desde el amanecer, y sentirse cansada por la noche, que despierte en ella la conciencia de que sus compañeras son realmente las mejores posibles, y las aflicciones de su entusiasmo impotente se transformarán en una majestad de radiante y benéfica paz.

Así acontece también con nuestros jóvenes. En algún tiempo les hemos enseñado á hacer versos latinos, y les hemos llamado educados; ahora les enseñamos á saltar y á remar, á dar á la pelota con la pala, y les llamamos educados. ¿Pueden labrar la tierra, pueden sembrar, pueden plantar en el tiempo oportuno, ó construir con mano segura? ¿Dedicán los esfuerzos de sus vidas á ser castos, caballerosos, fieles, santos en sus pensamientos, amables en sus palabras y en sus acciones? Realmente esto ocurre con algunos, no con muchos; y la fuerza de Inglaterra está con ellos, y también la esperanza; pero tenemos que convertir su amor á la guerra en amor á la misericordia; y sus dotes para la disputa de palabras, en discernimiento de las cosas; y su caballerosidad anhelante de aventuras, en reverencia y fidelidad á un poder majestuoso. Y entonces, realmente, se instaurará para ellos y para nosotros, una felicidad incorruptible y una religión infalible; se instaurará para nosotros la Fe, que no ha de ser asaltada por la tentación, ni defendida con la ira y el temor; se instaurará entre nosotros la Esperanza, que no se extingue por los años de opresión, ni se confunde entre las sombras de los rebeldes; se instaurará para nosotros y entre nosotros, lo más grande de todo: la voluntad permanente, el perpetuo nombre de nuestro Padre. Porque su nombre más grande es Caridad.

ÍNDICE

Las referencias no corresponden á las páginas, sino á los párrafos numerados, y son comunes á la edición de 1871 y á las ediciones posteriores de este libro. Cuando se añade la referencia «Ed. A.», el pasaje corresponde á las cuatro primeras ediciones (1865-67).

- Acción, los motivos de la acción humana, 3 y sig.
Agricultura, el principal de todos los trabajos, 129.
Alceste, carácter de, 61.
Alpes, considerados por los ingleses como jardines colgantes, 35.
Ambición, que no produce la felicidad, 128.
Ananías, su pecado, como un pecado moderno, 135.
Andrómaca, como una concepción de la naturaleza femenina, 61.
Angélico (Fra), sus santos, 122.
Angeles, los tres grandes ángeles de la Conducta, el Trabajo y el Pensamiento, 45.
Anglesea, su paisaje, 84.
Antígona, su carácter, 61.
Apatía, pública por los motivos de la vida, 107-8.
Apolo, el dios del Pensamiento, 45.
Aquiles, llama á los reyes malos «devoradores de pueblos», 43.
Arabe (mujer hambrienta que se come á su hijo), 129.
Arquitectura, moderna, 104.

- Artica (exploración), abandonada por los ingleses como demasiado costosa, 33 n.
- Armadura. Significado de la imposición al caballero de la armadura por la mano de la mujer, 65.
- Arte. La más alta aspiración al arte por parte de aquellos que conocen sus derechos y se sienten víctimas de la injusticia, 127.
- » despreciado en Inglaterra, 34 (cof. *Time and Tide*, Letter IV).
 - » hecho por instinto (con imaginación práctica y disciplinada), 121.
 - » Sentimiento de los defectos en el arte, debido á la elevación del propósito y al conocimiento creciente, 127.
 - » Gloria precedera del arte (apreciación pública de Turner), 107.
 - » El arte grande debe proclamar la verdad ó la ley divinas, 102.
 - » Cuáles son los mejores modelos, 79.
 - » Moralidad (patriotismo) y cuanto con ella está estrechamente relacionado, 96.
 - » Su motivo debe ser recto ó el arte se tuerce, 106.
 - » Si persigue lo justo, engendra la felicidad, 128.
 - » Progreso del arte nacional, 123.
 - » noble, resumen de las eras de la historia, 122.
 - » y religión relacionados, 96, 105.
 - » y la ciencia dependen: la una de los hechos para ser expuestos, el otro de los sentimientos para ser creados, 122.
 - » que se esfuerza por la mayor perfección, 127.
 - » El éxito en el arte basado en la fe en la naturaleza humana, 105.
 - » Métodos de enseñanza, 122.
 - » como un producto instintivo de la vida social, 123.
- Asociaciones. Nuestra elección de ellas limitada, 6.
- Atea (moral) modelo de, 133.
- Atenea como ángel de Conducta, 45.
- » reina del arte, de la literatura y de la virtud, 62.
 - » su rueca, 130.
- Autor. El mejor libro de su vida, 9.
- Autor (1) *Personal*, etc.; (2) *Libros de*:
- (1) avance, como autor, 101.
 - Su carácter, su propia estimación, pref. 21

- (1) Su carácter, los hombres á quienes se asemeja, prefacio 21.
 Su desengaño en la vida, 106.
 » efecto solemne que produce, 105.
 descorazonado de su propia obra, 101-5.
 de sueños, aunque no soy poeta (ejemp., el de los niños y los clavos), 117.
 La educación religiosa, pref. 1.
 » en referencia con la escuela, 2.
 que ama el carácter irlandés, 125.
 que elige modelos para Kensington, 123.
 Sus lecciones requieren un auditorio atento, 5.
 equivocado cuando habla de los motivos del arte, 106.
 Recortes de periódicos guardados por él, 36.
 Sus opiniones cambiadas, 1843 1868, 97.
 » fijadas en cincuenta y uno, pref. 1.
 Su religión primitiva, pref. 1.
 Sus estudios científicos en geología y botánica cuando se desengañó del trabajo artístico, 104.
 que enseña—
 su derecho á enseñar ética, pref. 21.
 sin utilidad aquello que no cree, 122.
 sin utilidad práctica porque no creía que los más bajos vicios pueden ser vencidos, 197.
 Ordenador de los dibujos de Turner, 101.
 lavando la escalera de una posada en Saboya, 138.
 Su experiencia y respeto por las mujeres, pref. 19-20.
 Dedicó su vida, desde los veinte á los treinta años,
 á la obra de Turner, 101.
 » á la arquitectura, 152.
- (2) Sus libros, primeramente escritos por fines temporales, pref. 1.
 desde 1857 para ser reimpresos sin cambio, pref. 2.
 que aumentan en influencia, 1882, pref. 2.
 serie de sus obras planeadas, pref. 1.
 describen, primeramente, su entusiasmo por la naturaleza, 97.
 falta de elemento pintoresco, pref. 20.
 «escritos bellos», pref. 1.
 una falta de fortuna hace á sus lectores la materia, 97.
 su don de permanencia, 97.

escuchado como se escucha á un orador,
no á un maestro, 97, 122.
referencias hechas á la realeza y al go-
bierno, 42.

Citados, ó referido á ellos:—

- Fors Clavigera, su aspiración, pref. 1.
Modern Painters, vol. II, su estilo, pref. 1.
reimpresión proyectada, pref. 2.
Queen of Air, 106, 10 n.
Sésamo y Azucenas, 1865, geológica, pref. 3.
estimación del autor, pref. 3
un libro de la vieja escuela, 1882, pref. 4.
principales enseñanzas del autor en él y en
«Unto this Last», 1882, pref. 6.
dedicado á Φίλη, pref. 19.
hechos que supone, 1882, pref. 4.
cómo ha sido escrito, pref. 3.
lecciones acerca de:—
Los tesoros de los reyes, título I.
principales puntos recapitulados, pref. 4.
Los jardines de las reinas, escrita para com-
placer á una muchacha, pref. 19.
Su título, 53.
principales cuestiones recapituladas, pref. 5.
Los misterios de la vida, resumen, pref. 5.
reimpreso en 1882 á ruego de un amigo, 1882,
pref. 1.
sus temas. Lecciones I y II, 1882, pref. 1.
su título, 50.
escrito según el temperamento del autor y con
completa energía, 1882, pref. 6.
escrito para cualquier clase, 1882, pref. 5.
Seven Lamps, planes para la reimpresión, pref. 2.
Stones of Venice, planes para la reimpresión, pre-
facio 2.
Time and Tide, acerca de los obispos, 23.
Two Paths, p. 27, 28 y sigs., referencias á ella,
123 n.
Unto this Last, estimado por el autor, 47.
su principal enseñanza en él y en «Sésamo y
Azucenas», pref. 6.
Bávara (colección de fósiles), 33.
Belleza. Deben coexistir la del cuerpo y la del alma, 70.

- Biblia**, mejor llamada *El Libro*, 17.
- » mito de Moisés, 62.
 - » para ofrecer un presente encuadernado, 17.
 - » comprendida solamente por la acción, 140.
 - » pasaje citado, 95, 99.
- Citas ó referencias á ella:—*
- GEN. II, 6. *Venia una niebla del jardín, 99.*
- GEN. III, 19. *Con el sudor de tu frente amasarás el pan, 128.*
- EXODO, II. *Moisés educado por una mujer, 62.*
- I REYES XXII, 27. *El pan y el agua de la aflicción, 37 n.*
- JOB VII, 10. *Ni se le conocerá en su país, 95, 99.*
- Ps. XXXIX. 7. *El hombre camina en medio de una sombra vana, 98.*
- » CIV., 4. *Hizo del viento su ministro, 133.*
- » CXX, 4. *Flechas agudas del poderoso, con carbones de enebro, 84.*
- PROV. XXX. *Su significado, pref. 11.*
- » XXXI, 19-24. *Ella tendía su mano hacia el huso... el mercader, 130.*
- ECL. IX, 10. *Lo que quiera que sus manos tratasen de hacer, 128-9.*
- ISAÍAS. XIV, 10. *Tu arte también se hará tan débil como el nuestro, 41.*
- » I VII, 4. *Tú, fuerte para la lucha... tu cara, 37 n.*
- JEREMÍAS. IV, 3. *Abrir vuestras tierras en barbecho, 36.*
- MATEO. VIII, 9. *Ve, y él se fué, 44.*
- » XVI, 19. *Isaías XXXV. 1. Florece, oh triste desierto! (LXX, VERSIÓN), 51.*
- » XVI, 19. *Te daré las llaves, 20.*

- I. PEDRO. V. 3. *Señores de la herencia, ejemplos para la multitud, 21.*
- MATEO. XIX. 29. *Abandonados las casas, los campos, los parientes, 135.*
- » XXV. 35-43. *Sacia el hambre (no el hambre de mérito), 136.*
- MARCOS. X, 23. *Estaba desnudo y no me vestiste, 130.*
- LUCAS VI, 36. *Era un extranjero y no me acogiste, 131.*
- » XI, 52. *Cuán difícilmente los ricos, pref. 16.*
- » XVIII, 11. *Sé misericordioso mientras tengas merced, pref. 7.*
- JUAN III, 8. *Coge las llaves del conocimiento..... no entres en él, 24.*
- » XII, 35. *Te agradezco el no ser como otros hombres, 140, pref. 16.*
- » XV, 13. *El viento que sopla... así es todo el que es admitido en su Espíritu, 23.*
- » XX, 15. *Juan VIII, 10, 11, 18.*
- ACTS. XVII, 23. *Tómale y arrójale fuera, 24.*
- » XIX, 19. *Trabaja mientras tengas luz, pref. 7.*
- ROM. VIII, 6. *¿Dará un hombre su vida por su amigo?, 114.*
- » XIV. 17. *Y ella, creyendo que era el jardinero, 95.*
- Altar de un Dios desconocido, 36.*
- Puso sus biblias juntas y las quemó, 17.*
- Tener inclinaciones espirituales es vida y paz, 42 n.*
- No comer y beber, sino... gozar del Espíritu Santo, pref. 16.*

I COR. XIII, 13.	<i>Para los que sufren... caridad, 140.</i>
GAL. V, 24.	<i>Los que eran Suyos, han crucificado la carne, 135.</i>
2 TES. III, 10.	<i>El que no trabaje, no debe comer, 136.</i>
HEB. XI, 4.	<i>Muerto, aún hablaba, 139.</i>
» XI, 7.	<i>La economía de su casa, por la cual condenaba al mundo, 18.</i>
I. PEDRO I, 12.	<i>Los ángeles desean mirar dentro, 29, 112.</i>
2 PEDRO II, 17.	<i>Fuentes sin agua... reservadas siempre, 99.</i>
» III, 5-7.	<i>Los cielos y la tierra... guardan en abundancia, 18.</i>

Bibliomanía. Hablamos de ella y no de hipomanía, etc., 32.

Biografía de autor ó artista, en su trabajo, 9.

«Bocas ciegas», Milton, «Lycidas», 22.

British Museum. Interés público por él, 53.

Caballería. Debe haber una orden moderna, 88 y 64.

Caina. El hielo de la, 42.

Cambio en la vida moderna, 100.

Capitalistas. Su aspiración en la vida y su idea de ella, 116 y sig.

Soportan guerras injustas, no la sabiduría, 46-7.

Cassandra, 61.

Catedrales de la tierra, 32 n.

Chalmers (Dr.), Dice que «el público es un niño grande», 40.

Chamouni. Touristas ingleses que hacen allí fuego, 25. Véase s. Alps.

Chaucer. La concepción de la mujer, 62.

Ciudades. Cómo deben ser las modernas, 138.

Cristo aun «esperando en el jardín» á la mujer noble, 95.

Cristiandad, imaginativa y dramática, 37.

» su apatía, 108.

» moderna, 37.

Compasión. Despreciada por nosotros (ejemp. la vida en los hospicios), 36 y sigs.

Competencia brutal que hacen todas las leyes inútiles, 30 n.

- Competencia. Exámenes y, 139.
- Construcción humana, ¿cómo debe hacerse?, 131.
- » después de 6.000 años el pobre no tiene casa, 131.
- » la casa del pobre debe ser apreciada primero, 138.
- Controversia religiosa; gasto inútil de poder en ella, 140.
- Correggio. Querubines de, 122.
- Cruz. Considerada como para ser llevada y como para ser crucificado en ella, 135.
- Cruels. Las jóvenes no deben serlo, pref. 12.
- » Aun la crueldad y la maldad son sus grandes faltas, pref. 7.
- Crueldad: Para ser bueno no hay que ser cruel, pref. 12.
- Cristal. Palacio de, 104.
- «Daily Telegraph», 1865, historia de una muerte por inanición, 86.
- Dante. Temperamento y tono de pensamiento, 113.
- » Beatriz, 60.
- » Caína, 42.
- » Matilde, 94.
- » Sobre los obispos, 25.
- » Sobre la vida futura, su gravedad y elocuencia, 110-11.
- » las llaves de los cielos, 24.
- » Acerca de las mujeres, 60.
- » Citado, «él gran rifiuto», 43.
- Deane, Sir T., y el Museo de Oxford, 103.
- Deber, como un motivo secundario al amor á la alabanza, 5-7.
- » su instinto en el corazón humano, 86.
- Delicia. «Sentimiento vital de», 70.
- Demi-monde. Lujo de la parisién, 36 n.
- Demonio. Obras dramáticas acerca de él, 37.
- De Quincey. Acerca de Juana de Arco, 82.
- Desengaño en la vida. Todos lo sienten, 98.
- » Su efecto sobre el alma, 105.
- » Es una medicina saludable, 100.
- Descubrimiento y viajes. Noble curiosidad por ellos, 29.
- Dibujo. Ante todo debe atenderse á la seguridad, pref. 9.
- Doré (Gustavo). Su arte es malo y por qué (admiración pública por él), 122.
- Dublin, (lección en), sobre el Misterio de la Vida, 1868, 68.

- Dublin. La Escuela de Ingenieros en el Colegio, 103.
- Eclesiástico. Significado de la palabra, 18.
- Educación. Como un fin en sí, 2-3.
- » Como un medio para alcanzar una «posición», 2-3.
 - » su verdadero fin, debe ser reconocido, 51.
 - » las niñas y los niños aprenden las mismas cosas de diferente modo, 74-5.
 - » versos latinos y, 140.
 - » moderna, nos enseña á pensar de un modo torcido, 25.
- Educación, *moral*, la mera preocupación por la aflicción pública, 30 n.
- » Influencia de la naturaleza en ella, 82 sig.
 - » Sus problemas, deben ser resueltos por la acción, 189.
 - » Su costumbre nos induce á consultar á los hombres más sabios (en los libros), 55.
 - » Su valor por el poder real que da, 51.
 - » Informe del Consejo de Educación acerca de una escuela galesa, 85.
- Ejércitos (de pensadores) ¿querrán sostenerlos los reyes?, 46.
- Egipcia (sabiduría), concebida como una mujer, 62.
- Ellesmere, pref. 19.
- Emoción en el inglés moderno, etc., 39.
- Enfermedad. Significación de la palabra, 28.
- Estado. Su vida comparada á la de un heredero repentino, 108.
- Eternidad. Cuál será el efecto de no creer en ella, 133.
- Etimología. Para ser estudiada, 19.
- Exactitud, la primera cosa necesaria en la educación, pref. 9.
- » es lo principal, no la suma de conocimiento, 15.
 - » del carácter, 14.
- Expirar. Significado de la palabra, 33.
- Expendición nacional, comparada con la privada, 33.
- Fábula, del niño y los clavos de latón, pref. 5.
- Fe, Esperanza y Caridad, 140.
- » antes que las obras, 23.
- Felicidad, resulta solamente de la industria, 128.
- Fanatismo religioso, 140.
- Fausto. El diablo en Fausto, 37.
- Flores que florecen solamente en los jardines donde son amadas, 139.

- Fósiles comprados por el Prof. Owen en 700 libras, 54, 55
(cf. *Time and Tide*. Ap. I.)
- Francia é Inglaterra se compran el pánico mutuamente, 80.
- » Elevación del dinero en Francia (1865), 59; véase Ed. A. I. p. 37 y n.
- Franco-prusiana (guerra), pref. 5.
- Futura. Vida futura. Nuestra creencia en ella y apatía con respecto á ella, 108-9.
- » Nuestra ignorancia con respecto á ella, 109,
- » Ideal moral para los que no creen en ella, 133.
- » Lo que han pensado acerca de ella los grandes poetas, 110-11.
- » Lo que han pensado acerca de ella los hombres de mundo, 116 sig. Véase s. *Death*.
- Genio. Su abuso, 106.
- Gótica (arquitectura). Incompatible con los males de la vida moderna, 104.
- Griego (alfabeto). Necesidad de estudiar la etimología del inglés, 19.
- » (divinidad). La más grande, es una mujer, Atenea, 62.
- » (poetas). Su concepción de las mujeres, 61.
- Guía. Los buenos guías marchan tranquilamente, 121.
- Guido, Guinicelli. Simpatía del autor hacia él, pref. 21.
- Hereditario (honor), 89.
- Hesiodo. Milton se inspira en él, 111.
- Historia. Cómo debe escribirse, cómo debe ser estudiada, 72.
- Holyhead. Su panorama, 84.
- Homero, más grande que Milton y Dante, 113.
- » Su influencia universal sobre todo el pensamiento, 113.
- » El esquema de sus poemas,—el destino, 114.
- » La mujer según él, 61.
- » Nausicaa, 61.
- » Véase s. *Aquiles*, 5.
- Hooker, Richard. En algún tiempo el escritor en prosa favorito del autor, pref. 1.
- Imaginación. Menor en las mujeres que en los hombres, pref. 12.
- Inconsistencia nacional (inglesa), 30.
- Industria. Da la paz, 128.

Información y deformación, 16.

Inglaterra. ¿Debe ser un jardín ó un territorio lleno de hornos?, 83.

Inglés. Deseo de diversión, 88.

» Carácter:—

apatía, 29.

avaricia é incapacidad para pensar, 31.

puerilidad, su falta más genuina, 40.

inconsistencia nacional, 30.

pero bondad de corazón, 40.

rectitud, 40-1.

pero capaz de noble pasión, 31.

nuestro cristianismo imaginario, 37.

la ciencia, la literatura, el arte, la naturaleza,
la compasión, despreciadas por nosotros, 31
y sig.

» Familia inglesa típica, pref. 6.

» Mezcla del lenguaje inglés y consiguiente posibilidad de equívoco, 17.

» Debe ser estudiada la etimología, 19.

» Lujo creciente; advertencias de una señorita francesa en una carta de «The Times», pref. 18.

» Los políticos ingleses y franceses se compran mutuamente el pánico, 48.

» Relación entre los políticos ingleses y franceses, 126.

» Religión moderna, 37.

» » véase s. *Cristiandad, Moderna*.

» Los hombres por los cuales vive, 38.

» Gasto anual de riqueza, 33 (cf. *Time and Tide*).

» Nación herida por la pobreza, pref. 4.

» Mujeres inglesas respetadas en el extranjero por su veracidad, pref. 18.

Inspiración. Significado de la palabra, 33.

Instinto. La obra más bella, hecha por instinto, 121.

Inundaciones. No prevenidas, 139.

Irlanda. Su arte de 700 á 800 A. D., pero no progresó después, 123.

» Carácter del pueblo, 100.

» Sus virtudes y defectos, 125 y sig.

» Gobierno inglés, 126.

» Un ángel irlandés comparado con una eva lombar-
da, 123-4.

- Italianos (poetas). Concepción de las mujeres (pasajes traducidos por D. G. Rossetti), 66.
- Juana de Arco. Su educación, 82.
- Juicio. Cada día es un día del juicio, 135.
- κατακρίνω, del griego, 18.
- Kensington. Modelos para los estudiantes de arte, 123.
- » Dibujos de Turner menospreciados, 101.
- Latín. Enseñar á los jóvenes á hacer versos en latín, 140.
- Lecturas y libros escritos, diferentes en estilo, pref. 3.
- Lenguaje; aprenderle á fondo es la obra de una vida, 19.
- Leví; su oficio, 135.
- Leyes de la naturaleza; su belleza, 72.
- Librerías circulantes, 32.
- » deben existir en toda ciudad, 49.
- Libre-cambio. Idea inglesa de él, 34.
- Libros para ser conservados é impresos, 49, pref. 4.
- » elección de ellos, como de la gente, 11.
- » » » para la juventud, debe hacerse por el bien que contienen, no por la ausencia de mal, 78.
- » Sus clases: I. Efímeros, del momento, 8-9.
- » » II. Eternos, libros propiamente dichos, 8-9.
- » Una abundante provisión de ellos, 32.
- » Los buenos, son reyes que solicitan audiencia, 67.
- » Todo joven debe formar su propia biblioteca, prefacio 4.
- » Dinero que se gasta en Inglaterra en caballos y vino, y dinero que se gasta en libros, 32; cf. Mun. Pulv, 65.
- Cómo se debe leer:—
- libros buenos para buscar en ellos consejo, 55.
- para comprender, debemos simpatizar y amar, 12, 13.
- no deben ser apreciados porque expresen nuestras opiniones, 13.
- su significado debe ser explícito, 15.
- debemos tratar de entrar en el pensamiento y en el corazón del autor, 27.
- para ser leídos y releídos, 32.
- no para ser comprendidos en un momento, 13.
- los más sabios hablan en parábolas, 13.
- no necesitamos muchos buenos, sino pocos.

- Literatura. La baratura nos hace menospreciar los libros, 32.
- » Despreciada en Inglaterra, 32.
 - » Su significado, 15.
- Lombardo. Angel lombardo y ángel irlandés, 123-4.
- Lord. Guardador de la ley, 88.
- Lucerna. Túnel hecho por la capilla de Tell, 35.
- Luciano. Citado, 1. Sentencia.
- Lujo. En Inglaterra, 32.
- Manos. Señal hecha con las manos en la lección acerca de los tesoros de los reyes, 5.
- Magnanimidad. En qué consiste, 42.
- Mal y bien. Nuestro concepto natural de ellos es el verdadero guía, 15.
- Mandamiento. El tercero, 37.
- Marmontel. Simpatías del autor por él, pref. 21.
- Matrimonio. El sello de la utilidad, 66.
- Max Müller. Debe ser estudiado, 19.
- Mendigos. Para apoderarse de ellos y hacerlos trabajar, 136.
- Menú. Reimpresión de un menú lujoso, 36 n.
- Mersey. Su paisaje, 84.
- M. Angel. Sus sibilas, 122.
- Michelet. «Historia de Francia», 82 n.
- Milton. Inspirado en Hesiodo, 111.
- » Su profundidad y elocuencia, 110-11.
 - » Cada palabra tiene su propósito, 20.
 - » Acerca de los obispos, 20 y sig.
 - » Sobre la vida futura, 110-11.
 - » Sobre las llaves de los cielos; comparación con Dante, 24.
 - » Religión, 20.
 - » Shakespeare y Dante más sabios que él, 25.
 - » Temperamento y tono de pensamiento, 113.
 - » Pasaje de «Lycidas», estudiado, 20.
- Mimosa. Arbol, 28.
- Miserable. (El), 94.
- Moda. Debe ser limitado el cambio de la moda en los vestidos, 137.
- Modelos. El arte más bello, verdadero, simple, útil, 79.
- Modernismo. La nube de polvo del arte, la literatura, etcétera, 1882, pref. 3.
- Moisés educado por una mujer, 62.

- «Morning Post», Marzo 10, 1865. Descripción de una fiesta, 36 n.
- Mortificación. Su significado, 4.
- Motivo. El arte bueno debe tenerle, pero no ser hecho por él, 106.
- » La vida debe tenerle, 108.
- Muchacha. Advertencia acerca de sus derechos y deberes, pref. 6
- » Talentos que debe tener para ser útil á los demás, 79-80, pref. 10.
- » Aprender á condimentar, pref. 10.
- » No estar sujeta, 70.
- » No puede profundizar en las cosas como los muchachos, 78.
- » La educación debe ser seria, 80.
- » Reconocer y corregir sus faltas, pref. 7.
- » Sus peores faltas la frivolidad y la crueldad, pref. 7.
- » Su intelecto llega más rápidamente á la madurez que el del muchacho, 76.
- » Procurar al pobre alimentos y vestidos, pref. 10 y sig.
- » No pensar que la religión es su dominio particular, pref. 6.
- » Su entusiasmo religioso ocupa el lugar de la acción, 140.
- » Guardar silencio acerca de las cuestiones teológicas, pref. 7.
- Muerte. Estamos seguros de lo que significa, 133.
- » Si es el fin de todo, entonces haced la vida lo mejor posible, 133 (cf. Crown of Wild Olive, 14.)
- Mujeres. Su belleza, 70.
- » De qué depende su belleza, 71.
- » La mejor de las conocidas, pref. 19.
- » Deficiente en seguridad y precisión?, 57.
- » Su dignidad según los grandes poetas, 56 y sig.
- » Sus deberes y derechos, pref. 5, 6 y sig.
- » » para con el Estado como expansión de los deberes para con su casa, 86.
- » » públicos y privados, 86.
- » La educación, 7 y sig.
- » » su fin constituido, la lectura de la historia, 72 y sig.

- Mujeres. La educación (es aprender lo que puede sentir y juzgar, no lo que puede conocer), 72 y sig.
- » » aprender alguna ciencia, 72.
 - » » pero no la Teología, 73.
 - » Su conocimiento debe ser seguro si no profundo, 74 y sig.
 - » » comparado con el de los hombres, 174 y sig.
 - » Los hombres y su relación con ellos, 54, 63-4.
 - » Deben imponer propiamente la armadura á los hombres, 65.
 - » No inferiores, pero diferentes de los hombres, 69.
 - » No han de ser las esclavas de los hombres, 54.
 - » Sus funciones distintas de las de los hombres, 68.
 - » Obediencia á la mujer en los tiempos nobles, 64.
 - » Su posición, 54 y sig.
 - » Glorificar, su principal función, 68.
 - » Ser reinas, 190.
 - » Responsables de la miseria del mundo, 91.
 - » No independientes ni en lucha con el hombre, 54.
 - » Sus simpatías no deben estar confinadas á sus casas, 92.
 - » Admiración y honor por ellas en todos los siglos cristianos, 64.
- Lec. II. Mujeres. I. Su situación.
- II. La educación para adaptarse á ella:
 - a*, libros; *b*, acciones; *c*, naturaleza.
 - III. En relación al Estado.
- Música. Cuál es la mejor, 79.
- » Las muchachas; á lo que deben aspirar en ella, prefacio 9.
- Nación. Noble y justa en sus sentimientos, 30.
- » Lo que hace y lo que omite, 30.
- Nacionales. (Fondos), 136.
- Naturaleza. Despreciada y arruinada en Inglaterra, 35.
- » Su influencia en la educación, 82 y sig.
- Novelas. Su elección, 78.
- » Sus efectos, 78.
 - » Los buenos son estudios de anatomía moral, 77.
 - » No deben interesar tanto que se mezclen con los intereses reales de la vida, 76.
- Obispo. Deseo de serlo y su motivo, 4.

- Obispo. Su misión es vigilar, 22 y sig.
 » Concepción de Milton, 20 y sig.
- Opinión. Pocos tienen algún derecho á la suya, 25.
- Opio. Comercio del opio, 30.
- Orgullo. Puede ser bueno, si no es religioso, pref. 7.
- Orissa. (El hambre de), 187, pref. 5.
- Oro. El oro intelectual, como el real, está oculto y debe ser extraído, 13.
- Owen. Profesor que compró la colección de fósiles de Solenhofen, 129 (cf. *Time and Tide*, Ap. I).
- Oxford. El autor y el Museo de Oxford, 103.
 » (Museo de). Escultor irlandés, 103.
- Pagana (religión). Pobló la tierra de espíritus, 85.
- «Pall Mall Gazette» (1865). Su fundación, 37 y sig.
 » » Ahora es un nuevo periódico de partido, 37 n.
 » » Cita acerca de la limosna, 37 n.
- Parlamento. «Falsas cantidades» ridiculizadas, por qué no falso medio, 16.
- París. Lujo y decadencia; carta de una señorita francesa, pref. 18.
 » Levantamiento de 1848; historia de los revolucionarios ante una señorita inglesa, pref. 18.
- Pasión. Nuestra pasión en proporción á, 27.
 » Pasión y sensación, ambas en cosas altas, 27.
 » La verdadera es disciplinada, 29.
 » Por obrar bien, más alta que la razón, 28.
- Pastor. El que apacienta, 22.
- Patmore (Coventry). Debe ser leído cuidadosamente; su poder, 65 n.
 » Citado, «Ah! mujeres destructoras», 68.
- Patriotismo. El arte basado sobre él, 105.
- Paz (Príncipe de). Título engrandecido, 91.
- Penélope, 61.
- Pensión. El que recibe una pensión del gobierno, entra en un asilo en grande escala, 37 y n.
 » O socorro de la parroquia, 62, 64, 65.
- Periódicos. Extractos guardados por el autor, 36.
- Φιλη. Amiga del autor, pref. 19.
- Piedad. La profesional es mala, pref. 17.
- Platón. Lectura de él, 1882, pref. 5.
- Placer. El amor del placer es un motivo fatal, 4.
- Pobres. Los obispos deben visitarlos, 22.

- Pobres. Faltos de abrigo después de años de tejer, 130
(cf. *Crown of Wild Olive*, 143).
- » Deben ser alimentados, vestidos, alojados y divertidos honestamente, 135 y sig.
 - » El abrigarlos, como un deber, 137.
 - » Los muchachos educados deben ayudarlos y por qué, pref. 10 y sig.
 - » El rico servirlos y por qué, 139.
- Poder. Nuestro amor instintivo hacia él, 86.
- » Por qué ha de ser codiciado, 87.
- Poetas. Sus sueños irrealizados, 132.
- Política (Economía):—
- del autor, y motivos de la acción humana, 5.
 - amor al dinero, reconocido como el único motivo, 30.
 - oferta y demanda (hambre de Orissa), pref. 5.
- Pope, citado. «Alps rise o'er Alps», 121.
- Posición en la vida; educación para ella, 2-3, 80.
- Prensa. Su poder, 37 n.
- Providencia. Moderno agradecimiento, por bicicletas y vapores, 1882, pref. 2.
- » noción popular de ella, 13.
 - » puesta por nosotros en altos lugares y que pueda llamarnos desde ellos, 135.
- Rafael. Sus Madonas, 122.
- Razón é instinto en las obras más bellas, 121.
- » menos alta que la pasión, 28.
- Realeza espectral, tiránica y verdadera, 51.
- Reina significa realizadora de lo justo, 89.
- Religión y arte; su conexión, 96.
- » Mala si consiste en la controversia; debe ser acción y ayuda, 140.
 - » Corrupción de la sincera, mediante falta de acción, 140.
 - » Absurdo de la doctrina de que el mal acabará en bien, pref. 12.
 - » de la humanidad y del caos, 1882, pref. 3.
 - » infalible, basada en la acción saludable, 140.
 - » no debe ser morbosa, pref. 17.
 - » «Su vacuidad» es un signo fatal, 23.
 - » sentimental, la amplitud de su poder, 140.
 - » es verdadera, no es el monopolio de los individuos, prefacio 6.

- Reyes. Los verdaderos reyes de la tierra, 42.
 » Hacen «il gran rifiuto», 43.
 » Reunir los tesoros de sabiduría de su pueblo, 45.
 » (Cómo deben gobernar, ejecutores del derecho (Rex), 91.
 » Cómo deben gobernar, príncipes de paz (Dei Gratiâ), 91.
 » Amados por su pueblo, 44.
 » Polilla, orin, bandidos, 45.
- Reynolds, Sir. J., sus escritos de arte no se refieren á sus obras, 12.
- Rex=ejecutor de lo justo, 90.
- Richmond, Yorkshire, el río ennegrecido, 35 n.
- Ríos. Sus fuentes descubiertas, 29.
- Ripon (obispo de), en la Catedral de San Pablo, 35.
- Roberto el Diablo, 37.
- Roja Pasaje impreso en tinta roja, 36.
- Rossetti, D. G. Traducción de una poesía italiana copiada, 60.
- Sabios, su relación, no de superioridad, sino de diferencia, 67.
- Samaritano. Moderna versión inglesa del buen samaritano, 31.
- Satanella. (Referencia á), 37.
- Schaffhausen, ferrocarril sobre precipicios, 35.
- Escuela, informe sobre una escuela de Gales (1884), 85.
- Scott, Sir W., tiene solamente tres mujeres heroicas, 59.
 » principalmente sus novelas, 59.
 » Su mérito y su verdad, 59.
 » Su poesía, 59.
 » Sus nobles mujeres (Alice Bridgenorth, Alice Lee, Lillas Redgauntlet, Diana Vernon, Catherine Seyton, Rosa Bradwardine, Ellen Douglas, Flora Mae Ivor, Jeanie Deans), 59.
- Citas ó referencias:—*
 Endeblez de Edward Glendinning, 59 n.
 Coronel Mannering, Talbot, Gardiner, 59 n.
 Claverhouse, heroico, 59.
 Rob Roy, heroico, 59.
 Dandie Dinmont, 59.
 Redgauntlet, 59, n.
- Sectarismo. Sus males, 23, pref. I.
- Sensación. Su importancia, 27.

- Sensación. Su falta, es la vulgaridad, 28.
 Sensitivos. Somos humanos en tanto que somos sensitivos, 27.
 Sensualista (El), 92.
 Shakespeare. Las catástrofes de sus tragedias debidas á la falta del hombre, remediadas por las virtudes de la mujer, 57.
 » más grande que Dante ó Milton, 113.
 » no tiene héroes, sino heroínas, 113.
 » su influencia universal, es la medida de todo intelecto, 113.
 » Acerca de Dios y la percepción de su presencia, 115.
 » Su idea de la mujer, 58.
 su dignidad, 56 y sig.
 sus mujeres buenas, perfectas, 56.
 sus mujeres perversas, 58.

Citas y referencias:—

- Antonio y Cleopatra. Antonio no es un héroe, 56.
 Orlando no es un héroe, 56.
 Cariolano, catástrofe del drama, 57.
 » no es un héroe, 57.
 » Virgilia, la heroína más amada por Shakespeare, 56.
 Cimbelina, catástrofe, 57.
 Hamlet no es un héroe, 56.
 » catástrofe, 58.
 » Ofelia, la única mujer débil en Shakespeare, 58.
 » citado; «aquí hay una divinidad», 115.
 Enrique V, 56.
 Enrique VIII, muerte de Catalina, 115.
 Julio César no es un héroe, 56.
 Lear, su caída debida á su poco juicio, 57.
 » Kent no es completamente un héroe, 56.
 Lear V 3, «los dioses son justos... nos castigan», 115.
 Medida por medida, catástrofe, 57.
 Mercader de Venecia, 57.
 Shylock no es un héroe, 56.
 III 2, «muchacha sin experiencia», 95.
 Sueño de una noche de verano, Helena, 57, 95.
 Otelo, catástrofe, 57.

- Otelo no es un héroe, 56.
 perplejo hasta el extremo, 30 n.
 Ricardo III, 28.
 Romeo y Julieta, 56.
 » catástrofe, 57.
 » Romeo no es un héroe, 57.
 Los dos gentiles hombres de Verona, 56.
 Julia, 57.
 Cuento de invierno, catástrofe, 57.
 Simil, de un hombre que hereda repentinamente una gran
 propiedad, 108.
 Snowdon, paisaje, 84.
 Sociedad. Por qué deseamos entrar en la buena, 5.
 » Su falsedad y la educación de las mujeres, 80.
 Solemne (solennis), su significado, pref. 8.
 Solenhofen (colección de fósiles de), 33.
 Spencer (mujeres nobles de). Una y Britomart, 21.
 Swift. Simpático al autor, pref. 21.
 Switzerland. No se ha hecho nada por evitar sus inunda-
 ciones, 129.
 Tacto. Definición, 28.
 Tennyson. Cita de Maud, «Ven al jardín», 94.
 Thackeray. Las lecciones dadas por él varían con el lee-
 tor, 77.
 Teología. Las mujeres no deben estudiarla, 73.
 «Times». Diciembre 1870. Carta de una señorita francesa
 acerca del lujo de París, pref. 18.
 Ticiano. Amor á sus crepúsculos, 100.
 Turner. El pintor más grande después de Reynolds, 101.
 » Sus dibujos, ordenados por el autor, 101.
 » Correspondencia por él al entusiasmo del autor, 101.
 » Sus obras, desdeñadas en Kensington, 101.
 Usura, 31.
 Vanidad, como un motivo de acción, 4.
 Vasallos. Debemos alimentarlos, no ser alimentados por
 ellos, 89.
 Venecia. Sus pinturas y los cañones austriacos, 34.
 Vestidos necesarios para el pobre, 130.
 » Se debe vestir al pobre, 137.
 » costosos en Francia. Carta dirigida á «The Ti-
 mes» por una señorita francesa, pref. 18.
 » que deben hacer las señoritas para los pobres,
 pref. II.

- Vestidos diferentes para cada clase, 137.
- Vida. Aspiración en la vida á lo que se es, no á lo que se consigue, 135.
- » Comparada con una herencia imprevista, 108.
 - » Semejante á las nubes, 97 sig.
 - » Motivo esencial de ella, 158.
 - » Orgullo de la vida; cómo se produce, 132.
 - » La posición preferida á la vida misma, 135.
 - » Vanidad de la vida, reconocida por todos en algún tiempo, 98.
 - » Vanidad de la vida, efecto del reconocimiento, 105.
- Vulcano. El dios del trabajo, 48.
- Vulgaridad. La falta de sensación, 38.
- Woodward (Benjamín), arquitecto y amigo del autor, 103-4.
- Zurich. Acción de gracias en la vendimia, 35 (cf. *Time and Tide*, 46.)
-

Obras de Guy de Maupassant.

- Nita.*—Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- En el mar.*—Con ilustraciones. Madrid. Un tomo en 8.º, 3,50 pesetas.
- La vida errante.*—Un tomo en 8.º mayor, encuadernado en tela, 4 pesetas.
- El señor Parent.*—Con 54 dibujos. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Rollo de manteca.*—Con 65 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Las hermanas Rondoli.*—Con 46 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- El doncel de la señora Husson.*—Con 55 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- El Horla.*—Con 66 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Cuentos del día y de la noche.*—Con 53 grabados. Madrid, 1906. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Claror de luna.*—Con 82 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- El viejo Milón.*—Con profusión de grabados. Madrid, 1906. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Los domingos de un burgués de París* —Con 65 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- El Buhonero.*—Con profusión de grabados. Madrid, 1906. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Antón.*—Con 55 grabados. Madrid, 1905. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- La mano izquierda* —Con profusión de grabados. Madrid, 1906. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
- Las Termas de Monte Oriol.*—Madrid. Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas.

HISTORIA DE LAS NACIONES

Tomos encuadernados en tela, con planchas, ilustrados con profusión de grabados, láminas y mapas. Precio de cada tomo, 8,50 pesetas. (Tamaño, 21 × 15.)

Historia del Imperio de Alejandro, por Juan P. Mahaffy.—Versión española de D. Manuel José Quintana. Madrid, 1895.

Media, Babilonia y Persia, desde la caída de Nínive hasta las guerras médicas, por Zénaïde A. Ragozin.—Versión española, con notas de D. Manuel Sales y Ferré.

Los sarracenos, desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, por Arturo Gilmán.—Traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles.

Los godos, por Enrique Bradley.—Traducción de don Juan Ortega y Rubio.

Historia de Hungría, por Arminio Vambery.—Traducción de D. José de Caro.

Holanda, por James E. Thorold Rogers.—Traducción por D. Juan Ortega y Rubio.

Alemania, por S. Baringould.—Traducción por don Siro García del Mazo.

Los judíos, por James K. Hosmar.—Traducción y apéndice, por D. Eduardo Toda.

Historia de la China, por D. Eduardo Toda.

Tomos encuadernados en rústica. Precio de cada tomo, 7 pesetas.

Asiria, desde el engrandecimiento del Imperio hasta la caída de Nínive, por Zénaïde A. Ragozin.—Traducción de Siro García del Mazo, con notas de don Manuel Sales y Ferré.

Historia de Caldea, desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria, por Zénaïde A. Ragozin.—Versión española anotada por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Historia del Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson.—Versión española y apéndice, por D. Eduardo Toda.

Obras de literatura.

- Balzac** (H. de).—La vendetta (escenas de la vida privada), 2 pesetas.
- Belot** (A.).—La explotación del secreto, 2,50.
- Las corbatas blancas, 2,50.
- La pecadora, 2,50.
- Bolsgobey** (F. du).—Decapitada, 3.
- Bernardt** (Doctor).—La Argelia. Dibujos de Kauffmann. (Croquis del autor), en rústica, 3, y en tela, 4.
- Bulwer Lyton** (E.).—La raza futura, 3.
- Claretie** (J.).—La fugitiva, 3.
- Noris (costumbres del día), 2,50.
- ¡Candidato!, 2,50.
- El hermoso Solignac. Dos tomos, 5.
- Los amores de un interno. Dos tomos, 5.
- Cherbuliez** (V.).—La novela de una mujer honrada, 3,50.
- Daudet** (A.).—Port Tarascón. Últimas aventuras del ilustre Tartarín, 3,50.
- Delcourt** (P.).—El crimen de Pantin, 2.
- Delpit** (A.).—El divorcio de Edmundo, 3,50 pesetas.
- Desaparecido, 3.
- Como en la vida, 3.
- Las dos á un tiempo, 3.
- Dumas** (Alejandro).—Memorias de un médico (novela), 7.
- El Conde de Monte-Cristo (novela), 8.
- Durán** (Baltasar M.).—Poesías, 1.
- Estepa** (Br. Francisco de).—Los jesuitas y el padre Mir. (Cartas á un académico de la Española), 2.
- Farina** (Salvador).—Amor tiene cien ojos, 2,50.
- García Ramón** (L.).—La Nena (Los extranjeros en París), 5.
- Giner de los Ríos** (F. y H.).—Portugal. Impresiones para servir de guía al viajero, 2,50.
- (H.).—Artículos fiambres, 2.
- Goncourt** (E.).—Les frères Zemganno, 3,50 pesetas.
- Goncourt** (E. de).—Los hermanos Zemganno. Versión castellana y estudio preliminar de doña E. Pardo Bazán, 4.
- Greville** (E.).—Canto de bodas, 2,50.
- Cleopatra, 2.
- Historia de Colón**, por los autorcillos de escrituras libres, niños de nueve á doce años, educandos de Angel Bueno, en tela, 3.
- Letang** (L.).—El rey de París, 3.
- La señora de Villemor, 3.
- López Bago** (Eduardo).—El separatista. Novela médico-social, 3.
- Loti** (P.).—Japonerías de otoño, 2,50.
- El casamiento de Loti, 2,50.
- Malot** (H.).—Justicia, 3.
- Madre. Dos tomos, 4.
- Mundana, 2.
- Marcet** (Dr. A.).—Marruecos. Viaje de una embajada francesa á la corte del sultán, 4.
- Millán** (P.).—Fuerza mayor (novela original), 3,50.
- Mozo de Rosales** (D. E.).—Las cacerías de lobos. Combates y aventuras terribles, 2.
- Navarrete** (J.).—Sonrisas y lágrimas. Artículos escogidos, 3.
- Ohnet** (J.).—Deuda de odio, 3.
- El alma de Pedro, 4.
- Ossorio y Gallardo** (C. y A.).—Manual del perfecto periodista, 3.
- Vida moderna (Manchas de color), 3.
- Pardo Bazán** (E.).—Una cristiana, 3.
- La prueba (Segunda parte de *Una cristiana*), 3.
- Al pie de la torre Eiffel (Crónicas de la Exposición), 1,50.
- Por Francia y por Alemania (Crónicas de la Exposición) En tela, 2.
- Cuentos de Marinada, 3.
- Pérez Nieva** (Alfonso).—Los gurriatos, 3.
- Ploón** (J. O.).—Novelitas, 3,50.
- Rebollo Parras** (F.).—Mar de fondo. Borrador de una novela, 1,50.
- Richebourg** (E.).—El millón del tío Raclot, 4.
- Ruiz Agullera** (Ventura).—Poesías. Ecos nacionales, 1,50.
- Saavedra** (Eduardo).—Estudio sobre la invasión de los árabes en España, 2,50.
- Sales** (P.).—Un drama financiero (Aventuras parisienses), 2.
- El diamante negro (novela inédita), 3.
- Una víbora, 3.
- ¡Huérfanas! (Aventuras parisienses), 3,50.
- Clara de Cressenville (novela inédita), 2.
- El sargento Renaud, 3.
- La americana, 3.
- Selgas** (D. José).—Dos para dos.—El pacto secreto.—El corazón y la cabeza (novelas), 4.
- Tackeray**.—Segunda parte de *Ivanhoe*, 1 peseta.
- Theurlet** (A.).—El galán de la gobernadora, 3.
- Toda** (Eduardo).—La vida en el Celeste Imperio, 4.
- Urrecha** (F.).—La estatua. Cuentos del lunes, 3,50.
- Zahonero** (J.).—Barrabás (novela), 4.
- Zola** (E.).—La bestia humana. Dos tomos, 6.
- El dinero. Dos tomos, 5.
- Zorrilla** (D. José).—Recuerdos del tiempo viejo. Tres tomos, 9.

De venta en la misma librería.

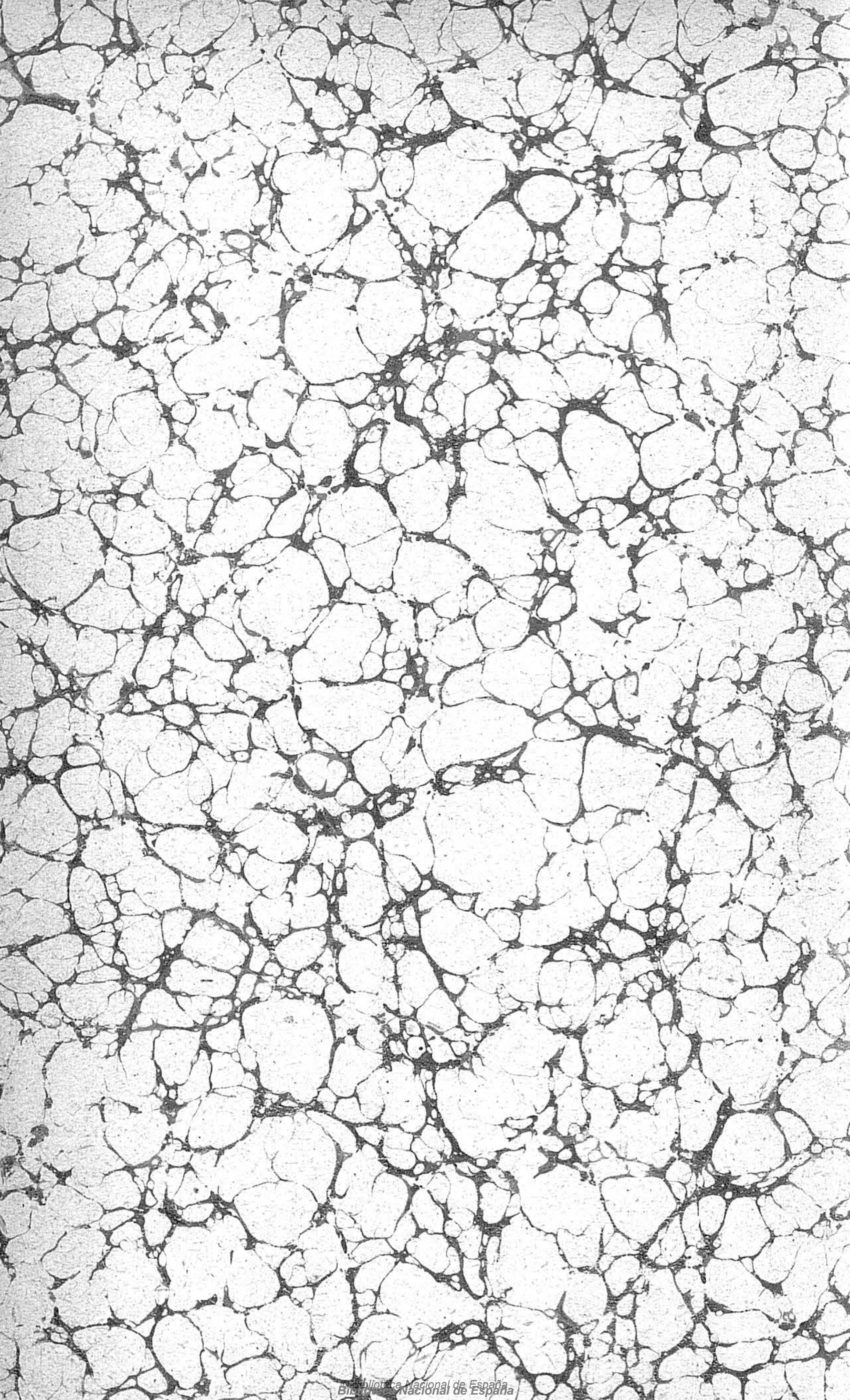
TOMOS EN 8.º

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Becerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo xx, 5.
Bergson.—Materia y memoria, 3,50.
Binet.—Introducción á la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
 Psicología del razonamiento, 2,50.
 El fetichismo en el amor, 3.
Bray.—Lo bello, 3,50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
 La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
 La Educación.—La educación contemporánea, 4.
 La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Cubas.—Mitología popular, 4.
Cullerre.—Las fronteras de la locura, 4.
Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.
Féré.—Sensación y movimiento, 2,50.
 Degeneración y criminalidad, 2,50.
Ferrière.—Los mitos de la Biblia, 4.
 Errores científicos de la Biblia, 4.
Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3.
 Nuestros hijos en el colegio, 3.
Fouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.
González Serrano.—Psicología del amor, 2,50.
 Pequeñeces de los grandes. Un folleto, 0,50.
Grasserle.—Psicología de las religiones, 4.
Guyau.—Génesis idea de tiempo, 2,50.
 Los problemas de la estética contemporánea, 4.
Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7.
Lagrange.—La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes, 3.
 El ejercicio en los adultos, 3,50.
Le Bon.—Psicología multitudes, 2,50.
Levéque.—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
Mercier.—La filosofía en el siglo xix, 2,50.
Mosso.—La educación física de la juventud, seguida de La educación física de la mujer, 3,50.
 El miedo, con grabados, 4.
Payot.—La Creencia, 2,50.
Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
 Teorías políticas, 2,50.
Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2.ª edición, 2,50.

- ◇ Las enfermedades de la memoria, 2,50.
 Las enfermedades de la personalidad, 2,50.
 La psicología de la atención, 2,50.
 La evolución de las ideas generales, 3.
 La lógica de los sentimientos, 2,50.
Ruskin.—Munera Pulveris (sobre Economía Política), 2,50.
 Sésamo y azucenas, 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La sugestión: su función educativa, 2,50.
 La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
 Los sueños, 3.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3,50.
 La vida sencilla, 2,50.

TOMOS EN 4.º

- Baldwin.**—Interpretación ética y social del desenvolvimiento mental, 8.
Bourdeau.—El problema de la muerte, 5 pesetas.
 El problema de la vida, 5.
Compayré.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Fouillée.—Temperamento y carácter, 5.
 Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Garófalo.—La criminología, 6.
Guido Villa.—La psicología contemporánea, 10.
 El idealismo moderno, 5.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
 La religión del porvenir, 7.
Hartenberg.—Los tímidos y la timidez, 5.
Hoffding.—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
 Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18.
Lagrange.—Fisiología de los ejercicios corporales, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Laple.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Loliée.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Luys.—El cerebro y sus funciones, 4.
Max Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12.
Mosso.—La fatiga, con grabados, 4.
Payot.—La educación de la voluntad, 3.ª edición, 4.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
 La psicología de los sentimientos, 8.
 Ensayo acerca de la imaginación creadora, 6.
Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7.
Tarde.—Las leyes de la imitación, 7.
 ◇ **Tylor.**—Antropología, 9.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103231699

089809583508

